cool & lam
UN ACCIDENTE QUE TRAE COLA
A. A. FAIR

Una vez más, el amable Lam se encuentra involucrado con una joven atractiva en la lucha contra los chicos malos, su jefe, un tipo duro como una roca, y los policías.

epublibre

A. A. Fair

Un accidente que trae cola

Cool & Lam-9

ePub r1.1
fenikz 28.12.14

Título original: *Give'em the Ax*
A. A. Fair, 1944
Traducción: Víctor Scholz
Ilustraciones: J. Frederick Smith
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
Digitalizadora: maperusa
ePub base r1.2

Guía del lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BEGLEY (Irma): Joven y bella mujer, segunda esposa de Elle Crail.

BILLY PRUE; Gentil vendedora de tabaco en el «Club Rendez-vous».

BRAND (Elsie): Mecanógrafa de la Agencia de Detectives «Cool & Lam».

COOL (Berta): Propietaria de la citada Agencia.

COSGATE (Benjamín): Abogado, picapleitos sin escrúpulos.

CRAIL (Ellery): Director-gerente de la firma «Crail Venetian Blind Company».

CULLINGDON (Philip); Financiero, víctima de una colisión automovilística.

GLIMSON (Frank): Socio de Cosgate.

LAM (Donald): Detective privado, socio de Berta Cool, protagonista de esta novela.

LIDHELD (Rolland): Complicado en el citado accidente de tráfico.

MYSGART (John): Abogado de Esther Witson.

RIMLEY (Pittman): Regente del «Club Rendez-vous».

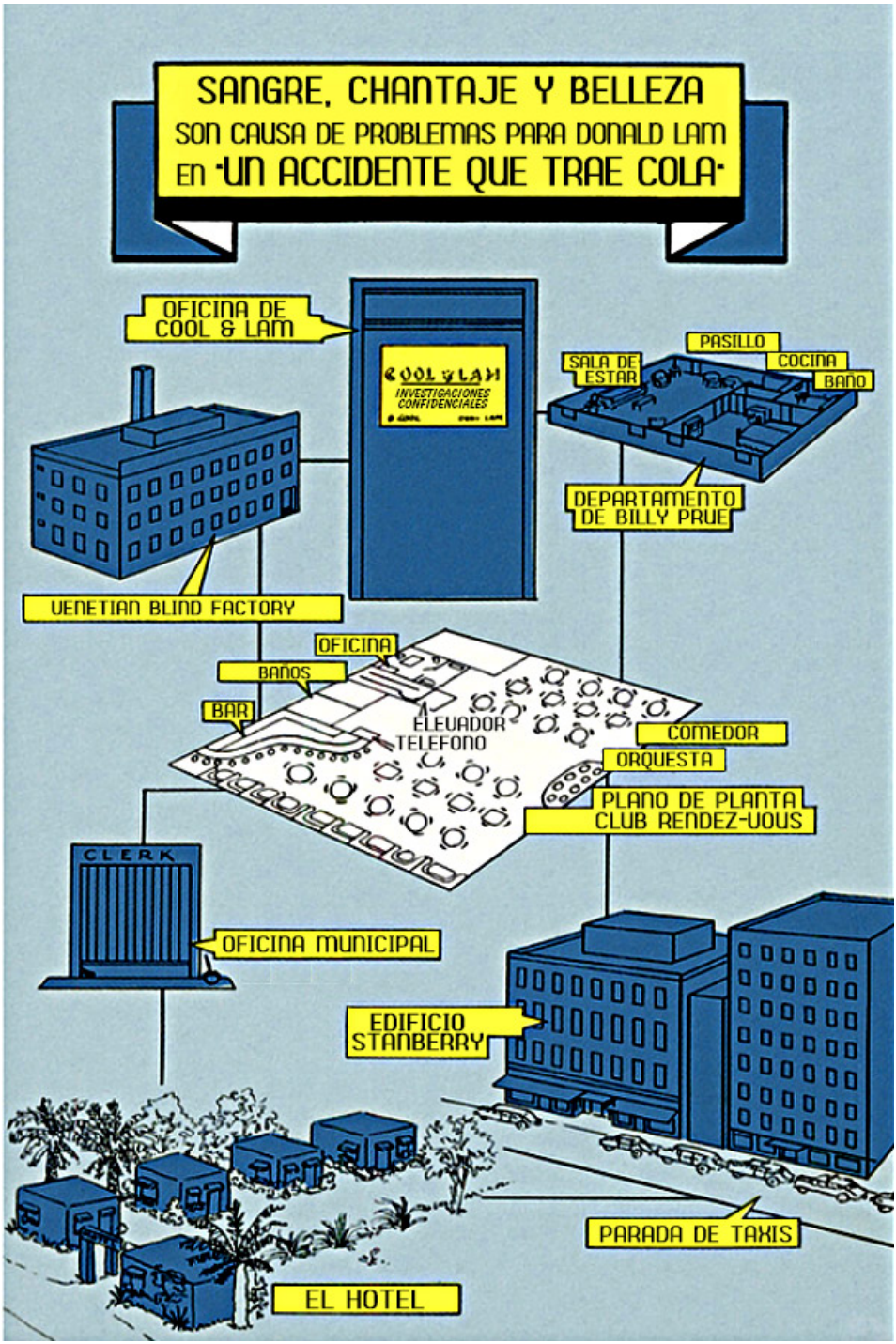
RUSHE (Georgia): Empleada de la firma Crail.

SELLERS (Frank): Sargento de Policía.

STANBERRY (Archie): Sobrino de Rufus.

STANBERRY (Rufus): Propietario del edificio donde radica el ya citado club.

WITSON (Esther): Una deseosa de pescar en río revuelto.


SANGRE, CHANTAJE Y BELLEZA
SON CAUSA DE PROBLEMAS PARA DONALD LAM
EN "UN ACCIDENTE QUE TRAE COLA"
OFICINA DE COOL & LAM
COOL & LAM
INVESTIGACIONES CONFIDENCIALES
PASILLO
SALA DE ESTAR
COCINA
BAÑO
DEPARTAMENTO DE BILLY PRUE
VENETIAN BLIND FACTORY
OFICINA
BAÑOS
BAR
ELEVADOR
TELEFONO
COMEDOR
ORQUESTA
PLANO DE PLANTA CLUB RENDEZ-VOUS
CLERK
OFICINA MUNICIPAL
EDIFICIO STANBERRY
PARADA DE TAXIS
EL HOTEL

capítulo primero

CUANDO salí del ascensor y me encaminé a lo largo del corredor, me sentí inmediatamente prendido por aquel ambiente familiar que me recordó el primer día que recorrí el mismo camino en busca de un empleo.

Por aquel entonces el letrero de la puerta rezaba lo siguiente: «B. Cool, Agencia de Detectives». Ahora se leía: «Cool & Lam». El nombre B. Cool aparecía en uno de los ángulos, el de Donald Lam, en el otro. Producía una sensación confortable ver mi nombre escrito en letras de molde en la puerta. Era como una justificación a mi regreso a aquel lugar.

Empujé la puerta.

Elsie Brand estaba tecleando sobre la máquina de escribir. Se volvió y miró por encima de sus hombros, esbozando automáticamente aquella sonrisa de bienvenida que tenía por objeto serenar a los nerviosos clientes que visitan a un detective privado.

Vi cómo la sonrisa se esfumaba de su rostro. Sus ojos se agrandaron.

—¡Donald!

—¡Hola, Elsie!

—¡Donald! Yo… me alegro de volverle a ver. ¿De dónde viene?

—De los Mares del Sur… y otros lugares.

—¿Cuánto tiempo está de…? ¿Cuándo tiene que regresar allí?

—¡Jamás!

—¿De veras?

—Es lo más probable. Dentro de seis meses tengo que presentarme a una nueva revisión.

—¿Le hirieron, Donald?

—Fiebres… fiebres tropicales. No es nada importante si durante algún tiempo acepto la vida con tranquilidad, vivo en un clima frío

y no me excito. ¿Está Berta?

Señalé con la cabeza hacia la puerta de la oficina donde se leían las palabras: «B. Cool, particular».

Elsie asintió con la cabeza.

—¿Qué tal está?

—Como siempre.

—¿Y de peso?

—Por encima de las ciento sesenta y seis libras, pero dura como un roble.

—¿Ganando dinero?

—Al principio solo, luego únicamente trabajos de rutina. Las cosas no han ido muy bien últimamente. Será mejor que usted mismo le pregunte sobre este particular.

—¿Ha estado machacando la máquina de escribir desde que me marché?

La muchacha estalló en una carcajada.

—No, claro que no.

—¿Qué quiere decir?

—Sólo ocho horas al día.

—Creí que había dejado el empleo para ir a trabajar a una fábrica de aviones.

—¿No recibió acaso mis cartas?

—No decían nada con respecto a continuar en el empleo.

—Creí que no era necesario mencionarlo.

—¿Por qué?

Evitó mirarme a los ojos.

—No lo sé. Supongo que es mi contribución a los esfuerzos generales para ganar la guerra.

—¿Fidelidad al empleo?

—Al empleo no —dijo—. Mejor dicho… ¡Oh!, no lo sé, Donald. Usted luchaba en el campo de batalla… y yo deseaba hacer todo lo que estuviese en mi poder para mantener el negocio a flote.

En aquel instante sonó el teléfono interior de la oficina.

Elsie cogió el auricular, conectó con el aparato de la oficina de Berta Cool y dijo:

—Diga, señora Cool.

Berta estaba tan furiosa que desde donde estaba sentado podía oír perfectamente sus rápidas enojadas palabras.

—¡Elsie, le he dicho mil veces que sólo ha de hablar con los clientes el tiempo necesario para averiguar lo que desean! Yo me encargaré de averiguar lo demás.

—No es ningún cliente, señora Cool.

—¿Quién es pues?

—Un… un amigo.

La voz de Berta subió una octava.

—¡Dios mío! ¿Acaso le pago un sueldo para que se cite con sus amigos aquí en la oficina, o le pago para que de vez en cuando trabaje un poco? ¡Por amor de Dios… un amigo…! Un… Está bien, yo me cuidaré de esto.

El ruido en la oficina de Berta me dio a entender claramente que había dejado caer el auricular dentro de la horquilla. Percibimos dos rápidos pasos, luego vi abrirse la puerta de golpe y aparecer a Berta en el umbral de la misma, sus brillantes y pequeños ojos lucían llenos de ira y mantenía su fuerte mentón tirado hacia delante.

Se acercó al lugar donde yo me encontraba, como un acorazado dispuesto a abordar de mala manera a un submarino.

A medio camino, empero, se detuvo y sus ojos trataron de hacer llegar el mensaje a su enfurecido cerebro.

—¡Diablos, si eres tú! —exclamó deteniéndose como si sus pies hubiesen quedado clavados súbitamente en el suelo.

Durante unos instantes pareció alegrarse de volverme a ver, pero inmediatamente recobró el dominio sobre sí misma. No quería que nadie fuese testigo de una expansión sentimental. Se volvió rápidamente hacia Elsie y le dijo:

—¿Por qué diablos no me lo ha dicho?

—Lo estaba intentando —respondió Elsie sumisa—, cuando usted ha colgado, señora Cool. Iba a decírselo…

—¡Hum! —le interrumpió Berta, y se volvió de nuevo hacia mí —. Me extraña que no mandaras un telegrama.

Me escudé tras el único argumento que sabía podía convencerla.

—Los telegramas cuestan dinero.

Pero mi respuesta no surtió el efecto deseado.

—Sin embargo, hubieses podido mandar un telegrama de turista. Conceden una rebaja especial. Has penetrado aquí como un torbellino y…

Se interrumpió y fijó su mirada en el cristal opaco de la puerta de entrada a la oficina, que daba al corredor.

La cabeza y los hombros de un cuerpo femenino se perfilaban contra el cristal. Era una mujer esbelta, sin duda alguna joven y, sea por una costumbre en ella o por la posición que adoptaba en aquellos momentos, mantenía la cabeza ligeramente inclinada a un lado.

—¡Maldita sea! —murmuró Berta—. Los clientes siempre llegan cuando me encuentro en el antedespacho. Esto es perder categoría. Da la impresión como si no tuviésemos nada que hacer aquí.

Cogió un montón de papeles de encima del escritorio de Elsie y comenzó a hojearlos como si estuviese enfrascada en su trabajo.

Pero la visitante no entró.

Durante cuestión de segundos, que se nos antojaron una eternidad, la silueta de la mujer pareció apoyarse contra la hoja de la puerta y súbitamente desapareció la sombra a lo largo del corredor.

Berta Cool arrojó los papeles encima de la mesa.

—Siempre lo mismo —dijo—. Así es como han ido las cosas últimamente. Habrá bajado a la «Transcontinental Detective Agency» para confesarles allí sus inquietudes.

—¡No te sulfures, Berta! —la tranquilicé—. Quizás estuviese un poco nerviosa y regrese de aquí a unos momentos.

—En fin —murmuró Berta—. Algo no le gustaría aquí. Estaba dispuesta a entrar y, sin embargo, no ha entrado. Debió tener la impresión de que ésta no es una oficina seria. Elsie, ponte a escribir de nuevo. Donald, entra en mi despacho particular. Recuerda, Elsie, que si vuelve a venir, estará nerviosa. No es de la clase de mujeres que esperan. Tomará asiento durante un minuto y luego pretenderá haberse olvidado algo y se marchará de aquí sin que la volvamos a ver en toda la vida. Lleva un pequeño sombrero inclinado sobre un lado con…

—He visto perfectamente su silueta —la interrumpió Elsie.

—Está bien. Avísame tan pronto llegue. No permanezcas sin hacer nada. Coge el auricular del teléfono. A fin de cuentas, podría también salir al corredor y abordarla tal como suelen hacerlo en las tiendas cuando se detiene una ante un escaparate. Indecisión. Jamás he sido capaz de comprenderlo. Si tienes intención de hacer alguna

cosa, ¿por qué no llevarla a la práctica? ¿A qué detenerse, andarse por las ramas y no saber qué hacer? Donald, ¡entra! Deja que Elsie continúe trabajando.

Elsie Brand me dirigió una sonrisa y sus ojos relucieron alegres, luego comenzó de nuevo a teclear sobre la máquina.

Berta Cool me cogió con su fuerte mano por el brazo y me dijo:

—Vamos, Donald, entra en la oficina y explícate ya de una vez.

Entramos en la oficina particular de Berta Cool. Berta dio la vuelta a la mesa escritorio y se dejó caer en su silla giratoria. Yo me senté sobre el brazo de un mullido y cómodo sillón.

—Has adelgazado, Donald.

—No es culpa mía.

—¿Cuánto pesas ahora?

—Ciento treinta y cinco.

—Has crecido.

—No, no he crecido. Es por la manera como me han enseñado a estar firmes.

Los dos guardamos silencio. Berta tenía un oído pendiente de los ruidos en el antedespacho, pero Elsie Brand continuaba escribiendo a máquina sin interrupción.

—¿Van mal los negocios? —pregunté.

—¡Terrible! —gruñó Berta.

—¿Qué es lo que sucede?

—¡Maldito si lo sé…! Antes de conocerte, me ganaba la vida dedicándomela trabajos de poca monta, investigaciones privadas, divorcios, cosas por el estilo. Trabajos de rutina que desechaban las demás agencias. Luego llegaste tú. Más dinero, más excitación, más riesgos y más clientes; pero te alistaste en la Marina y durante algún tiempo todo marchó viento en popa. Luego sucedió algo. Durante este último año no he tenido un solo caso que mereciera la pena.

—¿Y a qué se debe? ¿Ya no viene la gente por aquí?

—No es esto —explicó Berta—, pero creo que no les causo bastante impresión. No les gusta como yo hago las cosas y no sé actuar como tú lo haces.

—¿Qué tratas de insinuar con eso de que no sabes hacerlo a mi manera?

—Fíjate en el sillón en que estás sentado —observó—. Es un buen ejemplo.

—¿Qué quieres decir?

—Después de admitirte como socio en la agencia, lo primero que hiciste fue gastar ciento veinticinco dólares en este sillón. Tu teoría era que sólo se puede ganar la confianza de los clientes cuando éstos se encuentran cómodos, a gusto. Invitas al cliente a hundirse en las profundidades de este sillón y obtiene la impresión como si se meciese en un lecho de plumas. Descansa y comienza a hablar.

—¿Y bien?

—Pero esto sólo ocurre cuando tú estás aquí, no cuando los recibo yo.

—Tal vez no haces todo lo necesario para que el cliente se sienta a gusto —objeté.

Los ojos de Berta relucieron furiosos.

—¿Y qué diablos puedo hacer yo? Pagamos ciento veinticinco dólares para que el sillón cumpliera este requisito. Si crees que soy capaz de gastar ciento veinticinco dólares sólo para que…

Se interrumpió, sin terminar la frase.

Presté atención, pero no oí nada extraordinario. Luego me percaté que Elsie Brand había dejado de escribir.

Instantes más tarde sonó el teléfono interior sobre la mesa del escritorio de Berta Cool.

Berta cogió el auricular y preguntó en voz baja:

—¿Es la mujer que…? ¿Ah, sí…? ¿Cómo se llama…? Está bien, que entre.

Berta colgó el auricular y dijo:

—Baja de la silla. Va a entrar.

—¿Quién?

—Se llama Georgia Rushe. Ella…

Elsie Brand abrió la puerta y anunció como haciendo una gran concesión a la visitante:

—La señora Cool la recibirá inmediatamente.

Georgia Rushe pesaba aproximadamente ciento catorce libras. No era tan joven como se me antojó cuando me fijé en su silueta a través del cristal de la puerta… debía contar alrededor de los treinta y uno o treinta y dos y no llevaba la cabeza inclinada hacia un lado. Aquel error de apreciación se debió sin duda alguna a haberse inclinado para escuchar.

Berta Cool la saludó afectuosamente y con una voz que rebosaba

amabilidad invitó:

—Por favor, siéntese, señorita Rushe.

La señorita Rushe me dirigió una mirada de inspección.

Tenía ojos negros, labios llenos, pómulos salientes, un cutis de color oliva suave y un cabello muy negro. Por la forma de mirarme, tuve la impresión como si tuviese la intención de dar media vuelta y salir huyendo.

Berta se apresuró a decir:

—Este caballero es el señor Donald Lam, mi socio.

—¡Oh! —exclamó la señorita Rushe.

—Siéntese, siéntese en este sillón, señorita Rushe —la invitó Berta.

La mujer pareció dudar.

Emití un profundo suspiro sin hacer el menor esfuerzo por ocultarlo, saqué un libro de notas de mi bolsillo y dije con estudiada indiferencia:

—Bien, voy a ocuparme en el caso de que estábamos hablando —y como si de repente se me ocurriese algo, me volví hacia la señorita Rushe y le pregunté—: ¿O desea usted acaso que intervenga en su asunto?

Hice lo posible para que mi voz sonara lo más aburrida y tediosa. Oí carraspear a Berta e intuí que iba a decir algo cuando Georgia Rushe me dirigió una sonrisa y dijo:

—Me gustaría que usted interviniera —y acercándose al sillón, se acomodó en el mismo.

El rostro de Berta expresó toda su satisfacción.

—Sí, sí señorita Rushe. ¿De qué se trata?

—Quiero que me ayuden ustedes.

—Para esto estamos aquí.

Jugueteó, con su bolso durante un minuto, se cruzó de piernas, bajó cuidadosamente el extremo de su falda y evitó mirar a Berta a los ojos.

Tenía unas piernas bonitas.

—Todo cuanto esté en nuestro poder… —comenzó Berta.

Escribí unas palabras en una hoja de mi bloc. «No seas tan ansiosa. La gente desea resultados positivos. A nadie le interesan los servicios de una gruesa mujer detective que revienta de amabilidad».

Arranqué la hoja y la deslicé sobre la mesa escritorio de Berta.

Georgia Rushe esperó a que Berta recogiera la nota y la leyera.

Berta enrojeció. Rompió el papel, arrojó los restos dentro de la papelera y me dirigió una mirada cargada de odio.

—Vamos a ver, señorita Rushe —dije con indiferencia—, ¿qué le sucede?

—No deseo ser censurada —dijo la señorita.

—Nadie la va a censurar a usted.

—No estoy dispuesta a escuchar ninguna clase de sermones.

—No los escuchará.

Dirigió una mirada llena de aprensión a Berta y continuó:

—Tal vez una mujer no sea tan tolerante como usted.

Berta esbozó una amplia sonrisa.

—¡Oh querida! —exclamó, y súbitamente, al recordar la nota que le había pasado, mostró una expresión grave y dijo—: Vamos al grano. ¿Qué es lo que le ha traído aquí?

—Para comenzar —dijo Georgia Rushe con decisión—, el deseo de destrozar un hogar.

—¿Cómo? —preguntó Berta.

—No quiero escuchar ninguna clase de sermones cuando les explique cuál es mi intención.

—¿Tiene acaso bastante dinero para pagar nuestras facturas? —preguntó Berta.

—Sí, desde luego; en caso contrario no estaría aquí.

—Continúe, y por mí destroce la felicidad de todos los hogares que desee, querida. ¿Qué quiere que hagamos nosotros por usted? ¿Qué le recomendemos buenos hogares para destrozar la felicidad de los mismos? Estamos enteramente a su disposición…

La señorita Rushe rióse y luego dijo:

—Me alegro que lo acepte de esta forma, señora Cool.

—La felicidad de un hogar no se puede destrozar —observó Berta—. La felicidad se derrumba por sí misma.

—Hace aproximadamente cuatro años que trabajo para el señor Crail —explicó Georgia Rushe.

—¿Y quién es ese señor Crail? —preguntó Berta.

—Ellery Crail, el director de la «Crail Venetian Blind Company».

—He oído hablar de ella.

—Desde comienzos de la guerra hemos recibido muchos pedidos

de cartucheras y cosas por el estilo.

—¿Cuánto hace que está casado?

—Ocho meses.

Me retrepé contra el respaldo de mi silla y encendí un cigarrillo.

—Comencé a trabajar en la sección de personal. Por aquella época, Ellery estaba casado. Su mujer murió al cabo de poco tiempo de ocupar yo mi empleo. La muerte de su esposa lo dejó desconsolado, No sé si la amaría mucho, pero la encontró mucho a faltar. Es un hombre a quien le gusta la vida de hogar, una casa muy grande y muy confortable; es un hombre tan leal y tan recto, que no se puede imaginar otra clase de vida.

Dudó durante unos instantes. Luego emitió un profundo suspiro y continuó:

—Paulatinamente fue olvidando su dolor y… en fin, comencé a verle con más frecuencia.

—¿Quiere usted decir que él la invitaba a salir? —preguntó Berta.

—Fuimos a cenar una o dos veces.

—¿Al teatro?

—Sí.

—¿La visitó en su piso?

—No.

—¿Usted a él?

—No. No es de esta clase de hombres.

—¿Cuándo conoció a su actual mujer?

—Yo estaba agotada por el trabajo —dijo Georgia Rushe—. Estábamos abrumados de encargos. El señor Crail consideró conveniente que me tomara unas vacaciones sugirió que descansara durante un mes. Cuando regresé, ya estaba casado.

—Alguien le tomó la delantera, ¿eh?

Los ojos de Georgia Rushe brillaron de indignación.

—He sido la víctima de una mujer astuta, calculadora, hipócrita, una mujer sin ninguna clase de escrúpulos.

—¿Cómo ocurrió?

—Sucedió una noche en que el señor Crail regresaba a casa en su automóvil. No ve muy bien de noche y aquel día llovía y las calles estaban resbaladizas. Estoy convencida de que no fue culpa suya a pesar de que él frenó súbitamente. La luz roja posterior no

funcionó. Irma afirma, desde luego, que extendió su mano en señal para que se detuviera el coche detrás de ella, pero ella es capaz de jurarlo todo, siempre que sea en su propio beneficio.

—¿De modo que se llama Irma?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—El señor Crail chocó con el coche… no fue nada violento por lo que respecta a los daños que sufrió el vehículo. Cincuenta dólares bastaron para pagar los desperfectos causados.

—¿Lesiones de los ocupantes? —preguntó Berta.

—Una lesión en la columna vertebral. Ellery saltó de su coche y se dirigió a ver lo que había sucedido. Comenzó a disculparse como si la falta hubiese sido de él, tan pronto como vio que era una mujer la que estaba sentada al volante. Irma Begley se fijó en el rostro viril de Ellery, en sus ojos llenos de simpatía, decidió casarse con él… y no perdió el tiempo.

—¿Un flechazo? —preguntó Berta.

—Algo por el estilo. Ellery había perdido a su mujer y se encontraba solo. Se había ido acostumbrando a mí mucho más de lo que él sospechaba, pero yo me había ido de vacaciones. Más tarde encontré en la oficina la copia de un telegrama en que me rogaba interrumpiese mis vacaciones y regresara. Pero, por alguna razón desconocida para mí, el telegrama en cuestión jamás fue enviado. En caso contrario hubiese significado un cambio completo en mi vida.

Consulté mi reloj.

La señorita Rushe se apresuró a continuar:

—En fin, Irma Begley estuvo muy amable con él y propuso que el señor Crail cuidara él mismo de mandar reparar el coche para que así no se creyera estafado. Ellery consideró que se trataba de una proposición muy justa y tan magnánima que hizo reparar todo el coche. Luego, se lo devolvió a Irma, y como por aquel entonces Irma comenzara a sentir terribles dolores de cabeza, visitó a un médico, y el médico la miró por la pantalla y descubrió que había sufrido una lesión en la columna vertebral. Irma le confesó a Ellery que no podía mantenerse sin trabajar, y Ellery insistió en pagar las facturas y… nadie sabe cómo sucedió, pero cuando regresé de mis vacaciones él ya estaba casado.

—¿Cuánto hace de esto?

—Seis meses.

—¿Qué ocurrió luego?

—Al principio, mi jefe pareció estar un poco desconcertado por la rapidez con que sucedió todo. Se sentía especialmente embarazado cuando me veía a mí. Me debía una explicación de cómo había sucedido todo y, no obstante, es demasiado caballero para hablar de este asunto.

—¿Qué hizo usted? —preguntó Berta.

—Yo estaba demasiado enojada y demasiado herida en mi interior para facilitarle aún las cosas. Le comuniqué que quería abandonar mi puesto en cuanto él encontrara quien me pudiese sustituir. No encontró a nadie, y entonces me rogó continuara trabajando con él… y me quedé.

—¿Cuándo decidió interponerse entre los dos?

—A decir verdad, señora Cool, al principio estaba totalmente aniquilada. La vida carecía de interés para mí. No tuve conciencia de estar enamorada de Ellery hasta que… los hechos parecían ser irrevocables.

—Comprendo —dijo Berta—. Trato de concretar los hechos.

—En fin, señora Cool, no sé si esto es importante, pero quería informarla de ello ya desde un principio para que si luego lo averiguaba usted por su cuenta, no se llamara a engaño.

—¿Está usted decidida a no perder al hombre?

—Estoy decidida a no poner ningún obstáculo si él desea volver a mi lado.

—¿Ha hecho él alguna insinuación en ese sentido?

—Está desconcertado y se siente burlado. Es como si caminara en la oscuridad.

—¿Y comienza a acercarse a usted en busca de un guía?

Georgia Rushe miró fijamente a Berta Cool.

—Seamos sinceros, señora Cool. Creo que se ha dado cuenta de haber cometido un terrible error, y creo que se dio cuenta de ello al poco tiempo de regresar yo.

—Pero es un hombre leal, ¿verdad?

—Sí.

—Sin embargo, ¿cree usted que él es capaz de variar de opinión?

—Es posible.

—Y, en este caso, ¿usted piensa facilitarle en todo para que regrese a su lado?

—Esa pequeña bruja sin escrúpulos me lo robó —dijo Georgia Rushe con decisión—. Actuó de tal forma y con tal rapidez, que le prendió en sus redes antes de regresar yo.

—Bien, cuéntenos ahora cuál es su propósito —dijo Berta.

—Estoy dispuesta a robárselo yo a su vez. ¿Conoce usted el edificio Stanberry?

Berta denegó con la cabeza, pero luego recordó:

—Un momento. Está enclavado en la Calle Siete, ¿verdad?

Georgia Rushe asintió.

—Un edificio de cuatro pisos… tiendas en la planta baja, oficinas en el segundo piso; el «Rendez-vous», el club que regenta Rimley, en el tercero, y la vivienda del propio señor Rimley en el cuarto.

—¿Y qué pasa con este edificio?

—Ella desea que Ellery se lo compre.

—¿Y por qué desea poseer el edificio Stanberry? —pregunté yo.

—No lo sé, pero creo que tiene algo que ver con el club nocturno.

—¿Acaso el club nocturno hace que el edificio sea una inversión tan maravillosa?

—No lo sé. Pittman Rimley posee cuatro o cinco locales en la ciudad.

—¿Tiene dinero Crail? —pregunté.

—Creo que sus negocios le rinden bastante —dijo la mujer, evasiva.

—¿Tiene dinero? —insistí.

—Sí… bastante.

—¿Y qué desea que hagamos nosotros?

—Quiero que averigüen lo que se esconde detrás de todo esto —dijo la mujer—. Esta mujer es muy perversa y quiero saber qué, es lo que trama.

—Todo esto le va a costar a usted su dinero —dijo Berta Cool.

—¿Cuánto?

—Doscientos dólares para empezar.

Georgia Rushe contestó con la misma frialdad:

—¿Y estos doscientos dólares qué derechos me conceden, señora

Cool?

Berta pareció dudar.

—Diez días de trabajo —intervine yo.

—Menos los gastos —exclamó Berta rápidamente.

—¿Que pueden averiguar en este plazo de tiempo? —preguntó Georgia Rushe.

—Somos detectives y no clarividentes —dijo Berta huraña—. ¿Cómo diablos podemos saberlo?

Pareció ser la respuesta indicada. Georgia Rushe abrió el bolso.

—No quiero que nadie se entere de que yo ando detrás de esto —dijo.

Berta Cool asintió. Sus ojos estaban fijos en el bolso.

Georgia Rushe sacó su talonario.

Berta le alargó amablemente la pluma estilográfica.

capítulo dos

BERTA encendió un cigarrillo.

—Bien, tú mismo te convencerás ahora de cómo marchan las cosas.

—Sí.

—Una mujer con el corazón destrozado y que posee una idea exagerada de las atribuciones propias de una agencia de detectives.

—Sí, Berta.

—Cuando tú te marchaste —continuó Berta—, teníamos asuntos muy buenos. ¡Maldito si sé cómo te las arreglabas…! Aun cuando al principio parecía tratarse de un asunto sin importancia, tú lo convertías en algo grande y ganábamos mucho dinero. Luego te alistaste. Ya podía tratarse de un caso al parecer sumamente importante; al final, resultaba ser un asunto de poca monta y no entraba dinero en la caja. Durante unos meses todo fue bien. Dos o tres casos buenos. Luego, se secó la fuente y sólo me he cuidado de una serie de asuntos sin pena ni gloria como éste.

—No te inquietes. Yo me encargaré en persona del mismo.

—¿Qué es lo que piensas hacer?

—Consultar el Registro Municipal y averiguar todo lo que pueda referente a la actual señora Crail, saber dónde vivía antes de casarse, hacer unas cuantas investigaciones allí, tratar de descubrir dónde residió con anterioridad y, a ser posible, dar con el motivo de su súbito interés por el Edificio Stanberry.

—Te cansarás dirigiéndote de un lado a otro —observó Berta.

—No será tanto —dije, y salí del despacho de Berta.

Elsie Brand levantó la mirada.

—Estaré ausente hoy —le dije—, trabajando en ese caso. Llamaré por teléfono a última hora de la tarde, para saber si hay alguna novedad.

Elsie dudó durante unos instantes como si fuese a decir algo y se sonrojó. Pero no dijo nada. Se volvió en su silla y ocultó su desconcierto, enfrascándose vivamente en su trabajo en la máquina y algo enojada.

Tomé el coche de la agencia. Los últimos dieciocho meses parecían como un sueño. De nuevo volvía a emprender el sendero de la vida en el punto en que lo había dejado.

En el Registro Municipal averigüé que Ellery Crail tenía treinta y ocho años, e Irma Begley veintisiete; que Crail se había casado ya una vez y era viudo, y que Irma Begley era la primera vez que había contraído matrimonio. Había vivido hasta aquel momento en el número 1891 del Latonia Boulevard, en una casa de pisos amueblados.

Me fui hacia la dirección indicada. Era un edificio de apariencia modesta, de cuatro pisos, con una puerta de entrada con extraña decoración, en la que habían fijado un letrero que decía no haber pisos por alquilar. Pulsé el timbre que correspondía al letrerito «administración», y tuve que esperar casi cinco minutos hasta recibir respuesta.

La administradora era una mujer obesa, de unos cuarenta años de edad, ojos pequeños de mirada astuta y gruesos labios. Al principio me miró con desconfianza y expresión beligerante, dándome la impresión de un carro de combate. Le sonreí y, al cabo de unos instantes, me devolvió la sonrisa y vi cómo su expresión se suavizaba.

—Lo lamento. No tenemos ningún piso por alquilar.

—Deseaba obtener ciertos informes de una mujer que vivió aquí.

—¿Cómo se llamaba?

—Señorita… señorita… —reflejé en mi rostro mi disgusto por haberme olvidado el nombre, saqué mi libro de notas del bolsillo y, después de recorrer con el índice una de las páginas, dije—: Una tal señorita Lathman… No, espere un segundo. No es ésta —volví a pasar el dedo por la página y añadí—: Begley, Irma Begley.

—Vivió aquí. Se ha casado.

—¿Sabe usted con quién se ha casado?

—No, no lo sé. Creo que ha hecho un buen partido. Pero no me habló de ello.

—¿Se cuidaba usted ya entonces de la administración de la casa?

—Sí.

—¿Sabe usted algo de ella… quiénes son sus parientes? ¿De dónde procedía o alguna noticia por el estilo?

—No. Y cuando se marchó, no me dio su nueva dirección. Más tarde averigüé que ella misma había ido a la Central de Correos para avisar que le mandaran la correspondencia a sus nuevas señas.

—Un proceder algo extraño, ¿verdad?

—Sí. Por lo general, dejan siempre la nueva dirección por si reciben algo en la antigua.

—Cuando alquiló el piso, le daría a usted algunas referencias…

—¡Oh, sí!

—¿Tendría usted la bondad de dármelas a mí?

—¿Cómo se llama usted? —me preguntó la mujer.

—No lo creerá —le dije sonriendo.

—¿Por qué no?

—Me llamo Smith.

—¿Y por qué no había de creerlo?

—La gente jamás suele creerlo.

—¿Quiere usted pasar, señor Smith?

—Gracias.

La Administración estaba situada en la planta baja y era una estancia sobrecargada de muebles. De un incinerador chino en el centro de una mesa surgía una débil columna de humo blanco. De las paredes colgaban demasiados cuadros, había demasiadas sillas en la habitación, demasiadas mesas.

—¿No quiere usted tomar asiento, señor Smith?

—Gracias.

Le ofrecí un cigarrillo, aceptó y le di lumbre.

—¿Por qué le interesa saber esto?

Hice como si no comprendiera la pregunta.

—Quiero decir, ¿qué objeto persigue con estos informes?

—Sinceramente, no lo sé —respondí—. Jamás me lo dicen. Me entregan una lista de nombres y me dicen que trate de averiguar ciertos detalles. En ocasiones, se trata de una póliza de Seguros, o de una factura que no ha sido pagada, o de una herencia y cosas por el estilo.

—Era una muchacha muy simpática —dijo la mujer.

Exhalé una bocanada de humo de mi cigarrillo y me limité a

murmurar:

—¡Hum!

—Llevaba una vida muy retraída. Jamás recibía a nadie en su piso.

—Buena recomendación.

—No era de la clase de mujeres que dejan facturas pendientes de pago.

—En este caso, no se tratará seguramente de una factura impagada —dije yo.

—Pero ¿en realidad no sabe usted de lo que se trata?

—No. Alguien quiere saberlo, eso es todo. La investigación corre de mi cuenta. Me pagan un dólar por nombre y todos los gastos corren de mi cuenta.

—Me gustaría saber unas cuantas cosas de ciertas personas —observó la mujer.

—Deme sus nombres. Expondré sus deseos en la oficina. No sé cómo manejan estos asuntos. Le cargarán algo más de un dólar. Un dólar es lo que recibo yo.

La mujer abrió un cajón de una mesa de escritorio, sacó unas fichas y comenzó a estudiar el índice alfabético.

Al cabo de unos instantes encontró la ficha que buscaba y se volvió hacia mí.

—Ésta es; Irma Begley. Antes de vivir aquí, residió en el número 392 de la Calle South Fremington.

—¿Dio alguna referencia? —pregunté.

—Dos.

Benjamín C.
Cosgate y
Frank L.
Glimson.

—¿Alguna dirección?

—De un comercio en la parte baja de la ciudad —dijo la mujer —. Éstos son todos los informes que podemos dar de ella, además de que pagaba puntualmente el alquiler y la considerábamos una buena inquilina por su puntualidad en el pago.

—Está bien, es todo cuanto necesito —le dije—. Muchas gracias.

—Si le es posible averiguar en un día todo lo que desean saber de muchas personas, ganará usted mucho dinero.

—Pero no hay que olvidar los gastos y el tiempo que se pierde —objeté.

—Sí, no había pensado en esto —dijo la mujer—. Si los gastos corren de su cuenta, la cosa varía. ¿Tiene que averiguar muchas cosas de las personas que le indican?

—¡Oh!, lo bastante hasta que se dé por satisfechos en la oficina. Algunas veces es muy fácil. Por término medio, se pueden calcular cuarenta y cinco minutos por nombre. En fin, tengo que visitar a otras personas aquí en la vecindad… siempre trato de agruparlas.

—Le deseo buena suerte, señor Smith —dijo la mujer.

—Gracias —respondí.

En la Guía telefónica de una tienda cercana averigüé que Benjamín C.
Cosgate era abogado, al igual que Frank Glimson, y que trabajaban en común bajo el nombre comercial de Cosgate & Glimson.

Iba a llamarles, cuando lo pensé mejor y decidí antes darme una vuelta por el Palacio de Justicia. Durante largo rato estuve estudiando el registro hasta encontrar lo que buscaba: Irma Begley versus Philip E. Cullingdon. Anoté el número del caso, y le dije al encargado del registro que era abogado y que deseaba consultar el archivo.

Los abogados de la parte demandante eran Cosgate & Glimson. El accidente había ocurrido el cinco de abril de 1942, mientras la demandante conducía un automóvil a marcha lenta y tal como prescriben las Ordenanzas municipales. Por el contrario, el demandado, con evidente desprecio por la seguridad de los otros vehículos o de los ocupantes de los mismos, había conducido, sin precauciones de ninguna clase, de forma tan negligente y en contra de la Ley, su «auto» por una calle conocida por Vilshire Boulevard, que había entrado en colisión con el automóvil anteriormente mencionado, conducido por la demandante, que, como resultado de dicha colisión, la demandante había sufrido una lesión grave, en la columna vertebral, que había hecho necesaria la intervención de los médicos, cuyas cuentas ascendían a la suma de doscientos cincuenta dólares, medicamentos por valor de ochenta y cinco dólares y veinte centavos, Rayos «X» por setenta y cinco dólares y análisis de los especialistas por quinientos dólares, que la demandante había quedado lesionada para toda su vida, y que la forma de conducir

del acusado era la única causa de la citada lesión. Por consiguiente, la demandante exigía una indemnización de cincuenta mil dólares y los gastos ocasionados.

El juicio había sido fallado el treinta y uno de marzo de 1943.

Tomé unas cuantas notas y busqué en la Guía Telefónica la dirección de Philip E. Cullingdon. A continuación, llamé a la oficina y Elsie Brand me informó que Berta Cool no estaba allí. Le dije que me dirigía a tomar un combinado en el «Rendez-vous» y que si sucedía algo imprevisto, Berta Cool podía avisarme allí. Elsie me preguntó qué tal andaba el caso y le dije que había hecho algunos progresos, nada en concreto todavía, pero que estaba animado para continuar adelante.

capítulo tres

LA idea de convertir los clubs nocturnos en lugares de reunión para las tardes, se había extendido súbitamente por todo el país. Eran los lugares que frecuentaban las mujeres entre los treinta y cuarenta años en busca de una aventura. Algunas de estas mujeres eran viudas, otras mujeres casadas que engañaban a sus maridos y, tal vez, a ellas mismas cuando alegaban haber ido de compras y haber entrado allí sólo para tomar un refresco.

De esta forma, los clubs nocturnos contaban con nuevos ingresos inesperados al trabajar también por las tardes. Pero el negocio no duró. Los hombres que frecuentaban tales locales desvirtuaban la fama de los mismos. Los gerentes comenzaron a dictar órdenes draconianas… no permitían la entrada a mujeres que no fuesen acompañadas, trabar conocimiento de mesa a mesa…

El «Rendez-vous», no obstante, tal como pude observar a primera vista, no imponía limitaciones a sus clientes.

Debido a que el Edificio Stanberry está enclavado en el perímetro de un barrio comercial, me resultó difícil encontrar sitio donde poder detener el coche. No me quedaba, pues, otro remedio que dirigirme al bloque de manzanas siguiente, cuando, súbitamente, me sonrió la suerte. Un taxi partió de la entrada frente a la casa y me apresuré a ocupar el espacio vacío delante de un gran «Cadillac» y la señal que indicaba el comienzo de la parada de taxis. Cuando bajé de mi coche, vi que el espacio que había dejado libre entre los dos vehículos era muy estrecho, imposibilitando la salida al «Cadillac». Pero como era mi intención permanecer poco rato en el club, dejé mi coche allí.

El ascensor me llevó al «Rendez-vous»… una atmósfera cargada de perfume, gruesas alfombras, luz indirecta, música ensoñadora, camareros que se movían rápidos y silenciosos… una atmósfera de

misterio y aventura, aparejada con cierto ambiente de seguridad.

Encargué un *whisky* con seltz. Me lo sirvieron en un vaso de cristal opaco, seguramente para que no pudiese ver lo poco cargado que estaba. Incluso si Pittman Rimley se veía obligado a pagar veinte dólares por cada botella de *whisky*, no cabía la menor duda de que ganaba mucho dinero con lo que pedía por cada consumición y la cantidad de bebida que servía.

Una maravillosa orquesta interpretó escogidos bailables. Sólo vi a unas cuantas mujeres y unos pocos hombres… el típico comerciante de rostro rollizo que habíase dejado caer allí después de un almuerzo con sus amigos de negocios, un grupo de jóvenes de rostro inescrutable que trataban de imitar a los astros de la pantalla y que, sin duda alguna, no se podían permitir el lujo de estar allí.

Percibí una voz femenina a mis espaldas.

—¿Cigarros… cigarrillos?

Me volví y me fijé en la muchacha. Debía contar unos veintitrés años e iba ataviada con una falda que terminaba dos o tres dedos por encima de sus rodillas, un pequeño delantal blanco y una blusa muy escotada. Llevaba una bandeja en la que ofrecía toda clase de cigarrillos y bombones.

Compré un paquete de cigarrillos con parte del dinero que nos había adelantado Georgia Rushe basándome en la teoría de que podría trabar allí nuevas relaciones y, sinceramente, porque el local me gustaba.

La muchacha poseía unos ojos grises que sonreían graciosamente y que arecían tener una expresión especial para aquellos hombres a los cuales les gusta mirar a las piernas de una mujer.

Esperó hasta que me llevara el cigarrillo a los labios, y entonces me ofreció una cerilla encendida.

—Gracias —le dije.

—Es un placer.

Me gustó el tono de voz, pero no volvió a pronunciar palabra. Me dirigió otra sonrisa y se alejó de mi lado.

Miré en torno mío y me pregunté si por alguna extraña casualidad la señora Ellery Crail se encontraba en aquellos momentos allí. Finalmente, me puse, en pie, me dirigí a la cabina telefónica y llamé a la agencia.

Berta no había regresado todavía. Di cuidadosamente

instrucciones a Elsie Brand.

—Estoy en el «Rendez-vous». Quiero saber si en estos momentos se encuentra aquí una mujer que busco. Consulte su reloj, Espere exactamente siete minutos y luego llame al club y pregunte si la señora Crail está aquí. Insista en que se ponga al teléfono alegando que se trata de algo sumamente importante. Espere hasta que ella le conteste y luego cuelgue.

—¿Algo más?

—No, eso es todo.

—¿Algún mensaje para Berta?

—Dígale que estoy aquí.

—De acuerdo, Donald. Me alegro de volverle a oír.

—Yo también. Hasta luego.

Regresé a mi mesa. El camarero me miraba como si no despachase con bastante rapidez mi bebida. Apuré el resto de un trago y encargué una nueva consumición.

Me sirvieron el nuevo vaso en el preciso instante en que terminaba el plazo de los siete minutos.

Miré en torno mío. El maestresala se dirigió a uno de los camareros, le dijo unas palabras en voz baja, el hombre asintió y se acercó silenciosamente a una de las mesas ocupadas por un hombre y una mujer. Dirigió unas palabras a la mujer y ésta se puso en pie, después de excusarse ante el hombre.

Al primer momento no pude dar crédito a mis ojos. Pero luego, por su forma de caminar mientras se dirigía a la cabina telefónica, adiviné que era la mujer que buscaba. Era una mujer que se sentía orgullosa de su tipo. El vestido de punto se ajustaba perfectamente a su cuerpo. Tenía el mentón echado hacia delante y por la forma de sostener la cabeza se adivinaba que estaba segura de sus actos. Los hombres se volvían a su paso, y esto, en un lugar como aquél, era por demás elocuente.

Me fijé en el hombre que la acompañaba. Era un individuo fuerte y robusto. Recordaba un cajero de un Banco y parecía poseer una extraña pasión por los números… por lo menos, sobre el papel. Era indudable que sabía manejar una máquina de calcular. Debía contar unos cincuenta años de edad y tenía el aspecto que asumen los aficionados teatrales cuando interpretan el papel de un mayordomo inglés.

Pocos minutos más tarde regresó la señora Crail a la mesa. El hombre que la acompañaba se puso en pie y se volvió a sentar con una formalidad grave. Los dos personajes comenzaron a hablar en voz baja.

Por la expresión de sus rostros, empero, era como si estuviesen hablando en aquellos momentos de la Deuda Nacional.

Me levanté nuevamente de la mesa, me encaminé a la cabina telefónica y llamé a la oficina. Elsie Brand me informó que Berta Cool ya había regresado y le rogué me pusiera en comunicación con ella.

—¡Hola! —dijo Berta—. ¿Dónde diablos estás en estos momentos?

—En el «Rendez-vous».

—¿Todavía?

—Sí.

—¡Buena forma de llevar este caso! —respondió con voz enojada —. Sentado en una mesa, tomando consumiciones a expensas del…

—¡Cállate! —la interrumpí—. Y escucha bien lo que te voy a decir. La señora Crail está aquí con un individuo. No creo que vayan a permanecer mucho rato en el local. Espérales a la salida del club, y luego sígueles.

—Has cogido el coche de la agencia, ¿verdad?

—Sí, pero tú tienes tu coche particular.

—Sí… tienes razón.

—La señora Crail tiene aproximadamente veinticinco años. Pesa alrededor de las ciento doce libras. Lleva un vestido negro, un sombrero de paja del mismo color con un lazo rojo, zapatos y bolso de piel de serpiente rojos.

»El hombre que la acompaña tiene cincuenta y dos años, cinco pies y diez pulgadas de altura, pesa alrededor de las ciento setenta a ciento setenta y cinco libras, lleva un traje gris cruzado con una raya blanca. Tiene una nariz larga, un mentón ancho, un rostro sin expresión, una corbata azul oscuro con un dibujo en S, complexión robusta, ojos grises o azul claros… no lo puedo ver desde aquí.

»Descubrirás inmediatamente a la mujer fijándote en su forma de caminar. Mueve las piernas desde las caderas. Pero, cuando mueve su pierna derecha parece como si encorvara ligeramente el lado izquierdo de la espalda. Tendrás que fijarte detenidamente en

este detalle para descubrirlo, pero si prestas atención, lo notarás».

—Bien, me alegro que hayas descubierto algo —dijo Berta—. Voy inmediatamente. ¿No crees que sería mejor que entrara en el club y esperara allí?

—No. Espera fuera. Tal vez se dieran cuenta si salías al mismo tiempo. Desconfiará después de la llamada telefónica.

—Está bien, ya me cuidaré yo de esto.

Volví al salón y me senté a mi mesa. El camarero, tal como creí percibir, me examinaba atentamente.

—¿Cigarros… cigarrillos?

La simpática voz sonó nuevamente a mis espaldas. Me volví y me fijé en las piernas.

—¡Hola! —dije—. Acabo de comprar un paquete de cigarrillos. ¿No lo recuerda? No suelo fumarlos tan rápidamente.

Se inclinó ligeramente hacia delante y me dijo en voz baja:

—Cómpreme otro paquete. A usted parece gustarle el local y deseo charlar un momento con usted.

Iba a contestarle, cuando vi la expresión en sus ojos y metí la mano en el bolsillo para sacar un billete.

—De acuerdo —dije.

Colocó un paquete de cigarrillos encima de la mesa, cogió el billete y me espetó:

—¡Salga de aquí!

La miré con las cejas enarcadas.

Me miró sonriente y abrió el paquete de cigarrillos para ofrecerme uno.

—Usted es Donald Lam, ¿verdad? —preguntó encendiendo una cerilla.

Esta vez no enarqué las cejas.

—¿Y cómo lo sabe usted? —pregunté, extrañado.

—No sea tonto. Use su cerebro. Para algo lo tiene.

Se inclinó hacia mí y aplicó la llama de la cerilla a mi cigarrillo.

—¿Se marcha?

—No.

—Entonces, por amor de Dios, haga algo. Baile con alguna de estas mujeres que le están mirando con tanto interés. ¡Haga algo!

Era una buena idea. Recordé entonces que un hombre que no va acompañado, no entra en un local como aquél simplemente para

tomar unas copas. Pero me sentía extrañamente inquieto tratando de saber cómo la muchacha se había enterado de mi nombre. Hacía dieciocho meses había partido para el Pacífico. Y, antes de enrolarme en la Marina, estaba seguro de no ser un personaje conocido en la ciudad.

La orquesta comenzó a interpretar un nuevo bailable. Invite a bailar a una vivaz morena que se hallaba a unas mesas de la mía.

—¿Bailamos? —pregunté.

Levantó la mirada con una bien simulada expresión de profunda sorpresa.

—¿Es usted… es usted siempre tan brusco?

Clavé mi mirada en la suya y dije:

—Sí.

La mujer estalló en una divertida carcajada.

—Me gustan los hombres bruscos —dijo, y se puso en pie.

Dimos la vuelta a la pista sin pronunciar palabra.

Finalmente, me dijo:

—En cierto modo, no es usted el tipo de hombre que me había imaginado.

—¿Qué trata de insinuar con esto?

—Durante todo el rato ha permanecido inclinado sobre su bebida con el rostro sombrío… con expresión melancólica y beligerante.

—Tal vez fuese beligerancia.

—No. Me estaba preguntando cómo sería usted. Oh, seguramente se habrá dado cuenta de que le estaba observando.

—¿Acaso hay algo de malo en ello?

—¡Quién sabe!

No dije nada y continuamos bailando. Súbitamente estalló en una corta risa y me dijo:

—Estaba en lo cierto. Es usted un hombre melancólico y beligerante.

—Hablemos de usted ahora. ¿Quiénes son estas dos damas que están con usted?

—Amigas.

—Me sorprende usted.

—Solemos salir juntas con frecuencia. Tenemos muchas cosas en común.

—¿Casadas?

—No… No exactamente.

—¿Divorciadas?

—Sí. No viene usted con mucha frecuencia por aquí, ¿verdad?

—No.

—No le había visto a usted todavía. Me preguntaba… quién sería usted. No es usted de la clase de hombres que suelen venir por aquí. Es usted un hombre duro… y directo.

—¿Y cómo son los hombres que vienen aquí? —pregunté.

—La mayoría de ellos no son buenos. De vez en cuando, se conoce a alguien que es… interesante. Pero sólo muy rara vez. Ya estoy hablando otra vez demasiado.

—A usted le gusta bailar y en ocasiones encuentra usted alguien aquí con el cual se aviene, ¿no es esto lo que quería decir?

—Sí, en efecto.

En aquel momento cesó la música. La acompañe nuevamente a su mesa.

—Si supiera su nombre —me dijo fríamente—, le presentaría a mis amigas.

—Jamás digo mi nombre.

—¿Por qué no?

—Porque no soy de la clase de hombres para ser presentado a sus amigas.

—¿Por qué?

—Soy casado —dije—. Tengo tres hijos que pasan hambre. No puedo mantener a mi mujer, porque paso demasiadas tardes en lugares como éste. Muchas veces he intentado reformarme. Pero no me es posible. Voy por la calle, veo a una mujer como usted, que me gusta, que entra en un local como éste e inmediatamente me meto yo también dentro. Y gasto mis últimas monedas por el placer de charlar un rato con usted y dar unas vueltas por una pista de baile.

Estábamos ya junto a la mesa. La mujer volvió a reír y dijo:

—Chicas, creo que se llama John Smith. Es el tipo de hombre indicado.

Las dos mujeres me contemplaron con expresión divertida.

En aquel momento se acercó el *maître*.

—Ruego me perdone el señor.

—¿Qué regla de la casa acabo de violar ahora? —pregunté.

—Ninguna, señor. El gerente del local me ruega le presente sus excusas y le invita al mismo tiempo a pasar a su despacho. Se trata de algo sumamente importante.

—¡Bien, ésa sí que es buena! —exclamó la mujer con la que había estado bailando.

El *maître* permaneció silencioso a mi lado.

Dirigí una sonrisa a las tres mujeres y les dije.

—En fin, volveré inmediatamente —y seguí al *maître* a través del vestíbulo, luego a una antesala y finalmente por una puerta que llevaba el letrero «Particular» y que el *maître* abrió sin previo aviso.

—El señor Lam, señor —anunció y se retiró inmediatamente cerrando la puerta detrás de mí.

El hombre que estaba sentado detrás de una gran mesa escritorio de caoba levantó la mirada y la fijó en mi persona; era un hombre de cabellos negros, moreno, de expresión dura, ojos inquietos que irradiaban el fuego magnético de una personalidad llena de dinamismo.

Una sonrisa suavizó la expresión. Empujó hacia atrás la pesada silla en que había estado sentado y dio la vuelta a la mesa.

No era muy alto y tampoco grueso, pero tenía un pecho ancho, un cuello igualmente fuerte y un cuerpo cuadrado. El traje que llevaba revelaba que le vestía un excelente sastre y no cabía la menor duda de que había pasado mucho tiempo aquel día en la peluquería.

—¿Qué tal está usted, señor Lam? Me llamo Rimley. Soy el propietario del local.

Me miró de pies a cabeza.

Nos estrechamos las manos.

—Siéntese, por favor —me invitó finalmente—. ¿Un cigarro?

—No, gracias. Fumo cigarrillos.

Abrió una gran pitillera encima de su mesa escritorio.

—Creo que aquí encontrará su marca referida. Yo…

—No, gracias. Tengo un paquete en el bolsillo.

Saqué el paquete de cigarrillos.

—¿Un trago?

—Acabo de tomar dos de sus excelentes whiskeys con soda.

El hombre sonrió y dijo:

—Quiero decir una bebida tal como debe ser.

—*Whisky* con soda —dije.

Cogió el auricular de su teléfono y encargó:

—Dos whiskeys con soda, mi marca particular. —Colgó de nuevo el auricular en la horquilla y dijo—: He oído decir que acaba usted de regresar del Pacífico del Sur.

—¿Me permite preguntarle cómo lo sabe usted?

Enarcó las cejas.

—¿Y por qué no?

Aquello no era ninguna respuesta, de forma que insistí:

—He estado ausente de la ciudad durante algún tiempo. No creo que estuviese nunca aquí desde que existe este local.

—Es por este motivo precisamente que su visita me interesa.

—¿Pero cómo sabe usted quién soy yo?

—Vamos, vamos, señor Lam, seamos realistas. Los dos sabemos andar por la vida.

—¿Y bien?

—Póngase en mi sitio. Para poder dirigir un local como éste, uno tiene que estar enterado de muchas cosas. Hay que intentar ganar dinero.

—Estamos de acuerdo.

—A fin de poder hacer algún dinero, tenemos que ponernos en el puesto de los clientes. ¿A qué vienen aquí? ¿Qué es lo que desean? ¿Qué es lo que buscan? ¿Para qué pagan? No cabe la menor duda, señor Lam, que si usted se situase en mi puesto y recuerde que estoy intentando hablarle desde el punto de vista del cliente, comprenderá usted que la inesperada visita de un detective particular… en fin, es algo que me interesa saber y de lo cual me informan inmediatamente.

—Comprendo. ¿Conoce usted a todos los detectives particulares?

—Desde luego que no. Pero conozco a aquellos que son lo bastante astutos para ser peligrosos.

—¿Y cómo los clasifica usted?

—Yo no. Son ellos mismos.

—Temo no comprenderle.

—Ser detective privado es lo mismo que ejercer otra profesión cualquiera. Los que son incompetentes pronto quedan anulados. La mayoría permanecen en el anonimato y sólo algunos llaman la

atención. Cada vez tienen más y más trabajo. La gente comienza a hablar de ellos. Los conozco a todos.

—Me halaga usted.

—No sea tan modesto. Antes de engancharse usted en la Marina dio ya que hablar de sí… un muchacho duro y directo y con cerebro, un hombre que no se detenía jamás ante ningún obstáculo y que siempre cumplía a plena satisfacción de sus clientes. He seguido su carrera con mucho interés. Tal vez, porque quizás algún día pudiera necesitarle.

»Y luego su socia, Berta Cool. Una mujer extraordinaria.

—¿La conoce desde hace tiempo?

—Sinceramente jamás me cuidé de ella hasta que ustedes dos se asociaron. Berta estaba en mi lista, claro está… una de estas pocas agencias capaces de llevar a cabo un trabajo rutinario. Pero nada que mereciese llamar mi atención particular. Luego, se presentó usted y comenzó a tratar los asuntos de forma no acostumbrada. Los casos de los que se encargaba usted, dejaban de ser rutinarios.

—Sabe usted muchas cosas de mí —dije.

El hombre asintió con la cabeza como confirmando un hecho sabido:

—Si, sé muchas cosas con respecto a usted y desde hace tiempo.

—¿Y a qué se debe el honor de esta entrevista?

Llamaron a la puerta.

—¡Entren! —gritó Rimley.

Observé como movía ligeramente el lado derecho de su cuerpo y oí un ligero chasquido. Se abrió la puerta y penetró un camarero portando una bandeja con vasos, una botella de «Johnny Walker», un cubilete con pedacitos de hielo y una botella de soda.

El camarero depositó la bandeja encima de la mesa y volvió a salir sin pronunciar palabra. Rimley llenó dos vasos a medias de *Whisky*, introdujo un pedacito de hielo en cada uno de los mismos, los terminó de llenar con soda y me alargó uno.

—A su salud —dijo.

—A la suya —respondí.

Tomamos unos sorbos. Rimley se dejó caer en su silla, sonrió y me dijo:

—Creo que no es necesario que se lo diga con más claridad.

—O sea, ¿que no me quiere ver por aquí?

—Eso es.

—¿Y puede usted impedirlo?

Sus ojos brillaron duros en aquel momento, pero sus labios todavía sonreían.

—Desde luego —dijo.

—Comprendo. Excusándose en que todas las mesas están reservadas o instruyendo a los camareros en el sentido de que no me sirva o algo por el estilo.

El hombre sonrió.

—¿No se ha percatado usted, Lam, de que las personas que hablan de lo que piensan hacer raras veces suelen hacer lo que dicen? —Asentí con un movimiento de cabeza—. Jamás digo lo que pienso hacer. Lo hago simplemente. Y sobre todo, jamás seré tan estúpido como para decirle a usted lo que pienso hacer para evitar que usted se convierta en un parroquiano de esta casa. ¿Trabajando en un caso especial?

Sonreí.

—Sólo entré aquí deseoso de entablar nuevas relaciones sociales.

—Desde luego, desde luego —asintió Rimley sonriendo—. Imagínese usted las reacciones de mis clientes si alguien le conoce y dice: «Ése es Donald Lam, de la agencia de detectives Cool & Lam. Se dedican especialmente a los casos de divorcios». Estoy seguro de que la mayoría de ellos se acordarían súbitamente que tenían contraídos unos compromisos en otros sitios.

—No había pensado en esto —dije.

Volvimos a tomar unos sorbos.

Me pregunté si la señora Crail y su acompañante habrían abandonado ya el hotel y si Berta Cool estaría atenta para no perderles de vista. Me pregunté igualmente si la aversión que parecía sentir Pittman Rimley contra los detectives privados no se debía, en el fondo, o por lo menos en parte, al hecho de estar enterado de que se habían entablado negociaciones para la venta del local en el cual estaba instalado su «Club»… y si su permiso contenía una cláusula cuyos términos variaban si se vendía el edificio.

—En fin, no se deje abatir, Lam —dijo Rimley—. ¿Otro trago?

Cogió mi vaso con la mano izquierda, volvió a llenarlo a medias con *whisky* e introdujo un nuevo pedacito de hielo y lo terminó de

llenar con soda.

No sé a qué fue debido, pero me fijé casualmente en el gran cronómetro de pulsera que llevaba el hombre. Se trataba de un reloj muy grande, que sólo podía llevar un personaje importante y que marcaba el tiempo en fracciones de segundo.

Eran exactamente las cuatro y treinta en aquel reloj.

Hice un cálculo mental. No podía ser tan tarde. Quise consultar mi propio reloj, pero no lo consideré oportuno en aquel momento. Rimley me alargó nuevamente el vaso y sonrió.

—Creo que nos entendemos a la perfección —dijo.

Eché una mirada casual en torno mío por la habitación.

Encima de una librería había un reloj. Esperé hasta que Rimley mirara en otra dirección y fijé rápidamente mi mirada en la esfera del reloj.

Señalaba las cuatro y treinta y dos minutos.

—Administrar un local como éste debe traer sus quebraderos de cabeza.

—No todo es de color de rosa —confesó.

—Supongo conocerá usted bien a sus clientes…

—A los que vienen habitualmente, sí.

—¿Tiene algunas dificultades en conseguir bebidas?

—Algunas.

—Tengo un cliente que quiere demandar a una persona por cuestión de un accidente de automóvil. ¿Conoce a un buen abogado especializado en estos casos?

—¿Es éste el caso en que está trabajando ahora?

Me limité a sonreír.

—Perdóneme —dijo.

—¿Conoce a algún buen abogado que me pueda ayudar? —pregunté.

—No.

—Debe de haber abogados especializados en estos trámites.

—Así lo supongo.

—Buen *whisky* —dije—, y encantado de conocerle. ¿Supongo preferirá que no vuelva a mi mesa?

—Regrese al salón, Lam. Como si estuviera usted en su casa. Diviértase. Y cuando se marche, no se preocupe por la cuenta. No se la presentarán. ¡Pero… no vuelva usted… por aquí!

Me había estado entreteniendo con el *whisky* y su charla. ¿Por qué aquel interés en que abandonara el local pocos minutos antes y por qué le importaba ahora tan poco que regresara a mi mesa? ¿Acaso se debía ello a que la señora Crail y su acompañante habían abandonado ya el local?

Apuré el contenido de mi vaso, me puse en pie y alargué mi mano.

—Encantado de conocerle —repetí.

—Gracias. Como si estuviese usted en su casa, Lam. Diviértase y mucho éxito en todos los casos que le encarguen. Pero recuerde siempre trabajar en otros sitios que no sean éste.

Me acompañó hasta la puerta.

Regresé al salón.

Sabía que no tenía necesidad de cerciorarme de ello. Pero no obstante, quería ir sobre se uro.

La mesa que habían ocupado la señora Ellery Crail y su acompañante, aquel individuo de expresión grave ataviado con un traje cruzado, estaba vacía.

Consulté mi reloj de pulsera.

Eran las tres cuarenta y cinco.

No vi a la muchacha que me había vendido los cigarrillos, de forma que pregunté con tono indiferente al camarero por ella:

—¿No está por aquí la muchacha que vende cigarrillos?

—Sí señor, un momento.

Se acercó una muchacha mostrando igualmente las piernas, ataviada con la misma falda y delantal y portando la misma bandeja, pero no era la misma.

Compré un paquete de cigarrillos.

—¿Dónde está su compañera? —pregunté.

—¿Billy? Oh, hoy se ha marchado una hora antes a casa. Yo la reemplazo.

Las tres mujeres permanecían con la mirada fija en mi dirección. Me acerqué a ellas. No bailé y sólo charlamos durante unos minutos. Les dije que me acababan de detener por abandono de mi mujer e hijos. ¿Podían hacer ellas algo para sacarme de la cárcel?

Me miraron atónitas e interesadas. De nuevo se acercó el camarero. Se excusó y en nombre del señor Rimley preguntó si mis amigas aceptaban una invitación de la casa, champaña o un vaso de

«Johnny Walker».

Las tres mujeres reflejaron su profundo asombro.

—¡Dios mío! —exclamó una de ellas—. ¡Debe ser el duque de Windsor!

Las tres rieron.

Me volví hacia el camarero.

—Mi agradecimiento al señor Rimley —dije—. Dígale que agradezco su hospitalidad, pero que jamás bebo más de lo que puedo soportar decentemente. Estoy seguro, no obstante, que mis amigas aceptarán la invitación que les ofrece. Yo tengo que marcharme ahora.

—Sí, señor. La cuenta está pagada, señor.

—De acuerdo. Pero una propina sí la aceptará, ¿no es cierto?

El hombre areció dudar.

—Si no es ofender al señor —dijo—, preferiría no tener que aceptarla.

Asentí, me volví y me incliné ante las tres mujeres más asombradas de la ciudad.

—Negocios —dije con gravedad, y salí del salón.

Recogí mi sombrero en el guardarropa y entregué una propina a la muchacha, que no tuvo ningún inconveniente en aceptarla.

Tomé el ascensor hasta la planta baja y me encaminé con aire despreocupado hacia el coche de la agencia. Pero había juzgado mal al dueño del «Cadillac». No sólo habíase marchado antes de lo que yo había calculado, sino que incluso había empujado mi coche de tal forma que éste se encontraba ahora delante mismo de la entrada de la casa, un sitio reservado exclusivamente a los coches de alquiler.

Un taxista se acercó a mí.

—¿Este coche es de usted?

—Sí.

—¡Diablos! ¡Sáquelo inmediatamente de aquí!

—Yo no lo he dejado aquí. Alguien lo ha hecho.

El hombre escupió.

—He tenido que dejar a un cliente en medio de la calzada. He perdido una propina de un dólar.

Extendió la palma de su mano.

Yo lo contemplé gravemente.

—¿Quiere decir que ha dejado de ganar un dólar?

—Sí.

Abrí la portezuela de mi coche.

—Lo lamento, muchacho. Soy del Departamento de Impuestos —dije, y puse el motor del coche en marcha.

El hombre se me quedó mirando con expresión dubitativa.

Eran las cuatro y veintitrés minutos cuando me dirigí a la oficina deseoso de hablar con Berta.

capítulo cuatro

BERTA llegó poco antes de las cinco. Tenía las mejillas sonrojadas y los ojos relucientes. Abrió la puerta de golpe, entró en la oficina, me dirigió una mirada y me dijo irritada:

—Donald, ¿por qué diablos no entras en la oficina particular y lees los periódicos?

—Ya los he leído.

—Bien, siéntate dentro y duerme si quieres. Pero no te sientes aquí. Distraes a Elsie en sus trabajos.

—Ella no se deja distraer por mí —repliqué—. Además, ya es hora de cerrar.

Se acercó a la máquina donde estaba escribiendo Elsie, examinó las dos últimas páginas que había escrito ésta, y me señaló con su índice acusador.

—Aquí lo tenemos —dijo—. Una palabra borrada, otra… y aquí una tercera.

—¿Y qué? —dije. Las Compañías que fabrican gomas de borrar pagan dividendos a sus accionistas gracias sólo a los errores que se cometen escribiendo a máquina. Tres faltas en una página no es mucho.

—¡Hum! Eso es lo que tú crees. ¡Fíjate en ésta!

Examinó rápidamente otras páginas. Pero sólo descubrió un borrón más.

Miré a Elsie. Estaba sonrojada.

—¡Valiente detective eres! —gruñó Berta—. ¡Entra ya!

Abrí la boca para ir a decir algo, pero los ojos de Elsie me rogaron guardara silencio y seguí a Berta a su despacho articular.

—¡Maldita sea! —exclamó Berta enfadada, abriendo la caja de cigarrillos de encima de la mesa y sacando uno.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Se te han escapado?

—No, los encontré. La señora Ellery Crail conduce un «Buick Roadmaster» registrado a su nombre. El hombre que la acompañaba se llama Rufus Stanberry. Es el propietario del edificio en cuestión. Vive en el número 3271 de la Avenida Fulrose. Una casa con muchos criados de librea. Conduce un «Cadillac» muy grande.

—Creo que has avanzado mucho en este caso, Berta —dije—. Pero ¿qué diablos te ocurre?

Berta, haciendo un violento esfuerzo para dominarse, exclamó con voz llena de ira:

—¡No sé a qué atribuirlo! Sospecho que llevas un diablo en tu interior. Siempre que tú te ocupas de un caso, jamás se desarrolla normalmente. Siempre nos vemos metidos en un lío.

Saqué uno de los paquetes de cigarrillos que había comprado a la muchacha en el «Rendez-vous» y extraje uno.

Berta señaló con la mano la caja encima de la mesa.

—Fuma de éstos durante las horas de oficina. Los cargo en gastos generales.

Me llevé el cigarrillo a los labios, volví a meter el paquete en el bolsillo, encendí una cerilla y dije:

—Éstos también van a cuenta de gastos generales.

—¿Cómo?

—Los he comprado a una de las muchachas en el «Club» de Rimley.

Berta abrió la boca para ir a decir algo, pero lo pensó mejor y guardó silencio.

Saqué los tres paquetes del bolsillo y los deposité sobre la mesa escritorio.

Berta reflejó su asombro en su rostro.

—¿Qué diablos significa esto? —preguntó.

—Nada —contesté indiferente—. Son mi marca preferida y ella tiene unas piernas muy bonitas, eso es todo.

Berta clavó su mirada en mí.

—Continúa —la invité.

—¡Maldita sea! —exclamó Berta—. No sé si te das cuenta de lo que llegas a sulfurarme.

Fijé mi mirada en la suya.

—¿Prefieres que disolvamos la sociedad?

—¡No! —gritó.

—En este caso, ¡cállate! —le ordené.

Guardamos silencio durante un rato. Finalmente encaucé la conversación por otros derroteros:

—¿Qué sucedió mientras seguías a la señora Crail?

Berta exhaló una larga bocanada de humo de su cigarrillo antes de responder.

—Me detuve frente al portal de entrada del «Club». Esperé aproximadamente unos cinco minutos hasta que vi salir a la pareja en cuestión. La mujer siguió su camino a pie. Tenía que tomar una decisión. Seguí al hombre.

Aprobé con un movimiento de cabeza.

—El hombre era el que me interesaba —dije.

Berta me miró fijamente.

—Colocaste el coche de la agencia delante mismo del «Cadillac», pero él se limitó a empujarlo con el suyo. Me indigné, pero no me quedó otro remedio que aguantarme.

Guardé silencio.

—No debiste dejar el coche allí.

Exhalé una bocanada de humo sin responder.

—Bien —continuó Berta—. Seguí al «Cadillac». Se dirigió rápidamente al Garden Vista Boulevard. Siguió por el mismo y, ¡maldita sea!, en aquel momento me di cuenta de que un coche me seguía. Era la señora Crail.

Enarqué las cejas.

—Tomé el lado derecho para averiguar si me seguía a mí o al hombre y ella aminoró la marcha para dejar pasar otro coche. Al parecer, no quería acercarse demasiado al «Cadillac» para que el hombre no la descubriera.

—¿Y tú qué hiciste? —pregunté.

—Estaba algo nerviosa. Giré directamente hacia el tramo derecho de la calzada para poder seguir al «Cadillac», y al mismo tiempo, ponerme a la altura del «Buick» de la señora Crail.

—Bien hecho —aprobé—. Excepción hecha, claro está, de que ellos giraran hacia la izquierda.

—¡Eso es precisamente lo que ha ocurrido! —exclamó Berta—. Giraron hacia la izquierda.

—¿Y los perdiste de vista?

—¡Cállate! No soy tan estúpida como para eso.

Fumó nerviosamente durante unos instantes, y luego continuó:

—Cuando vi que giraban hacia la izquierda, aminoré la marcha para que me pasara el coche que iba directamente detrás del mío y poder pasar a continuación a la calzada izquierda. El coche que me seguía iba conducido por una mujerzuela con una dentadura como un caballo y, al parecer, no le gustó mi forma de conducir. Aminoró la marcha cuando yo quité el gas y luego, súbitamente se colocó a mi altura y me gritó si es que pensaba permanecer toda mi vida en aquel sitio. Luego apretó el acelerador y salió disparada.

—¿Y luego? —pregunté.

—Se fijó demasiado tarde dónde quería ir —continuó Berta—. Otro coche que venía en dirección opuesta giró hacia la izquierda. No creo que la mujer lo viera hasta segundos antes de entrar en colisión con él mismo. Hubiera tenido tiempo de frenar, pero iba a demasiada velocidad y trató de dar una rápida vuelta hacia la derecha. Pero no lo consiguió.

—¿Algún lesionado?

—El hombre no, pero la mujer que iba con él se desvaneció. Yo quedé completamente bloqueada. Detrás de mí seguían otros coches y yo sin poder moverme.

—¿Y fue entonces cuando Stanberry giró hacia la izquierda?

—¡No seas estúpido! —exclamó Berta—. Todo el tráfico quedó detenido. Un policía tardó cinco minutos en restablecer el orden. Y la mujerzuela que conducía el coche bajó del mismo, tomó un taxi y se alejó de allí abandonando inmediatamente su coche delante mismo del mío.

—¿Sin tomar los nombres de los testigos o…?

—Dio su nombre y dirección al conductor del otro coche y se acercó al coche de Stanberry para tomar igualmente su nombre y su dirección. Lo mismo hizo con los demás coches. También se acercó a mí. Esto ocurrió cuando el tráfico estaba detenido. Fue gracias a ella que me enteré del nombre y la dirección de Stanberry.

—¿Cómo fue?

—Todo el tráfico quedó desorganizado. Los coches detrás del mío comenzaron a hacer sonar sus cláxones. Me fijé cómo la chica había tomado el nombre y la dirección de Stanberry; por este motivo, cuando se acercó a mí, no la mandé al diablo, sino que le dirigí una amable sonrisa, y alegando que tendría dificultad en

escribir mi nombre, le dije que sería preferible que lo anotara yo por ella.

—¿Y qué sucedió?

—Lo que yo deseaba —dijo Berta—. Me entregó el pequeño libro de notas me rogó escribiera en él mi nombre. El nombre encima del mío era el de Rufus Stanberry, número 3271 de la Avenida Fulrose. Me tomé tiempo para examinar los demás nombres anotados en la lista antes de escribir el mío.

—¿El tuyo? —pregunté.

Berta me dirigió una mirada.

—¡No seas tonto! Elegí un nombre ruso y anoté la primera dirección que se me ocurrió. Luego sonreí a la mujerzuela y le devolví el librito. Finalmente comencé a hacer señales a los coches que me seguían para poder salir de aquel atolladero.

—¿Y luego?

—Comencé a discutir con alguien que estaba detrás de mí y que no quería poner marcha atrás alegando que el que estaba detrás de ella tampoco quería hacerlo. Perdí la paciencia. Puse marcha atrás y di con el coche que estaba detrás del mío, hasta que llegó el policía de tráfico y restableció el orden. La mujerzuela dirigió una sonrisa al policía de tráfico, cogió un taxi y se marchó dejando su coche abandonado en mitad de la calle.

—¿Y tú?

—Finalmente pude salir del atolladero. Pero…

—¿Anotó la joven el nombre de la señora Crail?

—Desde luego. Encima del nombre de Stanberry había escrito otros. Lo vi. No me preocupé por la dirección de la mujer porque ya la tenemos. Me interesaba saber quién era el hombre.

—¿Vio Stanberry el nombre de la señora Crail?

—No. Yo fui la única que escribió su nombre en el librito. Ella misma escribió los nombres y los números de los demás. Pero yo me limité a escribir solamente mi nombre, sin el número del coche.

—¿Y regresaste directamente aquí?

—No. Fui con el coche a la dirección de Stanberry, en la Avenida Fulrose. Pero después de estar un rato por allí y no ver a nadie, los mandé al diablo y he venido aquí. ¿Y tú?

—Me han echado del «Rendez-vous».

—¿Flirteando con mujeres?

—No. El propietario me ha invitado a tomar unas copas con él y me ha rogado amablemente que no me vuelva a dejar ver por allí.

—¡Mándalo al diablo!

—Está en su derecho —dije—. El local lo frecuentan mujeres casadas donde se encuentran con comerciantes que se dejan caer por allí para bailar un poco. Un detective privado produce allí el mismo efecto que una epidemia de viruelas en un transatlántico.

—¿Y cómo se ha enterado de que eras detective?

—Eso es precisamente lo que me preocupa —confesé—. Me conocía. Sabía mi nombre y toda mi historia y también con respecto a ti.

—¿Sospecha algo del caso en que estamos trabajando? —me preguntó Berta.

—No me sorprendería. La llamada telefónica en primer lugar, sin que nadie respondiera cuando la señora Crail se puso al aparato, el hecho de que la señora Crail y Stanberry abandonaran el local mientras yo estaba charlando con Rimley en su oficina y luego su súbito interés por dar por terminada la entrevista. Puede ser que su interés por mí terminara inmediatamente después de haberse marchado la señora Crail. Creo que no se le ocurriría a nadie que tú estabas esperándolos abajo en la calle para seguirles…

En aquel instante sonó el teléfono.

Berta Cool cogió el auricular. Oí la voz de Elsie Brand, luego una sonrisa iluminó el rostro de Berta.

—Sí, señorita Rushe —dijo Berta—, estamos realizando progresos. La señora Crail estaba esta tarde con el señor Stanberry en el «Club» de Rimley.

No pronunció palabra durante unos instantes, y luego volvió a decir:

—Un momento. Le pongo con Donald.

Me pasó el auricular mientras me decía:

—La señorita Rushe desea un informe.

—¿Tiene usted algo que añadir a lo que me ha dicho la señora Cool, señor Lam? —preguntó Georgia Rushe.

—Creo que sí —respondí.

—¿Qué?

—Usted nos ha dicho que la actual señora Crail se llamaba Irma Begley de soltera y que trabó conocimiento con Ellery Crail gracias

a un accidente de automóvil, ¿verdad?

—Así es, en efecto.

—¿Chocó Crail con su coche?

—Sí.

—¿Alegó haber sufrido ella lesiones?

—Sí. En la columna vertebral.

—¿Está usted segura de ello?

—Lo comprobaron por medio de los Rayos «X».

—Bien, lo más probable es que se produjera esta lesión en otro accidente de automóvil sufrido hace un año o antes. Si podemos demostrar esto, ¿será la información de valor para usted? Es muy importante.

—¡Desde luego! —exclamó la muchacha.

—Bien, no se excite todavía y no haga usted nada por su cuenta. Nosotros nos cuidaremos de todo.

—¿Está usted seguro de ese otro accidente de automóvil? —preguntó.

—No, todavía no. Se trata simplemente de una sospecha.

—¿Cuánto tardará en comprobarlo?

—Depende de si puedo localizar a un tal Philip E. Cullingdon y saber lo que él dice a este respecto.

—¿Y cuánto tardará en entrevistarse con ese hombre que dice usted?

—No lo sé. Voy a intentarlo ahora mismo.

—Espero con impaciencia sus noticias, señor Lam. Ustedes tienen mi número de teléfono en la oficina. Llámeme inmediatamente tan pronto averigüe algo. Inmediatamente, por favor.

—De acuerdo, la avisaremos —dije y colgué.

Súbitamente Berta estalló en una divertida carcajada.

—¿A cuento de qué viene esta risa? —pregunté.

—Estoy pensando en cómo me gritó aquella mujerzuela cuando se puso a mi altura y, en cambio, luego se acercó con una amable sonrisa cuando quiso que yo fuese testimonio del accidente. Y lo que se divertirá cuando ande buscando a un tal Boskovitche por Glendal.

capítulo cinco

PHILIP E. Cullingdon era un hombre de mediana edad, de ojos grises, de expresión cansada rostro arrugado. Su mentón era firme. Daba la impresión de ser un hombre amable, algo extraño, difícil de sacar de sus casillas, pero que una vez perdida la paciencia era capaz de todo.

Creí oportuno en aquella ocasión no andarme por las ramas.

—Usted es Philip E. Cullingdon, el demandado en el caso Begley contra Cullingdon, ¿verdad?

El hombre me contempló con sus ojos grises de expresión cansada.

—¿Y por qué le interesa saberlo? —preguntó.

—Me han encargado del caso en cuestión.

—¿De veras? El juicio fue fallado ya.

—Lo sé. Usted estaba asegurado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sabe la cantidad con que fue indemnizada la parte contraria?

—Sí pero todavía no sé con quién estoy hablando o por qué motivo le interesa saberlo a usted.

Le entregué una tarjeta mía.

—Me llamo Donald Lam —dije—. Detective privado, de la Agencia de Detectives Cool & Lam, y estamos investigando el caso.

—¿Por cuenta de quién?

—Un cliente.

—¿Con qué finalidad?

—Estoy tratando de averiguar algo con respecto a Irma Begley, la parte demandante del caso.

—¿Qué hay con respecto a esa mujer?

—Desearía conocer la naturaleza y la importancia de la lesión sufrida.

—Los médicos afirman que sufrió una lesión… Los médicos de ambas partes lo certificaron. No obstante, siempre consideré que había algo raro en todo esto.

—¿Qué le llamó la atención?

El hombre movió su cabeza, pero sin responder.

—Al estudiar el archivo he podido comprobar que la denuncia fue presentada once meses después de haber ocurrido el accidente.

—¿Le presentó alguna demanda anteriormente?

—No —respondió Cullingdon—. La mujer no creyó al principio haber sufrido ninguna lesión, estaba convencida de que no era nada grave. Comenzó a sentir molestias que paulatinamente fueron empeorando. Visitó a un médico que le prescribió un tratamiento rutinario y no le concedió ninguna importancia; finalmente, empeoró, visitó a un especialista que diagnosticó había experimentado una complicación de una lesión que había sufrido… Una lesión en la columna vertebral.

—¿Y achacó esta lesión al accidente?

El hombre asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y fue entonces cuando consultó con un abogado y le demandó a usted?

De nuevo asintió sin pronunciar palabra.

—¿Y su Compañía de Seguros indemnizó a la mujer?

—Así es, en efecto.

—¿A instancias de usted?

—De hecho —dijo Cullingdon—, fui contrario a que la Compañía de Seguros pagara ninguna cantidad importante.

—¿Por qué no?

—Por estar seguro de que la culpa no era mía.

—¿Por qué?

—Creo que ella era más de censurar que yo mismo. Admito sinceramente que debí dar la señal y que hubiese podido apartarme a un lado, pero, a pesar de todo, ella tenía más parte de culpa que yo. A primera vista, no parecieron haberse producido muchos desperfectos. Destrozamos los faroles y mi coche sufrió un agujero en el radiador. Ella bajó ágilmente de su automóvil y creí que iba a empezar a lanzarme reproches. Pero estalló en una divertida carcajada y dijo: «Vamos, vamos, debe usted prestar atención a las señales de tráfico».

—¿Y usted qué dijo?

—«Vamos, vamos, y usted no debe cruzar una calle a cuarenta millas por hora».

—¿Y luego?

—¡Oh!, apunté su número de licencia y ella el mío, se acercaron unas cuantas personas, luego alguien comenzó a gritar que dejáramos la calzada libre para el tráfico y eso fue todo.

—¿Arregló usted particularmente alguna cuenta con ella?

—Jamás me presentó una factura.

—¿Y usted le presentó alguna factura a ella?

—No. Esperé hasta ver en qué resultaría todo el asunto. Luego, al ver que no sucedía nada… sinceramente, me olvidé del asunto.

—¿Cuánto pagó la Compañía de Seguros?

—No sé si a ellos les interesa que lo revele.

—¿Por qué no?

—Pues… fue una cantidad bastante elevada. Al parecer, sufrió realmente una lesión en la columna vertebral.

—Me gustaría saber la cantidad que le pagaron.

—Llamaré mañana por la mañana a mis agentes de Seguros y les preguntaré si ponen algún reparo a que le revele a usted la cantidad. Si no ponen ninguna objeción, le llamaré a usted por teléfono a su oficina.

—¿Quiénes son sus agentes de seguros?

El hombre sonrió y denegó con la cabeza.

—Creo que le he relatado todo lo que me convenía.

—Es un caso interesante —dije.

—Lo que a mí me interesa —dijo Cullingdon—, es saber lo que usted trata de averiguar. ¿Cree usted que hay algo anormal en todo esto?

—Deseche esta idea. Tal vez se trate solamente de que a mi cliente le interese conocer su situación financiera.

—¡Oh, comprendo! —dijo el hombre—. Bien, le voy a decir una cosa, señor Lam, a no ser que ella gastara el dinero tirándolo por la ventana, no cabe la menor duda de que dispone de una bonita cantidad.

—Agradecido —le dije—. Llame usted, por favor, mañana a sus agentes y telefonee a nuestra oficina indicando la cantidad… en caso, claro está, de que no pongan objeciones.

—De acuerdo, lo haré.

Nos estrechamos las manos.

Subí al coche de la agencia e iba a poner el motor en marcha, cuando vi que otro coche se detenía detrás del nuestro.

La joven que bajó del automóvil era esbelta, de caderas muy bien formadas y se movía con gracia. Me fijé por dos veces en ella. Entonces fue cuando la reconocí.

Era la muchacha que vendía cigarros y cigarrillos en el «Club» de Rimley.

Encendí un cigarrillo y esperé.

Tuve que aguardar solamente unos cinco minutos.

La muchacha salió nuevamente a la calle, caminando rápidamente, abrió la puerta del coche y subió.

Yo bajé del mío y me despojé del sombrero en señal de saludo.

La muchacha aguardó hasta que yo me hube acercado a la portezuela de su coche.

—No posee usted licencia para dedicarse a estos asuntos —le dije.

—¿Dedicarme a qué?

—A actuar de detective privado.

La muchacha se sonrojó y dijo:

—Y usted, ¿ha averiguado lo que deseaba?

—A medias.

—¿Qué quiere decir?

—Que no debí darme por satisfecho.

—No le entiendo.

—El Palacio de Justicia está cerrado a estas horas.

—¿Y bien?

—Creí actuar de un modo astuto. He consultado los archivos del Palacio de Justicia, he averiguado allí que Irma Begley demandó a cierta persona por una lesión sufrida en un accidente de automóvil, y he creído ser muy inteligente.

—¿Y no lo es?

—No.

—¿Por qué?

—Porque me he dado por satisfecho.

—No le sigo.

—Tan pronto me he enterado de que ella había sido parte

demandante en un caso, me he limitado a anotar el nombre del demandado, los abogados de la parte demandante y me he marchado.

—¿Y qué es lo que debió haber hecho?

—Continuar examinando los archivos.

—¿Quiere usted decir…?

—No cabe la menor duda —dije, dirigiéndole una sonrisa—. Espero que usted no será menos explícita…

—¿Por qué?

—Podemos cotejar nuestros informes y así me evitará tener que volver mañana al Palacio de Justicia.

—Se cree usted muy astuto, ¿verdad? —observó la muchacha.

Guardó silencio durante unos instantes y luego dijo:

—Conozco cuatro casos parecidos.

—¿Todos a su nombre?

—Desde luego.

—¿Cuándo sufrió en realidad su lesión en la columna vertebral?

—No lo sé.

—¿Desde cuándo le interesa a usted el asunto?

—Yo… desde hace algún tiempo.

—¿Por qué motivo?

—¿No cree usted que hace demasiadas preguntas?

—¿Quiere usted subir a mi coche? ¿O me quiere usted llevar en el suyo? ¿O me veré obligado a seguirla para averiguar dónde va usted y cuál es su intención?

Reflexionó durante unos instantes y luego dijo:

—Si quiere que vayamos juntos a algún sitio, es mejor que suba al mío.

Tuve buen cuidado en dar la vuelta por delante del coche de forma que ella no pudiese poner el motor en marcha sin atropellarme, abrí la portezuela, me senté a su lado y dije:

—Y ahora conduzca con mucha precaución. Siempre me siento nervioso cuando no estoy sentado yo mismo al volante.

Pareció dudar durante cuestión de segundos, y finalmente aceptó la nueva situación.

—¿Consigue usted siempre lo que persigue? —preguntó con cierta amargura en el tono de su voz.

—Se sentirá usted más aliviada si digo que sí, ¿no es verdad?

—No me importa en absoluto lo que usted pueda decir —dijo enojada.

—Esto simplifica las cosas —observé y guardé silencio.

Al cabo de un rato volvió la muchacha a tomar la palabra.

—Bien, ¿qué es lo que desea y a dónde vamos ahora?

—Usted es la que conduce el coche —le dije—. Y deseo que responda a todas mis preguntas.

—¿Por ejemplo?

—¿Cuáles son sus horas de trabajo en el «Club»?

—Volvió su rostro asombrado hacia mí. El coche dibujó unas eses. Rápidamente prestó de nuevo toda su atención al volante.

Finalmente dijo:

—Entro a las doce y cuarto. A las doce y media tengo que estar vestida o desvestida, como lo prefiera usted, en el salón, donde trabajo hasta las cuatro; luego vuelvo a las ocho y media y me quedo hasta medianoche.

—¿Conoce usted a la señora de Ellery Crail?

—Desde luego.

—¿Qué quiere decir con ese «desde luego»?

—Frecuenta el «Club».

—¿Conoce usted al hombre que la acompañaba esta tarde?

—Sí.

—Bien, comenzamos a entendernos. ¿Por qué motivo le interesa averiguar algo del pasado de la señora Crail?

—Por simple curiosidad.

—¿Suya o de otra persona?

—Mía.

—¿Siente esta curiosidad por todas las personas?

—No.

—¿Y por qué motivo esta especial curiosidad por la señora Crail?

—Me interesa saber… cómo comenzó su… carrera.

—¿No cree que está rehuyendo mis preguntas?

—¿Qué quiere decir?

—Le he preguntado por qué le interesaba conocer su pasado. Ha dicho usted que por curiosidad. Le he preguntado a cuento de qué esta curiosidad. Ha dicho porque le interesa saber cómo comenzó su carrera, Todo esto viene a decir lo mismo.

—Le estoy contando la verdad.

—No lo dudo. Lo que me interesa a mí es el motivo de su curiosidad.

Fijó durante un rato toda su atención en el volante meditando seguramente hasta qué extremo se podía confiar en mí. Súbitamente me preguntó:

—¿Qué es lo que ha logrado usted sonsacar a Cullingdon?

—El hombre se ha confiado plenamente. Está interesado y llamará a sus agentes para preguntarles si puede decirme la cantidad con que la indemnizaron. Supongo que, después de haber hablado usted con él, sospechará que los hechos se precipitan.

—Así es.

—¿Qué le ha dicho a usted?

—Me ha preguntado dónde vivía, cómo me llamaba y qué era lo que deseaba de él.

—¿Y usted le ha mentido?

—Oh, desde luego, le he dicho que era periodista y que buscaba material para escribir una serie de artículos sobre accidentes de automóvil.

—¿Y él le ha preguntado en qué periódico trabaja usted?

La muchacha se sonrojó.

—Sí.

—¿Y ha llamado a la redacción del periódico?

—¡Qué inteligente es usted!

—¿Lo ha hecho?

—Sí.

—¿Y la ha puesto de patitas en la calle?

La muchacha asintió en silencio.

—Bien, forjemos el hierro mientras está al rojo vivo. Si ustedes no hubiesen ido a verle, apostaría diez contra uno a que me hubiese llamado mañana a la oficina para decirme…

—¿Qué es lo que le interesa saber a usted? —me preguntó.

—La cantidad con que fue indemnizada.

—Diecisiete mil ochocientos setenta y cinco dólares —dijo.

Me tocó el turno de quedarme sorprendido.

—¿Qué era lo que le interesaba saber a usted? —pregunté a mi vez.

—Obtener copias de las radiografías de la lesión.

Medité durante unos instantes.

—Perdóneme —dije, finalmente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que lo lamento de veras. No debí haber sido tan estúpido. Me acaba usted de revelar lo de los otros casos y no he caído en ello. Creo que mi mente está un poco atrofiada… le falta un poco de práctica.

—¿Qué puede hacer la Compañía de Seguros? —me preguntó.

—Hacer nuevas averiguaciones por su cuenta.

En su rostro creí adivinar una expresión de triunfo.

—No estaría mal —dijo, y luego añadió—: Si proceden con la rapidez necesaria, claro está.

—Todavía no me ha revelado el motivo de su curiosidad.

—Está bien —dijo, irritada—. Se lo diré, a pesar de que creo está usted ya enterado de ello. La señora Crail tiene la intención de comprar el Edificio Stanberry al viejo Rufus Stanberry.

Asentí.

—Bien, use su cerebro.

—¿Quiere usted decir que el permiso de Rimley tiene algo que ver con una posible compra-venta?

—Así es.

—¿Termina su permiso en el caso de una venta del edificio?

—En un plazo de noventa días.

—Y usted trabaja con Rimley… trata, por consiguiente, de impedir que se consume la venta del edificio.

—En cierto modo, sí.

—¿Y cuáles son sus relaciones con Rimley?

—Rimley no significa nada para mí, excepción hecha, desde el punto de vista comercial. Poseo la concesión para la venta de cigarros, cigarrillos y bombones en su local.

—¿Está usted obligada a atender personalmente el negocio?

—No por razones financieras, si quiere decir esto, pero si se posee un negocio es preferible estar al frente del mismo.

—¿No le importa a usted… trabajar allí?

—¿Por lo del vestido? ¡No sea tonto! Tengo unas piernas bonitas. Si a los hombres les gusta mirarlas, a mí no me importa.

—O sea, que si ella compra el edificio, Rimley tendrá que solicitar un nuevo permiso y en este caso termina también su

concesión, ¿verdad?

—Algo por el estilo.

—De forma que a Rimley le interesa averiguar algo sobre el pasado de Irma Crail, le ha confiado a usted lo que ya sabía y la ha instado a remover el asunto, ¿estoy en lo cierto?

Dudó durante unos instantes y luego exclamó:

—No hablemos de Rimley.

—¿Dice usted que Irma Crail ha usado este procedimiento ya en otras ocasiones?

—Sí.

—¿Dónde?

—Una vez aquí, otra en San Francisco, otra en Nevada y otra en Nebraska.

—¿Y siempre con su nombre? ¿Está usted segura de ello?

—Sí.

—¿Y cómo se ha enterado usted de todo esto?

Guardó silencio.

—Está bien, vamos a partir desde este punto. ¿Cómo se llama el individuo al que acaba de visitar?

Enarcó las cejas.

—Convington —dijo.

Denegué con la cabeza.

—Cullingdon —corregí.

—Sí, tiene usted razón.

—No parece usted recordarlo muy bien.

—Tengo mala memoria para los nombres.

—En otras palabras, no estaba usted familiarizada con este nombre.

—¿Qué le hace suponer una cosa así?

—En otro caso, lo hubiese recordado perfectamente.

—Tengo mala memoria para los nombres —repitió.

—Hablando de nombres… —dije y esperé.

—¿Quiere usted saber mi nombre verdadero o mi nombre profesional?

—Su nombre real —escogí.

—No creo le interese.

—¿Su nombre profesional?

—Billy Prue —respondió.

—Bonito nombre —observé—; pero no dice nada.

—¿Acaso los nombres dicen algo?

—En ocasiones suenan convincentes.

—¿Y cómo suena el mío?

—Es un nombre profesional… un nombre de batalla.

—En efecto.

—Bien, dejemos de discutir hasta que considere usted conveniente confiarme algo más.

—Cállese un momento. Quiero pensar.

—¿Un cigarrillo? —le pregunté.

—No fumo cuando estoy sentada al volante —dijo.

Me retrepé contra el respaldo de mi asiento y encendí un cigarrillo.

Recorrimos unas diez o doce manzanas a paso de tortuga y, finalmente, detuvo el coche.

—Bien, ya hemos conseguido algo —dije.

—¿El qué?

—Que se haya usted decidido a concretar dónde vamos.

—Hace ya rato que sé… adónde voy yo.

—¿Dónde?

—A mi piso, a cambiarme de vestido.

—¿Y con ello da por terminado nuestro paseo?

—¿Qué pretende? —me preguntó—. ¿Que le adopte?

Esbocé una sonrisa.

Se volvió hacia mí, abrió la boca como si fuese a decir algo, pero lo pensó mejor y guardó silencio.

Después de cuatro o cinco minutos más de recorrido, detuvo el coche junto a la acera.

—Me alegro de haberle conocido.

—Tendrá que esperar mucho rato.

—No importa.

—¿Y qué es lo que espera?

—Saber por qué siente usted esta curiosidad por la señora Crail.

—Está bien —dijo, irritada—. ¡Espérese, pues!

Bajó del coche, sacó unas llaves de su bolsillo, abrió la puerta de la casa y entró.

Tuve buen cuidado de no volver la cabeza, pero por el rabillo del ojo observé que se detenía después de dar un par de pasos y

permaneció durante un par de minutos en el vestíbulo sumido en la penumbra. Luego, se hundió en las sombras y desapareció.

Tres minutos más tarde se abrió nuevamente la puerta. Vi a la muchacha salir de la casa embutida en un abrigo de pieles muy ceñido a su cuerpo que le llegaba hasta las rodillas y acercarse rápidamente al coche.

Abrí la portezuela y bajé para ayudarla a subir. Unos dedos fríos me cogieron por la muñeca.

—¡Entre! —dijo con voz apenas perceptible—. ¡Venga usted conmigo! ¡Oh, Dios mío!

Quise dirigirle una pregunta, pero me fijé en la expresión de su rostro, cambié de opinión y la seguí sin decir palabra.

La puerta se había cerrado, pero ella tenía la llave en su mano. Con su mano izquierda sujetaba su abrigo de pieles alrededor de su cuerpo.

Abrió la puerta y cruzamos un oscuro vestíbulo, subimos tres peldaños y luego entramos en un viejo ascensor que nos condujo hasta el cuarto piso.

Me guió por un estrecho corredor y se detuvo delante de una puerta.

Metió la llave en la cerradura y la abrió. Todas las luces estaban encendidas.

Era un piso de tres habitaciones, si se puede calificar una pequeña cocina de habitación. Las ventanas daban a la calle y no cabía la menor duda de que el alquiler era elevado.

Su bolso, los guantes y la chaqueta estaban sobre una mesita en el diminuto vestíbulo. Encima de la mesita se veía un cenicero con un cigarrillo a medio fumar. A través de una puerta abierta divisé un dormitorio y encima del lecho la falda y la blusa que llevaba puestas en el coche.

Siguió la dirección de mi mirada y dijo en voz baja:

—Me estaba cambiando de vestido… preparándome para tomar un baño. He cogido lo primero que he encontrado a mano.

Me fijé de nuevo en el abrigo de pieles.

Se había entreabierto ligeramente y observé entonces que iba desnuda.

—¿Y qué más? —pregunté.

—Sin decir palabra se acercó a la puerta del cuarto de baño.

—Por favor, ábrala usted —rogó.

Abrí la puerta y miré dentro del cuarto.

La luz estaba encendida.

El cuerpo del hombre que había acompañado a la señora de Ellery Crail al «Rendez-vous» aquella tarde estaba tendido en la bañera, las rodillas encogidas, tocándole el mentón, los ojos medio cerrados y la boca abierta.

No cabía la menor duda: Rufus Stanberry estaba muerto.

Pero incluso muerto poseía su rostro una expresión de frío cálculo.

—¿Está… está muerto? —oí preguntar desde el umbral de la puerta.

—Sí, está muerto —respondí.

capítulo seis

REGRESAMOS al dormitorio. La muchacha temblaba de pies a cabeza.

—Siéntese —dije—. Tenemos que hablar un momento usted y yo.

—No sé nada de esto —dijo—. Usted es testigo de que no he tenido materialmente tiempo de…

—Atengámonos a los hechos —la interrumpí—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ya se lo he dicho. He entrado aquí y comenzado a desnudarme. Me he dirigido al cuarto de baño, encendido la luz y…

—¿Ha encendido usted la luz del cuarto de baño? —pregunté.

—Sí.

—¿Está usted segura de que la luz no estaba encendida?

—No. He dado la vuelta al interruptor y entonces le he visto y… he dado media vuelta, he cogido lo primero que ha venido a mis manos y he bajado corriendo las escaleras.

—¿Se ha asustado mucho?

—Claro está.

—¿Ignoraba usted que estaba aquí?

—Sí. Yo…

—¡Eche otra mirada! ¡Vamos! —ordené.

La empujé hacia la puerta del cuarto de baño. Allí se apoyó contra el marco de la misma. El abrigo de pieles se deslizó al suelo. Sólo llevaba puesta ropa interior y medias de seda. Lanzó una aguda exclamación de horror y continuó apoyándose contra el muro de la puerta sin hacer el menor caso del abrigo de pieles a sus pies.

—Fíjese bien —le dije.

—¿Y qué es lo que tengo que mirar? ¡Un hombre muerto en la bañera!

La solté de la mano y regresamos al dormitorio.

Cuidadosamente cerré la puerta del cuarto de baño detrás de mí.

—¿Dónde está el teléfono?

—Aquí mismo.

—¡Ah, sí! —comprobé—. ¿Un cigarrillo?

—No. Yo…

Me llevé el cigarrillo a los labios, lo encendí y me recliné contra el respaldo de mi silla.

—El teléfono —dijo la muchacha—, está aquí mismo en…

Asentí en silencio.

—¿No va usted a llamar a la Policía?

—Todavía no.

—¿Por qué no?

—Estoy esperando.

—¿Qué es lo que espera?

—A usted.

—¿A mí?

—Que invente una historia más plausible.

—¿Qué trata de insinuar?

—La Policía no creerá su historia. Y usted saldrá perjudicada con ello.

Su rostro se sonrojó de ira.

—¿Cómo se atreve a…?

Exhalé una bocanada de humo de mi cigarrillo.

—Si usted no llama a la Policía, ¡la llamaré yo! —amenazó.

Sobre una mesita había varias revistas. Cogí una de ellas y comencé a volver las páginas fijándome en las fotografías.

—Hágalo —dije con toda tranquilidad.

El silencio duró unos diez o doce segundos. Luego se acercó al teléfono.

—No estoy bromeando; si usted no llama a la Policía, la llamaré yo.

Continué hojeando impasible la revista.

Cogió el auricular del teléfono, volvió a mirarme y dejó caer el auricular en la horquilla.

—¿Qué hay de malo en mi historia? —preguntó.

—Dos o tres detalles.

—¡Bah!

—Un detalle en particular que la Policía descubrirá inmediatamente —dije—. Y otros detalles de los que no se darán cuenta por más que indaguen.

—¿Y qué es lo que descubrirá la Policía?

—Que está usted mintiendo.

—Está bien, si es usted tan inteligente, dígame lo que hay de malo en mi historia —repitió.

Señalé con la mano el bolso encima de la mesa.

—¿Qué pasa con el bolso?

—Usted guarda sus llaves dentro del bolso, ¿verdad?

—¡Naturalmente!

—¿Cuántas llaves tiene usted?

Me mostró su llavero de piel. Había en el mismo cuatro llaves.

—Ha sacado usted el llavero de su bolso en la calle. Ha cogido la llave de la puerta de su piso. ¿Supongo que es la misma llave que sirve para abrir la puerta de la casa?

La muchacha asintió en silencio.

—Ha guardado la llave en la mano para abrir la puerta de su piso. La ha abierto y ha entrado aquí. ¿Qué ha hecho después?

—Ya le he dicho que me he despojado de mis ropas y que…

—Lo lógico hubiese sido volver a meter el llavero dentro de su bolso.

—Yo… desde luego. Eso es lo que he hecho. ¡Dios mío! Creo que no tengo por qué contarle todos los movimientos que he hecho, ¿verdad? He vuelto a meter el llavero en el bolso y he dejado el bolso encima de la mesa. Luego, he entrado aquí en el dormitorio. He encendido las luces. He ido al cuarto de baño y he abierto la puerta y…

—Continúe desde este momento.

—He dado la vuelta al interruptor de la luz eléctrica, he visto al hombre y he salido corriendo a toda prisa de aquí…

—¿Sabía usted que estaba muerto?

—No, claro que no. Sólo me he preguntado qué podía hacer él en mi piso.

—¿Acaso para solicitar sus favores?

—Sí… o tal vez…

—¿La molestan alguna vez los hombres a causa de su empleo?

—No sea tonto. Cualquier mujer atractiva se expone a ello.

—¿Creen los hombres que es usted una mujer fácil por enseñar las piernas?

—Ésta es la creencia general, ¿verdad? No se les puede censurar por ello.

—¿La han seguido hasta su casa?

—En ocasiones.

—¿Han intentado citarse con usted?

—Desde luego.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que éste podía ser uno de sus pretendientes que aprovechó su ausencia para esperarla en la casa?

—No lo sé. Sólo quería que usted viese lo que yo acababa de ver.

Moví la cabeza.

—Usted sabía que estaba muerto.

—¿Es éste el detalle que dice usted que la Policía no creerá?

—No.

—¿Cuál, pues?

—Su llave y su bolso.

—¿Por qué?

—De acuerdo con su historia, se ha sentido dominada por el pánico. Sólo lleva puesta ropa interior. Ha cogido un abrigo de pieles, se ha envuelto con el mismo y ha bajado corriendo las escaleras para llamarme. Esto no concuerda con los hechos. Si usted realmente ha vuelto a meter el llavero dentro del bolso y ha dejado el bolso encima de la mesa y se ha asustado tanto, no es lógico que se haya entretenido en abrir el bolso, sacar el llavero, volver a depositar el bolso sobre la mesa y bajar corriendo las escaleras. Lo natural era que hubiese usted cogido el bolso y sacado el llavero mientras bajaba las escaleras.

—¿Y eso es todo? —preguntó con cierto sarcasmo.

—En efecto —respondí con tranquilidad—. El hecho de que tuviera la llave en sus manos cuando bajó la escalera revela que usted sabía que iba a usarla.

—Desde luego, la necesitaba para volver a abrir la puerta de la calle y la puerta de mi piso. Las dos puertas se cierran de golpe.

—Y usted sabía que la necesitaría —repetí—. Es por esta causa que usted no la ha vuelto a meter en su bolso y, en cambio, ha dejado esto encima de la mesa. Luego se ha dirigido al dormitorio, ha arrojado las llaves encima de la cama, se ha quitado la blusa y la

falda, se ha envuelto en su abrigo de pieles, ha lanzado una mirada al cuarto de baño para estar segura de que el cuerpo del hombre estaba todavía allí y, por fin, ha cogido otra vez las llaves y ha bajado corriendo las escaleras.

—¡Oh, calle! —exclamó, irritada, y cogió el auricular del teléfono—: Voy a llamar a la Policía.

—Y sobre este almohadón —continué—, que es muy blando por cierto, se nota todavía el sitio donde ha arrojado las llaves.

—Pero, yo… —dejó caer el auricular, se puso en pie, se acercó rápidamente a la puerta del dormitorio, miró desde allí dentro del cuarto y entró de nuevo, diciendo—: ¡Qué detective más inteligente es usted! La cama está ahora cubierta por una colcha que tapa por completo la almohada. Incluso si yo hubiese arrojado las llaves encima de la almohada, no haría ninguna huella perceptible, ya que la colcha nos impediría saber lo que había sido.

—Es cierto.

—En este caso…

—Si usted hubiese dicho la verdad y metido las llaves en el bolso, no se hubiese dirigido ahora dominada por el pánico a la puerta para ver si se veía algo desde allí.

Meditó durante unos instantes y se volvió a sentar.

—Esto, por lo que hace referencia a la Policía. Desde mi punto de vista, hay otras cosas que no concuerdan. Ha tenido interés en que viera que sólo llevaba puesta ropa interior debajo del abrigo de pieles para convencerme de que su historia es real. Súbitamente, ha experimentado usted la necesidad de averiguar algo sobre el pasado de Irma Crail, algo que pudiese usar usted en su favor en caso necesario y, cuando ha salido de la casa de Cullingdon, estaba temblando de pies a cabeza. Estaba tan nerviosa que apenas pudo poner el motor en marcha. No cabe la menor duda de que usted ha estado ya en la casa esta tarde, se ha despojado de sus ropas, entrando en el cuarto de baño, visto a Rufus Stanberry en la bañera, se ha cerciorado de que el hombre estaba muerto y se ha sentado en una silla para reflexionar durante unos instantes fumando un cigarrillo (el resto está todavía aquí en el cenicero) y ha vuelto a salir de su casa teniendo buen cuidado en borrar todas las huellas que pudiesen revelar que había estado aquí.

»Luego, se ha dirigido a toda prisa a casa de Cullingdon. Ha

descubierto que yo ya había estado allí y esto ha alterado sus planes. Yo la he esperado a la salida y esto todavía la ha desconcertado aún más. Necesitaba usted un testigo que corroborase que usted había descubierto un cadáver en su bañera. A fin de cuentas, yo era un buen testigo. De modo que me ha elegido a mí. Ha bajado usted del coche con la llave en la mano. Ha subido a su piso, dejado el bolso abierto encima de la mesa y el llavero aquí encima de la cama. Se ha quitado la blusa y la falda, se ha puesto el abrigo de pieles, ha echado una mirada por el piso para cerciorarse de que todo estaba igual que lo había dejado y ha bajado para buscarme. Ha creído usted que llamaría inmediatamente a la Policía y que corroboraría que usted sólo ha estado dos o tres minutos en la casa.

—Está bien. ¿Qué desea? —dijo con voz cansada—. Deme un cigarrillo.

Le ofrecí un cigarrillo.

—La verdad —dije escuetamente.

—Está bien, ha sucedido tal como usted acaba de decir. No pensé en que las llaves podrían delatarme.

—¿Lo encontró aquí antes de ir a casa de Cullingdon?

—Sí.

—¿Sabía quién era?

—Desde luego.

—¿Comprobó si estaba muerto?

—Sí.

—¿Y luego?

—Sospeché, claro está, que la señora Crail había querido cargarme el muerto. Los dos han estado juntos esta tarde. Y ahora él estaba en mi piso… muerto. No me gustó el asunto. Nadie podía comprobar si yo había estado aquí. Decidí abandonar el piso, averiguar lo que pudiese sobre la señora Crail… y después buscar algún testigo que certificara mi coartada. Luego le encontré a usted, cosa que me irritó al principio, pero más tarde decidí que podía usted ser un buen testigo.

—No le gustará mi próxima pregunta.

—¿Cuál es?

Señalé con la cabeza en dirección al cuarto de baño.

—¿Ha estado aquí en otras ocasiones?

—Sí.

—¿Relaciones amorosas o sociales?

—Ni lo uno ni lo otro.

—¿Qué es lo que deseaba?

—Quería saber si Rimley ganaba mucho dinero con su negocio.

—¿Averiguó algo?

—No, nada.

—Echemos otra mirada al cadáver.

—Pero no debemos tocarlo hasta que…

—No —dije.

Nos dirigimos nuevamente al cuarto de baño. La muchacha estaba muy tranquila, sin reflejar la menor emoción en su rostro.

Examiné con sumo cuidado el cadáver sin tocarlo. Evidentemente, había sido asesinado, golpeándole muy fuerte en la sien izquierda con un objeto que había dejado una huella oblonga en la fractura del cráneo. Examiné el bolsillo interior derecho de su chaqueta. Sólo contenía un billetero. Lo volvía meter en el bolsillo. El bolsillo interior izquierdo contenía un libro de notas. La primera página decía lo siguiente, escrito con tinta: «Rufus Stanberry, 3271, Fulrose Avenue. En caso de accidente avisar a Archie Stanberry, 963, Maildo Avenue. Mi grupo sanguíneo es 4.» Cerré el librito y lo volví a meter en el bolsillo.

En su muñeca llevaba un valioso reloj de pulsera. Me fijé en la hora. Señalaba las cinco treinta y siete. Consulté mi reloj.

Eran exactamente las seis y treinta y siete minutos.

Me aparté del cuerpo como si fuese el de un leproso.

—¿Qué ocurre? —me preguntó la muchacha con la mirada fija en mí—. ¿Qué pasa con el reloj?

—Nada —dije, y la obligue a salir del cuarto—: Nada —repetí.

—Ahora avisemos a la Policía.

capítulo siete

LOS dos policías del coche patrulla que llegaron inmediatamente para hacerse cargo de la situación hasta que llegaran los agentes de la brigada criminal nos dirigieron sólo unas cuantas preguntas protocolarias. Cuando llegaron los criminalistas tuvimos que explicar toda la historia. Nada digno de remarcar sucedió durante la hora siguiente. Luego, finalmente, se presentó el sargento Frank Sellers, con su sombrero tirado hacia atrás y un cigarro colgado de una de las comisuras de su boca.

—¡Hola, Donald! —me saludó—. Me alegro de que estés de vuelta.

Nos estrechamos las manos. Le presenté a la muchacha.

Tomaron nuestras declaraciones en taquigrafía. Sellers evidentemente había sido ya puesto al corriente, pues rápidamente se familiarizó con tal situación.

—Mala suerte, Donald —me dijo—. Acabas de llegar y lo primero que te encuentras es con un asesinato. ¿Trabajando en un nuevo caso? —Se volvió hacia Billy Prue y, sin esperar mi respuesta, volvió a preguntarme—: ¿Estabas aquí por asuntos de negocios o por razones sociales?

—Sinceramente, un poco de ambas cosas. Pero no es para comunicarlo a la Prensa, y tampoco a Berta.

—Según tengo entendido, detuvo usted su coche junto a la acera y subió para cambiarse de ropa —preguntó a la muchacha con amabilidad.

—Así es —respondió ésta en voz baja.

—¿Ibais a cenar los dos juntos?

Asentí en silencio.

—Ella no te conocía aún bastante para invitarte a entrar en su piso —dijo Sellers—, y tampoco deseaba hacerte esperar demasiado

en el coche, de modo que tenía prisa, ¿verdad?

—Empecé a desvestirme casi antes de abrir la puerta —dijo Billy Prue con una risita nerviosa—. Me encaminé al cuarto de baño… y descubrí…

—¿Qué hizo usted con sus llaves cuando entró? —preguntó Sellers con tono indiferente.

—Las metí en mi bolso —dijo la muchacha—, y lo dejé encima de la mesa.

Aguantó impasible la mirada que el policía fijó en ella.

—Y cuando volvió a salir, ¿sacó las llaves del bolso?

—No. Cogí el bolso y salí corriendo del piso. Luego, cuando volví a subir con Donald, saqué las llaves del bolso y abrí la puerta.

El sargento Sellers emitió un profundo suspiro.

—Bien, muchachos, creo que esto es todo. Más tarde tendremos que volverles a dirigir varias preguntas. Ahora os podéis marchar a cenar.

—Gracias —dije.

—¿Qué tal está Berta estos días?

—La misma de siempre —respondí.

—Hace tiempo que no la he visto. Bien, ahora que estás de regreso, nos veremos con mayor frecuencia.

Su sonrisa tenía un significado malicioso.

—¿Ha terminado ya… la Policía aquí? —preguntó Billy Prue.

—Todavía no —contestó Sellers—. No se preocupe, lo encontrará todo en orden a su regreso. Tiene usted sus llaves, ¿verdad?

—Sí.

—Está bien. Vayan a cenar y diviértanse mucho.

El sargento Sellers nos siguió con la mirada mientras nos alejábamos por el corredor hacia el ascensor.

—¡Bien! —exclamó Billy Prue mientras entrábamos en el ascensor y emitía un suspiro de alivio—. Esto es todo por el momento.

—No hable —le advertí.

El ascensor nos condujo a la planta baja. Un policía uniformado se cruzó con nosotros en el vestíbulo. Otro policía uniformado estaba de guardia en la puerta. El coche de Billy Prue estaba donde lo habíamos dejado. El volante estaba cubierto de polvos blancos,

así como también los pomos de las portezuelas donde la Policía había buscado huellas dactilares.

Sin pronunciar palabra, abrí la portezuela del coche. La muchacha ocupó ágilmente su puesto. Me senté a su lado y cerré la portezuela de golpe.

—Los dos estamos metidos en el mismo lío —dijo la muchacha —. Si delata alguna cosa, será en su propio perjuicio.

—¿Y bien?

—Voy a tener la extrema cortesía de llevarle allí donde dejó su coche… eso es, si es usted bueno. En caso contrario, le dejaré plantado en medio de la calle.

—Una actitud poco humana por su parte, después de haberla salvado de las garras de la Policía, ¿verdad?

—Eso, por ser usted un entrometido —saltó.

Me recliné contra el respaldo del asiento, saqué un paquete de cigarrillos del bolsillo y extraje uno.

—¿Un cigarrillo? —le ofrecí.

—No, cuando estoy sentada al volante no fumo.

Encendí un cigarrillo y mientras fumaba estudié su perfil.

Sus ojos pestañearon rápidamente dos o tres veces. Luego, vi como unas lágrimas resbalaban por su mejilla.

—¿Qué le ocurre? —pregunté.

Apretó el acelerador del coche abandonando toda clase de precauciones.

—Nada.

Continué fumando.

Dimos vuelta a una esquina. Vi que nos dirigíamos hacia el Edificio Stanberry y, al parecer, a club de Rimley.

—¿Ha cambiado de idea y no me lleva donde tengo el coche?

—Sí.

—¿Por qué está llorando?

Detuvo el coche junto a la acera, abrió su bolso, sacó de él un pañuelo de batista y se secó las lágrimas.

—Usted me ha ofendido —dijo.

—¿Por qué?

—Deseaba saber cuál sería su reacción.

—¿Y bien?

—Me ha decepcionado. Usted ha dado por supuesto que yo soy

de la clase de personas capaz de jugarle una mala pasada así, ¿verdad?

—Eso es lo que dice usted.

Se secó las lágrimas.

—Antes morir que hacer esto a un amigo.

Continué guardando silencio.

Me dirigió una mirada llena de ira. Luego cerró su bolso, se acomodó de nuevo en su asiento y puso nuevamente el motor en marcha con ademán decidido.

Nos detuvimos frente al Edificio Stanberry.

—Pittman Rimley no me tiene mucha simpatía.

—No es necesario que entre. Tengo que informarle de todo. Puede usted esperar aquí.

—¿Y luego?

—Le conduciré allí donde ha dejado su coche.

—¿Le dirá a Rimley que yo estaba con usted cuando avisó a la Policía?

—Sí. No me queda otro remedio.

—Esperaré aquí si no tarda mucho. En caso contrario, tomaré un taxi. Será mejor que se lleve la llave de contacto.

Me miró de reojo y sacó la llave.

—Algún día —me advirtió— le obligaré a abandonar esa «pose» de seguridad en sí mismo.

Esperé hasta que hubo entrado en el edificio, luego salté del coche y detuve un taxi. Di la dirección de Cullingdon al chófer, enfrente de cuya casa había dejado el coche, pagué la carrera y me dirigí a toda prisa a la oficina.

La oficina estaba a oscuras cuando llegué.

Llamé a la vivienda de Berta. Pero no recibí respuesta. Me senté en la oscuridad para reflexionar.

Al cabo de unos minutos oí unos pasos en el corredor. Oí introducir una llave en la cerradura y Berta Cool abrió la puerta de golpe.

—¿Dónde diablos has estado metido? —me preguntó.

—En varios sitios.

Me dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Has cenado ya? —le pregunté.

—Sí.

—Yo todavía no.

Berta se acomodó en una silla.

—Cuando es la hora de comer, como —me dijo Berta—. Necesito alimentar mi cuerpo para que rinda lo que yo exijo de él.

Saqué el último cigarrillo del paquete y arrojé éste a la papelera.

—Pues bien, nos hallamos metidos en un caso de asesinato.

—¡Asesinato!

—Asentí con la cabeza.

—¿Quién ha sido asesinado? —preguntó Berta.

—Rufus Stanberry.

—¿Dónde? ¿Cómo? ¿Por qué?

—En casa de la muchacha que vende cigarrillos en el «Rendez-vous». Su nombre profesional es el de Billy Prue. Y con respecto al procedimiento que empleó el asesino, no puede ser más primitivo, le golpeó con un objeto contundente en la sien.

—¿Y qué sospechas tú?

—Que el hombre sabía demasiadas cosas, o…

—¿O qué? —insistió Berta al observar que callaba—. Continúa.

—O —seguí— tal vez sabía demasiado poco.

Berta me dirigió una mirada inquisitiva.

—En resumen —aclaró—, no has dicho nada concreto.

Presté toda mi atención al cigarrillo que estaba fumando.

Al cabo de unos instantes dijo Berta:

—Has vuelto a meter a la agencia en un asunto maldito.

—Yo no he metido a la agencia en un asunto —repliqué.

—A lo mejor lo crees así, pero no puedes negar que lío has hecho. Si yo me hubiese cuidado del caso, hubiese resultado ser un asunto de poca importancia, rutinario, sin averiguar nada que hubiese podido ser de provecho para nuestra cliente y…

—No creas —dije—. Tan pronto hubieses comenzado las pesquisas, hubieses descubierto algo muy interesante relacionado con la señora Crail.

—¿Qué?

—Es una delincuente profesional.

—¿Cómo lo sabes?

—He consultado el archivo de un caso Begley contra Cullingdon. Tengo entendido que en San Francisco ocurrió un caso parecido y otro en Nevada.

—¿Estafas o lesiones?

—No, las estafas son demasiado arriesgadas. Es cierto que sufrió una lesión, posiblemente en su primer accidente de automóvil, descubrió que era un sistema fácil para ganar dinero y decidió que era más sencillo que trabajar para vivir. Esperó a que se le presentara la oportunidad para sufrir un accidente hecho como a propósito para ella, que no le produjese lesiones graves. Bastaba con alegar ante la Compañía de Seguros que no había sido nada, que no deseaba ninguna indemnización… Luego, al cabo de unos meses, era cuestión de visitar a un médico, lamentarse de ciertos síntomas, recordar que había sufrido un accidente de automóvil que ella casi había olvidado ya. El médico la mandaría a un abogado y así comenzaría la historia. Y los médicos certificarían que había sufrido una lesión en la columna vertebral.

—¿Y no podrían descubrir el engaño?

—No. Los
rayos X
certificarían la lesión. Es una mujer atractiva. Sabe cómo comportarse delante de un jurado. Las Compañías de Seguros se verán obligadas a pagarle una indemnización. Cosgate & Glimson llevaron su último caso.

—¿Y por qué no continuó empleando este sistema?

—Es demasiado arriesgado. Lo había llevado a la práctica ya varias veces. Las Compañías de Seguros suelen intercambiarse sus informes sobre estos casos. Y cuando sufrió el accidente con Crail… descubrió pronto que el hombre era un buen partido y no perdió el tiempo.

—Bien —dijo Berta—, el trabajo realizado vale los doscientos dólares que hemos recibido de anticipo. Es cuestión ahora de obtener todos los detalles concernientes a los demás casos e informar sobre los mismos a la señorita Georgia Rushe para que ella se las arregle como quiera con la señora Crail. Y nada más… ¿supongo no estarás complicado en esto del asesinato, Donald?

—No.

—Comienzo a sospechar lo contrario.

—¿Y qué es lo que te hace suponer una cosa así?

—La forma como lo has negado. ¿Está envuelta una muchacha en el asunto?

—Directamente no. Encontraron el cadáver en su vivienda.

—Has dicho que es la muchacha que vende cigarrillos en el «Rendez-vous», ¿no es cierto?

—Sí.

—¿La misma que te vendió los tres paquetes de cigarrillos?

—Sí.

—¡Hum! —súbitamente clavó su mirada en la mía—. ¿Piernas?

—Naturalmente. Mucho.

—¡Hum! —murmuró Berta, y al cabo de unos instantes, añadió —: Escúchame, Donald Lam, no te metas en esto y…

En aquel momento llamaron a la puerta de la oficina.

—Di que la oficina ya está cerrada —le dije a Berta.

—No seas estúpido. Tal vez es un cliente con dinero.

—Veo su silueta a través del cristal. Es una mujer.

—Tal vez sea una mujer con dinero.

Berta se puso en pie, cruzó la estancia y abrió la puerta.

Una joven dirigió una sonrisa a Berta desde el umbral.

Llevaba un valioso abrigo de pieles con un gran cuello que enmarcaba su rostro. No cabía la menor duda, era la clase de mujer que puede permitirse el lujo de patrocinar una investigación.

Berta Cool se suavizó como un pedazo de hielo al sol.

—¡Entre, por favor! Entre —rogó amablemente—. La agencia ya está cerrada, pero como usted se ha tomado la molestia de venir aquí, estamos por completo a sus órdenes.

—¿Me permite preguntar por su nombre? —preguntó nuestra visitante.

Vi como Berta Cool enarcaba las cejas como si ya hubiese visto a la joven con anterioridad o trataba de reconocerla.

—Me llamo Berta Cool —dijo Berta—. Soy uno de los socios de esta agencia y este caballero es el señor Donald Lam, el otro socio. Señorita… señorita…

—Witson —dijo la joven—. Señorita Esther Witson.

—¡Oh, sí! —dijo Berta.

—Desearía hablar un momento con usted, señora Cool, respecto…

—Puede usted hablar aquí mismo. El señor Lam y yo estamos a su servicio. Todo cuanto podamos hacer por usted…

La señorita Witson fijó sus azules ojos en mí. Sus labios se

entreabrieron ligeramente para sonreír.

En aquel instante Berta la reconoció.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Es usted la mujer que conducía el automóvil.

—Creí que me había usted reconocido ya, señora Cool. Me ha costado mucho trabajo dar con usted. Recuerde que me dijo que se llamaba Boskovitche —dijo la señorita Witson, y tiró la cabeza hacia atrás y nos mostró su dentadura de caballo.

Berta me miró con la expresión de una persona cazada en la trampa.

—¿Existen acaso dudas sobre la responsabilidad a quien incumbe el accidente, señorita Witson? —pregunté.

—Una forma muy suave de expresarse —repitió la señorita Witson.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Berta.

—El otro coche lo conducía el señor Rolland B. Lidfield. Iba acompañado de su esposa.

—Pero ninguno de los coches sufrió desperfectos.

—No se trata de los coches —explicó la señorita Witson—. Se trata de la señora Lidfield. Alega haber sufrido un choque nervioso muy fuerte y se ha puesto en manos de su médico, en tanto que su marido y los abogados…

—¡Abogados! —exclamó Berta—. ¡Tan pronto!

—Unos abogados especializados en esta clase de casos… Cosgate & Glimson. El médico se los recomendó.

Dirigí una mirada a Berta para saber si se había fijado en el nombre.

Pero no.

—Cosgate ¿cuál es el otro nombre? —pregunté.

—Cosgate & Glimson.

Dirigí una nueva mirada a Berta, guiñándole un ojo.

—¡Hum! —murmuró ésta.

—Desearía que usted me ayudara, señora Cool.

—¿En qué sentido?

—Explicando lo que sucedió.

—¡Otro accidente de automóvil! —dijo Berta, mirándome con expresión desesperada.

—Usted sabe que yo conducía muy lentamente, que seguí su

coche durante dos o tres manzanas; que usted conducía a paso de tortuga y yo la pasé…

—No lo recuerdo —dijo Berta.

—Y usted trató de escapar del asunto dando un nombre falso —exclamó la señorita Witson con expresión de triunfo—; pero no le sirvió de nada, señora Cool, ya que anoté el número de su coche. Y sospecho que lo hice sencillamente porque vi al señor Lidfield tomar el número de los demás coches que estaban allí cerca. De modo que la llamarán como testigo, y tendrá que ponerse de un bando u otro. Trate de recordar quién tiene la culpa.

—No tengo por qué recordar nada.

—¿Hay otros testigos del accidente? —pregunté.

—¡Oh, sí!

—¿Quiénes son?

—Muchos. Un tal señor Stanberry, una señora Crail, dos o tres más.

—Será muy interesante saber lo que alegará la señora Crail cuando la citen —observé.

Berta adelantó su mentón.

—Lo único que puedo decir es que el coche que giró hacia la izquierda iba a gran velocidad. Vio que el coche de Stanberry giraba igualmente hacia la izquierda, y consideró posible cortar la curva muy cerrada y adelantarse al coche de Stanberry.

La señorita Witson asintió y dijo:

—Yo era la primera en el cruce. Estaba a su derecha y él venía por mi izquierda… de forma que tenía que dejarme el paso libre.

Berta asintió.

—Y —continuó la señorita Witson con aire de triunfo—, yo no choque con él. Fue él quien chocó con mi coche.

Berta se apaciguó súbitamente.

—¿Acaso no está usted asegurada? —preguntó bruscamente.

La señorita Witson soltó una carcajada.

—Así lo creía, pero resulta que no. Un ligero descuido. En fin, muy agradecida, señora Cool, y puede usted estar segura… Bien, no creo necesario que le diga nada más, pero…

—De acuerdo, querida. Yo no me preocuparía por ello en su lugar. El hombre conducía a toda velocidad en el cruce.

Esther Witson estrechó impulsivamente la mano de Berta.

—Me alegro tanto de que esté usted de acuerdo conmigo, señora Cool, y no tiene usted por qué preocuparse cuando la citen como testigo. Claro está, no puedo hacerle ninguna promesa, ya que parecería como si la estuviese sobornando a usted para que declarase en mi favor. Pero me doy cuenta de que es usted una mujer de negocios, y que si esto implica una pérdida de tiempo para usted… —sonrió amablemente—. Siempre trato de ser justa en mis negocios —añadió.

Sonrió significativamente y nos abandonó después de desearnos las buenas noches.

Berta aspiró profundamente el aire templado de la habitación.

—Este perfume —dijo—, cuesta cincuenta dólares la onza. ¿Y te has fijado en su abrigo de pieles? Donald, querido, uno de los principales deberes de la agencia de detectives es establecer contacto con la alta sociedad.

—Creo recordar que esta tarde me has dicho que se trataba de una mujerzuela con dentadura de caballo…

—Ahora tenía un aspecto diferente —observó Berta con dignidad.

capítulo ocho

LA casa delante de la que detuve el coche era un edificio grande de tres pisos, con la fachada estucada. Junto al marco de la puerta de entrada, vi unos timbres junto a los cuales aparecían sujetas unas tarjetas con los nombres de los inquilinos.

Apreté el botón del timbre que correspondía al nombre de Stanberry, A. L. Tuve que esperar sólo cuestión de segundos y a través del teléfono interior oí un agudo silbido. Instantes después oí una voz que decía:

—¿Qué desea?

Apliqué mi boca a la bocina.

—Hablar con Archie Stanberry.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Lam.

—¿Cuál es el objeto de su visita?

—Adivínelo.

—¿Periodista?

—¿Qué supone usted?

Oí el zumbido característico de que abrían la puerta desde arriba y penetré en la casa.

El departamento de Archie Stanberry era el 533. Un ascensor me llevó con rapidez al tercer piso. Busqué el número 533 y llamé a la puerta.

Archie Stanberry tenía aproximadamente veinticinco o veintiséis años de edad. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar, no obstante, hacía visibles esfuerzos por dominarse.

—Ha sido un golpe terrible para mí —lamentóse.

—Lo comprendo.

No esperé a que me invitara, elegí un cómodo sillón, me arrellané en el mismo, saqué del bolsillo uno de los paquetes de

cigarrillos que aquella misma tarde me había vendido Billy Prue, lo encendí y pregunté:

—¿Cuál era su parentesco con el muerto?

—Era mi tío.

—¿Le veía con alguna frecuencia?

—Éramos inseparables.

Saqué un librito de notas de mi bolsillo.

—¿Cuándo vio por última vez a su tío?

—Ayer por la noche.

—¿Le oyó hablar alguna vez de Billy Prue… la joven en cuya casa han encontrado el cadáver?

—No.

—¿No estaba usted enterado de que él la conocía?

—No.

—¿Sabe usted lo que hacía en casa de la joven?

—No lo sé —respondió Archie—. Pero le puedo asegurar una cosa; fuese cual fuere el motivo de su visita a aquella casa, no había nada de malo en ello. Mi tío era un hombre noble y virtuoso.

Pronunció las palabras como si se las hubiese aprendido de memoria.

—¿Hace mucho tiempo que vive usted en esta casa?

—Cinco años.

—¿Quién es el propietario?

—Mi tío Rufus.

—¿Ha legado una herencia importante?

—No lo sé —dijo demasiado apresuradamente—. No lo sé —repitió—. No estoy al corriente de sus asuntos económicos. Siempre supuse que era un hombre rico.

—¿Trabaja usted? —le pregunté.

—Actualmente no trabajo en el sentido de estar empleado. Estoy realizando un trabajo de investigación para una novela histórica.

—¿Ha publicado usted ya alguna cosa? —pregunté.

Se sonrojó.

—Creo que esto no hace al caso en estos momentos.

—Creí que le agradaría un poco de publicidad.

—Se trata de una novela histórica cuyo tema gustaba al tío Rufus.

—¿La iba a patrocinar él? —pregunté.

Durante unos instantes el joven evitó mirarme a los ojos, luego me miró de nuevo con sus ojos enrojecidos y, al parecer, atemorizados.

—Sí —dijo—. Y supongo que ahora tendré que desistir de escribirla.

—¿De qué se trata?

—Se remonta a los días de la marina mercante —comenzó con un ligero tono de entusiasmo en su voz—, cuando San Francisco era un puerto verdadero y los barcos de todos los países del mundo echaban sus anclas en la Puerta de Oro. Días que forman parte del pasado, pero que volverán cuando la marina de los Estados Unidos recobre…

—Un tema muy interesante —le interrumpí—. ¿Estaba casado su tío?

—No.

—¿Tenía otros familiares?

—En todo caso, no los he conocido.

—¿Ha dejado testamento?

—Sinceramente, señor…

—Lam…

—Sinceramente, señor Lam, no veo el interés de esta pregunta. ¿Me permite preguntarle qué periódico representa usted?

—Ninguno.

—¿Cómo?

—Ninguno.

—Creí haber entendido que era usted periodista.

—Soy detective.

—¡Oh! —exclamó escuetamente.

—¿Cuándo se ha enterado de ello?

—¿De la muerte de mi tío?

—Sí.

—Poco después de descubrir el cadáver me han avisado… y he tenido que ir a la casa donde lo han encontrado. Posee usted una bonita vivienda —observé.

—Me gusta. Infinidad de veces le dije a mi tío que podía vivir en un piso más pequeño, pero él insistió siempre que me quedara aquí.

Se sonó de nuevo la nariz, y de forma un tanto brusca dijo:

—Me ha entrado algo en el ojo. ¿Me perdona unos momentos?

—Sí.

—Un poco de ceniza seguramente —dijo.

—Sacó un pañuelo, humedeció una de las puntas, se acercó a un espejo y levantó el párpado de su ojo derecho.

—¿Me permite que le ayude? —pregunté.

—Por favor.

Con la punta del pañuelo le saqué una diminuta partícula de color tabaco del ojo.

—Gracias.

Nos volvimos a sentar en nuestros respectivos sillones.

—¿Tiene usted alguna sospecha de… cómo ha sucedido?

—No trabajo con la Policía. Soy detective privado.

—¿Un detective privado?

—Sí.

—¿Me permite preguntarle quién ha solicitado sus servicios, qué es lo que desea averiguar, qué…? —se interrumpió y me miró con mirada inquisitiva.

—Sólo estoy interesado en el asunto desde un punto de vista muy incidental. Su tío tenía intención de vender el Edificio Stanberry.

—En efecto.

—¿Le habló de esto a usted?

—En términos generales solamente. Sabía que tenía la intención de vender el edificio y nada más.

—¿Sabe usted la cantidad que pedía?

—No. Y aún cuando la supiera, no veo el motivo de comunicarle esta información. A fin de cuentas, señor Lam, creo que procede usted de forma harto impertinente al hacer averiguaciones.

—¿Qué edad tenía su tío?

—Cincuenta y tres años.

—¿Estuvo casado alguna vez?

—Sí.

—¿Era viudo?

—No. Divorciado.

—¿Cuánto hace de ello?

—Unos diez años.

—¿Conoció usted a su esposa?

—Sí, desde luego.

—¿Dónde vive ahora?

—No lo sé.

—¿Quién solicitó el divorcio, ella o él?

—Ella.

—¿Llegaron a un acuerdo amistoso?

—Creo que sí. Realmente, señor Lam, ¿no cree usted que se ha apartado del tema principal?

—¿Le ha contado a la Policía algo más de lo que me ha dicho a mí?

—No creo que les haya dicho tantos detalles. Sus preguntas son de índole más… personal.

—Perdóneme —me excusé—. Sinceramente, yo… —me interrumpí en medio de la frase, tosí y murmuré con el rostro congestionado—: El cuarto de baño… ¡Rápido!

Se acercó rápidamente a una puerta y la abrió. Yo me precipité a través de la misma. Cruzamos el dormitorio y abrió la puerta que conducía al baño. Entré en el cuarto, esperé cinco minutos y volví a abrir la puerta.

Le oí telefonear desde el salón.

Eché una mirada por el dormitorio. Estaba limpio y todo en su sitio. El armario estaba lleno de trajes. Aproximadamente dos docenas de pares de zapatos aparecían alineados perfectamente. En el interior del armario ropero colgaban unas cien corbatas. Los peines y cepillos sobre la mesa del tocador estaban perfectamente ordenados y limpios. De las paredes colgaban una media docena de fotografías enmarcadas. Directamente enfrente de la cama se veía un espacio oval de unas doce pulgadas por ocho que mostraba un color ligeramente diferente al resto de la pared. Sobre la mesita de noche vi un cigarrillo partido por la mitad. Era el único detalle de desorden que se veía en toda la habitación.

La puerta se abrió bruscamente. Archie Stanberry me miró con expresión de reproche desde el umbral.

—Creí que necesitaba usted ir al cuarto de baño.

—En efecto. Bonito dormitorio…

—Señor Lam, me veo en la necesidad de obligarle a abandonar esta casa. No me gustan sus métodos.

—De acuerdo —dije.

Regresamos al salón. Stanberry se acercó a la puerta y adoptó

allí una actitud un tanto teatral.

Pero yo no le hice el menor caso. Me acerqué de nuevo al sillón y me acomodé en el mismo.

Durante unos instantes Stanberry continuó adoptando su pose.

—Le he rogado que abandone esta casa —dijo finalmente—. En caso contrario, me veré obligado…

—Como usted quiera —le interrumpí.

Durante un momento nos miramos fijamente a los ojos.

—Le he permitido visitarme en estos momentos de profundo dolor convencido de que era usted un representante de la Prensa —dijo con tono irritado, pero dominándose.

—Ya le he dicho que soy detective.

—Si me lo hubiese dicho desde un buen principio, no le hubiese franqueado la entrada… sobre todo, si hubiese sabido que es usted un detective privado.

—Un detective tiene que informarse de muchas cosas —le dije.

—Señor Lam, no sé cuál es la finalidad que persigue usted ni cuáles son sus intenciones, pero si no abandona inmediatamente esta casa, avisaré a la Policía.

—Conforme —asentí—; y no se olvide de decirles que venga Frank Sellers. Es de la brigada criminal y está investigando la muerte de su tío.

Yo permanecí sentado y Archie Stanberry de pie frente a mí. Al cabo de unos instantes, Stanberry se acercó dubitativo al teléfono, se detuvo, esperó antes de coger de auricular y comentó:

—No comprendo la razón de su extraño comportamiento.

—En primer lugar —comencé—, es usted un joven extremadamente meticuloso —señalé con mi pulgar en dirección al dormitorio—. Es usted el sobrino favorito de un hombre rico. Tiene usted doncella a su servicio. El dormitorio está limpio a más no poder.

—¿Y qué tiene que ver todo esto? —preguntó.

Esbocé una sonrisa.

—Éste es precisamente el punto débil en su coraza.

—¿Qué insinúa usted?

—La doncella —dije con voz firme— será capaz de decir cuál de las fotografías ha sido quitada de la pared… éste es un error. No debió usted quitar el marco. En todo caso, sólo cambiar la

fotografía. El color de la pared allí donde colgaba la fotografía es ligeramente distinto al del resto de la pared y, además, se ve todavía el agujero dejado por el clavo que sostenía el marco.

Me miró con la misma expresión como si le hubiese descargado un golpe en el estómago.

—Bien, llame a la Policía ahora. Cuando venga Frank Sellers, llamaremos a la doncella, le mostraremos una fotografía de Billy Prue y le preguntaremos si es de la misma mujer cuya fotografía estaba colgada en su dormitorio.

—¿Qué… qué es lo que desea? —preguntó con voz apenas perceptible.

—Saber la verdad.

—Lam, le voy a revelar algo que jamás he confiado a nadie… algo que jamás creí tener que confesar a un ser humano.

Guardé silencio, esperando que él continuara y se franquease.

—En ocasiones solía frecuentar el club de Rimley. Eso no tiene nada de particular.

—¿Recogiendo material para su novela?

—No sea estúpido, sólo para distraerme un poco. Cuando un hombre trabaja intensamente, es necesario que se distraiga.

—¿Y allí conoció a Bill Prue?

—¿Me deja acabar?

—Continúe.

—Billy Prue me vendió un paquete de cigarrillos. Me fijé en ella y la consideré la mujer más hermosa de este mundo.

—¿E intentó ganarse sus favores?

—Claro está. Pero no conseguí nada.

—¿Y qué sucedió?

—Cada vez me sentía más interesado por ella y temo que mi tío… en fin, temo que mi tío no aprobara mi proceder…

—¿Qué hizo su tío?

—No lo sé, señor Lam. Le doy mi palabra de honor que no lo sé.

—¿Y usted qué sospecha?

—No sospecho nada.

—Tal vez le pueda ayudar yo en este sentido. Su tío creyó que la muchacha iba solamente detrás de su dinero. Fue a visitarla en su piso y le dijo que si lograba curarle a usted de su locura por ella… saliendo con otro hombre, o arreglándoselas para que usted la

encontrara en su piso con otro individuo o algo que le desengañara a usted por ejemplo… le prometió darle mucho más dinero del que podía conseguir casándose legalmente con usted.

—No lo sabía —dijo el joven sacando un pañuelo de su bolsillo y estrujándolo entre sus dedos—. No podía sospechar una cosa así. No creo que mi tío hiciese una cosa parecida. Creo que ella se hubiese… defendido.

—¿Con un hacha de mano? —pregunté.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Desde luego que no! Billy es incapaz de matar a una mosca. ¡Tenemos que mantener alejada a Billy de este asunto!

—¿Y la fotografía?

—La he escondido tan pronto… tan pronto me han informado de lo sucedido en casa de Billy.

—¿Se la regaló ella misma?

—No. Descubrí casualmente dónde se hacía fotografiar y encargué al fotógrafo una copia. Ella no sabía que yo tenía en mi poder una fotografía suya.

—En fin —dije poniéndome en pie—. Cada uno con su historia. —Y sin volver a pronunciar palabra abandoné la habitación, dejando detrás de mí a un joven completamente abatido.

capítulo nueve

EL piso amueblado que, gracias a un poco de suerte y de persuasión, logré alquilar, se hallaba a tres manzanas de casas en el edificio en donde vivía Berta Cool. Era una vivienda sumamente confortable, con garaje, un vestíbulo muy bonito y el alquiler no era demasiado elevado.

Detuve el coche junto a la acera, entré en el vestíbulo y, dirigiéndome al conserje, dije:

—Trescientos cuarenta y uno.

El hombre me dirigió una mirada escrutadora.

—¿Es usted nuevo aquí? —me preguntó.

Asentí.

—Hoy mismo he firmado el contrato.

—Ah, sí, el señor Lam, ¿no es cierto?

—Sí.

—Ha llegado la llave y una hoja de papel doblada.

El mensaje decía lo siguiente: «Llama inmediatamente a Berta Cool».

—Una joven ha estado llamándole cada diez o quince minutos —me informó el conserje—. Pero no ha querido dejar ni su nombre ni su número de teléfono. Dijo que volvería a llamar.

—¿Una joven? —pregunté.

El conserje esbozó una sonrisa.

—La voz de la joven es bonita y atractiva.

Metí el mensaje de Berta en mi bolsillo y subí a mi apartamento.

Al entrar oí repiquetear el timbre del teléfono. Cerré la puerta, entré en el cuarto de baño, me lavé las manos y el rostro y esperé hasta que el teléfono terminó de sonar. Luego me acerqué al teléfono, cogí el auricular y le dije a la telefonista:

—No me vuelva a poner ninguna otra comunicación esta noche.

—He informado a la joven que ha llamado que usted no contestaba —me dijo la telefonista—. Pareció disgustarse mucho y me dijo que se trataba de un asunto de suma importancia.

—¿Una joven? —pregunté.

La telefonista asintió.

Cambié de parecer y le dije:

—Está bien, si vuelve a llamar, póngame en comunicación con ella.

No tuve necesidad de arreglar muchas cosas. Algo sumamente útil que le enseñan a uno en la Marina de guerra es reducir sus pertenencias a un mínimo.

En el momento en que sacaba mis pijamas de la maleta volvió a sonar el teléfono.

Respondí a la llamada.

—¡Por fin te encuentro! —oí decir a Berta—. ¿Qué ocurre contigo? ¿Acaso te consideras ya tan importante que no crees necesario llamar a tu jefe cuando te manda un aviso?

—Socio —corregí yo.

—Está bien, socio. ¿Por qué diablos no me has llamado?

—Estaba ocupado.

—Pues prepárate. ¡Vaya lío en que nos has metido! ¡Ven inmediatamente!

—¿Dónde?

—A mi casa.

—Ya nos veremos mañana por la mañana.

—¡Tienes que venir ahora mismo! —insistió Berta—. Frank Sellers está aquí. Y lo único que te salva de no ir a la cárcel ahora mismo es que Frank Sellers es amigo mío. No sé por qué diablos me tomo tantas molestias por ti. Debería dejar que te las arregles como puedas. Tal vez te sirviera de lección.

—¡No me fastidies!

—Será mejor que vengas a mi casa.

—Di a Sellers que se ponga al teléfono —dije.

—Quiere hablar contigo —le oí decir a Berta.

—Escúchame, Frank; estoy agotado. No tengo el menor deseo de pasarme horas y horas discutiendo con Berta por algún detalle sin importancia. Dime de lo que se trata.

—Sabes perfectamente de lo que se trata —me dijo Sellers—. Y

no te hagas el inocente conmigo o te romperé el escuezo. Estoy haciendo todo lo posible para que Berta no se vea mezclada en todo esto y, maldita sea, lo conseguiré.

—¿De qué estás hablando?

—Estás perfectamente enterado. De todos los lugares ocultos donde poder esconder el arma homicida…

—¿Qué arma homicida?

—El hacha de mano.

—¿Y qué tiene que ver conmigo? —pregunté.

—No me hagas reír. Sabes perfectamente dónde la escondiste.

—No te comprendo…

—No te hagas el tonto —dijo Sellers—. Estás metido hasta el cuello en este asunto, y lo único que te puede salvar es confesarlo todo. Confía en mí y desembucha; en caso contrario, corréis el peligro de perder vuestras licencias. ¿Cuánto vas a tardar en llegar aquí?

—Cinco minutos exactamente —dije, y colgué el auricular.

La vivienda de Berta estaba en el quinto piso. Mis rodillas se doblaban casi cuando salí del ascensor. Súbitamente me di cuenta de que no podía más. Me pareció tener que recorrer una milla hasta alcanzar la puerta del apartamento de Berta. Apreté el botón del timbre.

Berta me abrió la puerta.

Miré por encima de los hombros de Berta y vi a Frank Sellers sentado en una silla en mangas de camisa, con los pies apoyados en otra silla delante de él y con un vaso en su mano.

—Entra —me ordenó Berta—. No te quedes aquí mirándome como si fuese un fantasma.

Entré en el piso.

—Te has arriesgado muchas veces en tu vida —me dijo Berta, que iba ataviada con un batín de estar por casa—, pero esta vez te has excedido. Creo que todo es culpa de aquellas piernas bonitas.

—¿Qué piernas? —preguntó Frank Sellers.

—Cuando Donald ve a una mujer atractiva con piernas bonitas, pierde todos los sentidos en absoluto —observó Berta.

—Eso lo explica todo —comentó Sellers, huraño.

—Esto no explica nada —dije yo irritado—. No le hagas caso, Frank.

Sellers trató de sonreír. Pero sólo logró esbozar una mueca.

—Lo lamento de veras, Donald, pero esta vez no hay solución posible. Lo único que puedo hacer es no mezclar a Berta en este asunto, pero contigo no hay solución. Y las cosas se presentan mal para ti.

—Escucha primero lo que tiene que decirte —exclamó Berta dirigiéndose a Sellers—. Déjale que se explique.

Sellers abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor y guardó silencio.

—Estás más pálido que la muerte, muchacho —me dijo Berta súbitamente, toda suavidad. No permitas que éste te anonade de esta forma.

Denegué con la cabeza.

—No es tan grave como parece al principio. Tú mismo me has dicho que no tienes que ver nada con este asunto. ¿Has… cenado ya?

Su pregunta me cogió por sorpresa. Traté de recordar lo que había hecho hasta aquel momento.

—No. Ahora que lo recuerdo, todavía no he cenado.

—Eso es muy propio de ti, regresas medio enfermo del frente, aquejado de fiebres tropicales y sin ninguna defensa en tu cuerpo y, habiéndote ordenado los médicos evitar toda clase de emociones… —Berta nos dirigió una mirada a los dos, y luego añadió—: Y ahora voy a tener que prepararle algo para comer.

—Hay un local cerca de aquí que todavía está abierto —le dije —. Quiero saber primero lo que me tiene que decir la Ley y luego iré allí a tomar un bocadillo.

—¡Déjate de tonterías! —exclamó Berta y se encaminó a la cocina.

—¿Dónde encontraste el hacha de mano, Donald? —me preguntó Frank Sellers.

—¡Cállate! —le ordenó Berta desde el umbral de la puerta mirando a su socio por encima de sus hombros—. No atormentes al muchacho mientras tenga el estómago vacío. Coge un vaso de *whisky* y ven aquí a la cocina, Donald.

Llené un vaso de *whisky* y entré en la cocina. Sellers nos siguió.

Berta preparó unos huevos y jamón, calentó el café, y todo con una celeridad que parecía impropia de ella.

Frank Sellers tomó asiento sobre un taburete y colocó su vaso encima de la mesa enfrente de él. Sacó un nuevo cigarro de su bolsillo.

—¿Dónde encontraste el hacha de mano, Donald? —repitió.

—¿Qué hacha de mano?

—Han encontrado un hacha en el coche de la agencia —me explicó Berta—. Pero sólo la hoja, sin el mango.

Sellers fijó su mirada en mí.

Denegué con la cabeza y dije:

—No sé nada de todo esto, Frank.

—Explícale cómo la encontraste, Frank —dijo Berta—. Estoy segura que el muchacho dice la verdad.

—La Policía no es tan estúpida como para creerle —dijo Sellers.

—Lo sé.

—En fin —dijo Sellers—. Fuimos a ver a Archie Stanberry. Estaba todavía muy abatido por la noticia, pero se había enterado del asesinato ya antes de llegar nosotros allí…

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—Por el modo de actuar del muchacho —dijo Sellers—. Cuando nos recibió, estaba sonriente y nos preguntó en qué podía servirnos. Le dirigimos unas cuantas preguntas y en todo momento estuvo rebosando amabilidad y poniendo un rostro inocente en extremo. Luego se lo dijimos y quedó anonadado… pero estaba representando una comedia. No nos pudo engañar. Cometió el error en el que cae mucha gente en tales situaciones, exageró la nota. Es algo que no se puede demostrar delante de un tribunal, pero que es tal como te digo.

Asentí con la cabeza.

—Bien —continuó Sellers—, pretendimos creer al muchacho, le dirigimos unas cuantas preguntas más, luego nos marchamos e interceptamos su línea telefónica para saber con quién se comunicaba.

De nuevo asentí con la cabeza.

—Entonces te presentaste tú. Entraste en la casa. Los agentes que había dejado apostados delante de la casa para vigilar los posibles movimientos del joven Stanberry, se acercaron a vuestro coche para estar seguros del número de la matrícula y de la patente. No te reconocieron, como tampoco reconocieron el coche. Recuerda

que has estado ausente durante algún tiempo de la ciudad.

De nuevo asentí en silencio.

—Pues bien —continuó Sellers—, en el maletero de la parte posterior del coche encontraron una pequeña hacha de mano. La examinaron inmediatamente y vieron que ofrecía huellas de sangre.

El aroma del café se mezcló con el del jamón frito.

—¿Cómo se encontraba el hacha en tu coche, Donald? —preguntó Sellers.

—¿Es el arma con que fue cometido el crimen? —pregunté yo a mi vez.

Sellers asintió.

—¡Maldito sea si lo sé! —exclamé.

—Piénsalo bien, muchacho —dijo Sellers.

—Dice la verdad —intervino Berta.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le preguntó Sellers con ironía.

—Por el sencillo motivo de que si estuviese mintiendo su voz sonaría más convincente. El hecho de que se limite simplemente a decir «no lo sé», es señal de que es estúpido o inocente y él no es ningún tonto.

Sellers volvió a fijar su mirada en mí.

—Está bien —dije con voz cansada—. Comencemos por el principio. Cogí el coche de la agencia. Fui al Palacio de Justicia para examinar ciertos datos. Estuve igualmente en el Registro Municipal. Luego en el «Rendez-vous». Me echaron de allí y regresé a la oficina. Luego visité a un testigo y dejé estacionado el coche allí…

—¿Quién es este testigo? —preguntó Sellers.

—Una persona que no tiene nada que ver con el crimen.

—Estás hundido hasta el cuello en este asunto, Donald.

—Está bien. El testigo en cuestión vive en la Avenida Graylord.

—¿Qué número?

—No me sacarás de aquí.

Movió su cabeza y dijo:

—Mataron a la víctima con el hacha, Donald. En estos momentos me estoy interponiendo entre tu persona y el fiscal del distrito.

—Philip E. Cullingdon, número 906 de la Avenida Graylord —dije.

—¿Qué tiene que ver con esto?

—Se trata de otro caso.

—¿A qué hora le visitaste?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—No lo recuerdo, Frank —dije moviendo la cabeza—. Supongo que el tiempo suficiente para que pudieran meter el hacha en mi coche.

—Cullingdon, ¿eh? —preguntó Sellers.

Asentí con la cabeza.

Sellers se puso en pie dando un golpe contra la mesa que hizo tambalear los vasos.

Berta le dirigió una mirada irritada y dijo:

—¡Maldita sea, Frank Sellers! Si viertes un poco de este *whisky*, te hundiré el cerebro. Lo reservo exclusivamente para los clientes.

Pero el hombre no hizo el menor caso de las palabras de Berta y, sin dirigirle una sola mirada, se acercó donde estaba el teléfono. Le oí ojear en la guía telefónica y, al cabo de unos segundos, marcar un número y sostener una conversación en voz baja.

—¡En buen lío te has metido! —observó Berta.

No respondí.

El *whisky* me calentó el estómago y experimenté la misma sensación que si se hubiese esfumado de mi cuerpo toda mi vitalidad.

—Pobre muchacho, ¿te encuentras mal? —preguntó Berta, toda simpatía.

—Me encuentro perfectamente.

—¿Quieres otro trago?

—No, gracias.

—Comer es lo que necesitas —dijo Berta—. Comer y descansar.

Sellers colgó el auricular, marcó otro número y volvió a hablar. Después de colgar nuevamente el auricular, se acercó a nosotros. Volvió a llenar su vaso de *whisky*. Me contempló inquisitivamente, abrió la boca para decir algo, la volvió a cerrar y dio un nuevo golpe contra la mesa al sentarse.

Berta le dirigió una mirada irritada por su tosquedad, pero esta vez no dijo nada.

Momentos más tarde, Berta me sirvió la cena, huevos con jamón,

tostadas con mantequilla y una taza humeante de café. La comida me supo a gloria. Era la primera vez que sentía realmente apetito desde hacía meses.

Berta me miraba mientras comía. Sellers parecía ensimismado contemplando el contenido de su vaso.

—En fin —murmuró Berta—. ¡Qué reunión más divertida!

Los dos hombres guardamos silencio.

—¿Has dado con él? —preguntó Berta dirigiéndose a Sellers.

El policía asintió con la cabeza.

—¿Y bien? —volvió a preguntar Berta.

Sellers movió la cabeza sin decir nada.

—Está bien, como tú quieras —exclamó Berta, irritada.

Berta tomó asiento en una silla y Sellers alargó su mano y cubrió con la suya la mano de la mujer.

—Eres una buena muchacha —dijo Sellers.

Berta le miró extrañada.

—Cullingdon no ha dicho nada. Demasiadas personas han intentado hacerle hablar, empleando toda clase de argumentos. Y lo que es más, ni tan sólo se ha puesto al aparato. Estaba ya en la cama. Cansado, agotado.

—¿Y bien? —preguntó Berta.

Sellers movió su cabeza sin decir nada.

Tomé otro sorbo de café y, volviéndome hacia Berta, le dije:

—No te preocupes. Ha avisado al coche patrulla y ha dado instrucciones a los agentes. Está esperando el informe.

Berta dirigió una mirada a Sellers.

—Un muchacho inteligente —dijo.

—Ya te dije que sabía cómo usar el cerebro —observó Berta.

—Volvamos a tu historia —me dijo Sellers—. Dejaste el coche parado en la calle. No sabes cuánto tiempo. ¿Viste a algún conocido por allí?

—Es posible, pero nadie es capaz de meter el hacha en mi coche.

—Quiero saber los datos, los nombres y los lugares. Yo sacaré las conclusiones.

—No se trata de nombres.

—¿De cuántos?

—Uno.

—Quiero saberlo.

—No te lo diré… todavía.

—Estás hasta el cuello…

—No tanto —le respondí.

—Yo creo que sí.

Continué comiendo.

Berta me dirigió una mirada como si quisiera horadarme.

—Si no se lo dices tú, se lo diré yo —me amenazó.

—¡Cállate! —ordené.

—Se lo voy a revelar todo —le dijo.

Sellers la miró extrañado.

—Claro que estoy enterada de todo. Después de haber gastado parte de los fondos de la sociedad para comprar tres paquetes de cigarrillos y poner esta cara cada vez que el sargento le dirige una pregunta, no me cabe la menor duda de todo lo que ha sucedido. En cierto modo, no te lo puedo reprochar. Has estado tanto tiempo por los Mares del Sur, que es lógico te hayas llenado la cabeza de historias románticas. Y la primera mujer que encuentras a tu regreso y a la que hace un par de años no hubieses prestado la menor atención, se convierte para ti en el ideal de la femineidad.

El sargento Sellers fijó una mirada llena de admiración en Berta.

Empujé la taza de café hacia ella y le dije:

—Por favor, dame un poco más.

Berta volvió a llenar la taza.

En aquel momento sonó el teléfono.

Sellers no esperó a que Berta se pusiera al mismo.

Al cabo de unos minutos, volvió a entrar el sargento en la cocina. Tenía las cejas enarcadas y parecía estar tan ausente que se olvidó de apurar su vaso y lo volvió a llenar.

—Bien, ¿qué hay de nuevo? —preguntó Berta.

—Los muchachos del coche patrulla han visitado al individuo en cuestión. Afirma que Donald fue a verle y que le dirigió unas cuantas preguntas respecto a un accidente de automóvil. Dios mío, creí que te volvías a burlar de mí.

—¿Yo? —pregunté.

—Sí, al decirme que no tenía que ver con este caso. Hubiese apostado ocho pagas contra un solo centavo. Pero el hombre ha dicho que fuiste a informarte respecto a un accidente de automóvil que ocurrió hace bastante tiempo. Ha dicho también que más tarde

le visitó una muchacha alegando ser periodista y le preguntó respecto al mismo accidente. Pero él llamó al periódico que decía representar la muchacha y al descubrir que lo que había dicho no era cierto, la mandó a paseo.

Berta fijó sus ojos en los míos.

—La muchacha siguió a Lam hasta allí —continuó Sellers—, Donald no es ningún estúpido. Sabía que ella le seguía. Esperó hasta que ella volviese a salir. Cullingdon dice que miró por la ventana para tratar de averiguar el número del coche de la muchacha. La vio subir en su coche y, en aquel momento, Donald bajó del suyo y saludó a la joven quitándose el sombrero.

Cullingdon dice que Donald dio la vuelta por delante del coche de la muchacha teniendo buen cuidado de apoyar la mano sobre el radiador para impedir que la muchacha pudiese poner el motor en marcha y esperar. Cullingdon afirma que Donald es un muchacho astuto.

—Lo es —asintió Berta.

—Cullingdon ha dicho que bajó a la calle para cerciorarse del número del coche de Donald. Donald le había dicho la verdad. Le había dado su nombre verdadero y explicado el motivo de su visita.

Tomé un sorbo de café sin decir nada.

—El coche estuvo estacionado durante algún tiempo en la calle, dice Cullingdon. Miró varias veces desde su ventana para comprobar si todavía estaba allí. Por fin, comprobó que se lo habían llevado. No vio llegar a Donald y subir al coche. Si Donald nos pudiese explicar cuando…

Saqué mi cartera, la abrí y le entregué el tiquete del taxista.

—Es del taxi que me llevó hasta allí —le dije a Sellers.

—¿Dónde tomaste el taxi? —me preguntó el sargento.

—En la calle Siete —dije indiferente—. No sé exactamente dónde.

Sellers emitió un profundo suspiro y accedió:

—Bien, creo que esto te justifica en parte. Alguien metió el hacha dentro de tu coche mientras estuvo detenido delante de la casa de Cullingdon. Pero ¿quién puede haber sido?

—Averiguar esto corresponde a la Policía —dije yo—. Me marcho a casa.

—Tu amigo Cullingdon aprecia el hecho de que le dijeras la

verdad, Donald. Y casualmente, desde el punto de vista del Departamento de Policía, esto te favorece en alto grado. Cullingdon me ha rogado te dijera que la cantidad con que fue indemnizada la parte contraria es de diecisiete mil ochocientos setenta y cinco dólares y que los abogados recibirán una tercera parte o la mitad acaso…

—Muy amable de su parte —dije.

Sellers enarcó las cejas.

—Lo extraño de todo esto es que estuvieses investigando otro caso. No acabo de comprenderlo.

—Somos una agencia muy importante —intervino Berta—. Llevamos muchos asuntos al mismo tiempo.

Sellers la miró preocupado, pero no dijo nada.

—Bien —dije yo—, me voy a dormir. Estoy agotado.

—¡Pobre muchacho!; se te nota en la cara —dijo Berta.

Sellers Berta me acompañaron hasta la puerta.

—En el fondo me extrañaba todo esto —dijo Sellers—. No te considero tan estúpido como para haber encontrado el arma homicida y haberla escondido en tu propio coche.

—¿Han encontrado huellas dactilares en el mango? —preguntó Berta con tono indiferente.

—Sólo las huellas de los policías que la encontraron —dijo Sellers—. No cabe la menor duda de que el asesino tuvo buen cuidado en borrar todas las huellas antes de meter el hacha en vuestro coche.

—¿Y cómo se sabe que es el arma homicida? —preguntó Berta.

—Huellas de sangre y unos cuantos cabellos. No cabe la menor duda, es el arma homicida.

—Gracias por la cena —dije a Berta.

Berta asumió un tono maternal.

—¡Bien venido, muchacho! Ahora ve a dormir y descansa y no permitas que nada altere tu sueño. A fin de cuentas, no estamos mezclados en este crimen y nadie nos meterá en este asunto. Y el trabajo que hemos hecho hoy, bien vale los doscientos dólares de anticipo que hemos recibido.

—Buenas noches —me despedí.

—Buenas noches —dijeron Sellers y Berta al mismo tiempo.

Las voces de los dos personajes sonaron amables.

capítulo diez

LAS tres manzanas de casas que me separaban de mi buena vivienda, se me antojaron tres millas. Me dirigí al garaje y sonreí al encargado, que se hallaba reparando un *coupé*.

Contempló los dos billetes que le alargué como si fuesen un insulto en lugar de una propina. Finalmente, movió varios coches de sitio y, señalando con el pulgar hacia el nuestro, contestó:

—Aquí está.

Subí al coche, puse el motor en marcha y abandoné el garaje. Recorrí media docena de manzanas de casas y luego detuve mi coche junto a la acera. Aguardé allí unos cinco minutos, volví a poner el motor en marcha y me entretuve en dar varias vueltas a la manzana.

Nadie me seguía.

Una ligera niebla procedente del océano se había ido cerniendo sobre la ciudad. El aire era frío. La enfermedad se volvería a apoderar de mi cuerpo y mi sangre, debilitada por las fiebres y la vida en los trópicos, me enfriaría y de nuevo volvería a experimentar aquellos fríos estremecimientos que sacudían todo mi cuerpo. Pero estos temores sólo duraron un minuto o dos, e inmediatamente los alejé de mi mente.

Me encaminé al Palacio de Justicia, tuve la suerte de encontrar un buen sitio y dejé allí mi coche.

Esperé durante cosa de media hora, que se me antojó una eternidad. Finalmente, vi aparecer a Billy Prue en el umbral iluminado del portal de entrada, mirar a un lado y otro de la calle, volverse hacia la derecha y comenzar a caminar con paso rápido, como si supiese exactamente dónde quería ir.

Esperé hasta que hubo recorrido aproximadamente una manzana de casas y puse luego el motor de mi choche en marcha.

Vi que miraba en busca de un taxi libre.

Acerqué mi coche a la acera, bajé el cristal de la ventanilla y le pregunte:

—¿Taxi señorita?

—Me miró con expresión dubitativa, luego, al reconocerme, con ojos llenos de enojo.

—Puede usted subir, señorita —dije—. No le costará ningún dinero.

Se acercó al coche y abrió la portezuela.

—De modo que me ha estado espiando, ¿verdad? Debí habérmelo imaginado.

—No diga niñerías —dije yo con expresión cansada.

—¿Cómo sabía usted que estaba yo aquí?

—Es una historia muy larga.

—Será mejor que me la cuente.

—Alguien ha metido el arma homicida dentro de mi coche mientras el mismo estuvo parado delante de la casa de Cullingdon.

Vi cómo en su rostro se reflejaba una expresión de sorpresa.

—La Policía me ha estado interrogando. Berta Cool, mi socia, cree que es usted la que me ha metido en este lío.

—¿Y se lo ha dicho a la Policía?

—No sea tonta. Berta no es tan estúpida para hacer una cosa así.

—Pues, ¿qué ha ocurrido?

—Berta Cool estaba angustiada. Mencionó que yo había comprado tres paquetes de cigarrillos, pero Frank Sellers, de la Brigada Criminal, no le hizo el menor caso. Entonces supe que usted estaba aquí.

—No le comprendo.

—Sellers no es tonto. Si no hubiese estado perfectamente informado con respecto a usted, le hubiesen llamado inmediatamente la atención las palabras de Berta y hubiese insistido hasta saber qué era lo que Berta trataba de insinuar. Pero al ver que no hacía el menor caso de lo que había dicho Berta, adiviné inmediatamente dónde estaba usted. Lo único que no sabía es si la iban a dejar en libertad esta noche o la retendrían con ellos. No hubiese podido resistirlo media hora más, pero yo…

Un frío estremecimiento recorrió mi cuerpo. Aminoré la marcha del coche, pero agarrándome fuertemente al volante, evité que ella

notara mis escalofríos.

Billy Prue fijó su mirada en mí. Al cabo de un minuto me sentí mejor y volví a apretar el acelerador.

—¿Y por qué me estaba esperando ahora? —me preguntó Billy Prue.

—Para verla.

—¿Para qué?

—Para cotejar notas.

—¿Sobre qué?

—¿Quién ha podido esconder el arma homicida en mi coche mientras estuvo parado delante de la casa de Cullingdon?

—No lo sé.

—Haga un esfuerzo.

—Le digo la verdad, Donald; no lo sé.

—No tengo interés en que me tomen por un estúpido.

—Le estoy diciendo que no sé nada de todo esto en absoluto.

De nuevo aminoré la marcha del coche.

—Estudiemos los hechos desde el siguiente punto de vista: usted fue a visitar a Cullingdon. Estaba usted asustada. Necesitaba un testigo. Me condujo a su casa e inventó aquella historia para que yo viera el cadáver de Stanberry. Luego, fue usted a ver a Rimley y no la esperé tal como usted había supuesto. Tomé un taxi. Éste me llevó al número 906 de la Avenida Graylord, donde subí a mi coche y regresé a la agencia; allí charlé un rato con mi socia y luego me fui a visitar a Archie Stanberry.

—¿Y bien? —preguntó, al ver que no continuaba.

—Rimley tuvo tiempo suficiente para meter el arma en el coche antes de que yo regresara allí —le dije.

—¿Y usted cree que él abandonó su oficina para esconder el arma en su coche…?

—No diga insensateces. Se limitó simplemente a coger el teléfono y decir a alguien: «El coche de Donald Lam está parado delante del número 906 de la Avenida Graylord. Si la Policía descubre el arma en su coche, relacionará inmediatamente los hechos. Acompañaba a Billy Prue cuando ésta descubrió el cadáver y…».

—¡Niñerías! —me interrumpió.

—Lo sé —dije yo—; resultaría una explicación demasiado fácil.

—Si supiese usted usar su cerebro, se daría usted cuenta de que esto sería lo último en el mundo que haría Pittman Rimley. Tan pronto usted se viera mezclado en el asunto, volvería a recaer toda la atención de la Policía sobre mi persona. Es por este motivo que me han llevado a la oficina del fiscal para interrogarme a fondo.

Detuve el coche junto a la acera. Era una calle tranquila, libre de tráfico e iluminada sólo por pocas luces. Las pequeñas tiendas estaban todas cerradas.

—¿Es aquí donde piensa dejarme para que continúe a pie? —me preguntó, un tanto intranquila.

—Tengo que contarle algo antes —dije.

—Explíquese, pues.

—Estuve en el «Rendez-vous». Usted me dijo allí que me marchara; pero yo no le hice caso. El maestresala me invitó a pasar a la oficina de Rimley. Rimley me dijo que abandonara el local y no volviese por allí.

—No me cuenta nada nuevo —dijo la muchacha.

—El reloj de pulsera de Rimley adelantaba una hora. El reloj de la librería adelantaba una hora.

La muchacha permaneció inmóvil. Creo que incluso dejó de respirar.

—¿Le he dicho algo nuevo ahora?

Pero la muchacha guardó silencio.

—Encontramos el cadáver de Rufus Stanberry en la bañera de su casa. El reloj de pulsera atrasaba una hora.

—¿Y qué deduce usted de todo esto? —preguntó, tratando de dar un tono indiferente a su voz.

—De esto deduzco que Rimley trató de prepararse una coartada —dije—. Adelantó una hora su reloj de pulsera y el reloj de su oficina. Es muy probable que Stanberry estuviese momentos antes en el lavabo y se lavase allí las manos y se quitase por tal motivo su reloj de pulsera. El encargado del lavabo tenía órdenes de adelantar en una hora el reloj del hombre, ¿verdad?

—¿Adelantar una hora el reloj? —preguntó la muchacha.

—Eso es lo que acabo de decir.

—Pero también acaba de decir que cuando encontramos el cadáver el reloj atrasaba una hora.

—¿Acaso tengo que poner los puntos sobre las íes?

—Será mejor. Ya que ha sido usted el que ha comenzado…, será preferible también que termine.

—Rimley tenía interés en prepararse una coartada. Stanberry fue a ver a Rimley después de que su reloj fue atrasado en una hora. Rimley aprovechó la ocasión para llamar la atención del hombre sobre la hora que era. Stanberry se asombró de que fuese tan tarde, pero comprobó su tiempo con el reloj de pulsera de Rimley y el reloj sobre la librería.

»Cuando usted descubrió el cadáver de Stanberry, sabía que el reloj de pulsera del hombre adelantaba una hora. No sabía la hora que era, ya que usted no lleva reloj. Estaba al corriente, empero, que el reloj había sido adelantado en una hora y lo retrasó. Pero otra persona, que sabía igualmente que el reloj adelantaba una hora, lo había ya retrasado anteriormente.

La muchacha guardó silencio durante tanto rato, que me volví hacia ella para averiguar si se había desvanecido.

—¿Y bien? —pregunté.

—No tengo nada que decir… a usted.

—De acuerdo —dije, y puse el motor en marcha.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—A casa de Berta Cool.

—¿Y para qué vamos allí?

—El sargento Frank Sellers de la Brigada Criminal está allí en estos momentos.

—¿Y qué es lo que quiere de él?

—Explicarle todo cuanto le acabo de referir a usted. No quiero pasar por más tiempo por un estúpido.

Recorrí media docena de manzanas de casas hasta que finalmente ella sacó la llave del contacto.

—De acuerdo; párese.

—¿Va a hablar?

—Sí.

Detuve el coche junto a la acera y me retrepé contra el respaldo del asiento.

—Empiece.

—Me matarán si saben lo que le voy a decir —dijo la muchacha.

—En caso contrario, la detendrán por asesinato en primer grado.

Un nuevo estremecimiento recorrió mi cuerpo.

—¿Qué es lo que desea saber? —dijo con tono resignado.

—Todo.

—No se lo puedo revelar todo, Donald. Sólo puedo explicarle todo cuanto se refiere a mi persona. Le voy a explicar lo suficiente, para que comprenda que confío en usted. Pero no puedo contarle las cosas que se refieren a otras personas.

—O me lo explica todo a mí ahora mismo o se expone a que el sargento Sellers la someta a un interrogatorio de tercer grado. Usted misma.

—Esto no es justo.

—Para mí sí lo es.

—No es justo colocarme ante esta disyuntiva.

—Usted misma —repetí—. Estoy cansado ya de interceder a su favor. Devuélvame prenda por prenda contándomelo todo ahora mismo.

—Puedo bajar del coche y continuar a pie. No se atreverá a volverme hacer entrar por la fuerza.

—Inténtelo y verá lo que sucede.

Guardó silencio durante unos segundos y luego dijo:

—¿Cómo cree usted que Rufus Stanberry hizo su fortuna?

—Es usted la que está hablando.

—Chantaje.

—Continúe.

—No lo supimos hasta hace poco.

—¿Nosotros?

—Pittman Rimley.

—¿Y qué ocurrió cuando se enteraron de ello?

—Empezamos a movernos.

—¿Cómo hacía los chantajes?

—No de la forma acostumbrada. Era más astuto que el diablo. Sólo se dedicaba a los asuntos que realmente podían proporcionarle mucho dinero.

—¿La señora Crail, por ejemplo?

—Exacto. No le interesaban los asuntos pequeños, pero cuando ella se casó, comenzó a actuar… y no había escape posible cuando él se lanzaba sobre sus víctimas. Le iba a vender el edificio a un precio tres veces superior al que en realidad vale. La mayoría de las veces sus víctimas no le conocían personalmente. Sacaba el dinero a

la gente sin que éstos supiesen quién se llevaba los billetes.

—¿Cómo procedía?

—Disponía de una organización… una especie de servicio secreto a sus órdenes. Stanberry era capaz de aguardar durante meses y aún años… hasta estar bien seguro de que el golpe no podía fallar. Entonces la víctima recibía una llamada telefónica.

—¿Y qué le decían?

—Una amenaza y la orden de pagar al contado cierta cantidad a su querido sobrino. Si no respondían a la primera llamada, recibían una o dos cartas anónimas, pero por lo general bastaba con la llamada telefónica. Archie es un individuo sin escrúpulos.

—Los ojos de Archie estaban hinchados y enrojecidos cuando le visité… gracias a haberse introducido una partícula de tabaco en el ojo. Vi el cigarrillo partido por el medio en su dormitorio.

La muchacha guardó silencio.

—Archie tenía la fotografía de usted colgada de la pared —dije.

—Pero él la ha quitado ya de allí, ¿verdad? —preguntó rápidamente.

—Sí. Dijo ser una fotografía que había encargado a su fotógrafo…

—Hubiese debido decir que me la sacó a la fuerza —dijo la muchacha con amargura—. Archie es un pobre diablo. Su tío era astuto… muy astuto…

—¿Y qué tiene que ver Rimley con todo esto? No me diga ahora que Stanberry también sacaba dinero a Rimley…

—En cierto modo, sí; pero de un modo indirecto.

—¿Cómo?

—A los clientes de Rimley, usando el «Rendez-vous» para recoger material que pudiese usar más tarde; pero tardamos mucho tiempo en darnos cuenta de ello. El permiso de Rimley caducaba a los noventa días de haberse efectuado la compra venta.

—O sea, que la señora Crail no tenía en el fondo el menor interés en comprar la casa y Rimley no deseaba que Stanberry la vendiese. ¿Se trata de esto?

—Algo parecido.

—Cuénteme el resto.

—Lo único que sé es que Stanberry guardaba en su caja fuerte innumerables documentos comprometedores y nosotros nos hemos

apoderado de éstos.

—¿Quién se ha apoderado de los documentos? —pregunté.

—Yo —contestó escuetamente.

Me incorporé en el asiento, lleno de estupefacción.

—¿Usted?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Cómo?

—Está usted en lo cierto con sus suposiciones. Un negro es el encargado de los lavabos en el «Rendez-vous». Se ocupa de abrir el grifo del agua, alargarle el jabón al cliente, y estar atento con la toalla para entregársela tan pronto quiere uno secarse las manos. Stanberry siempre solía lavarse las manos escrupulosamente. Se quitó el reloj de pulsera y lo alargó al encargado. Rimley instruyó convenientemente al hombre para que adelantara el reloj una hora.

—¿Y luego?

—Tan pronto entró Stanberry en el salón, Rimley lo mandó llamar. Rimley había ya adelantado en una hora tanto su reloj de pulsera como el reloj de encima de la librería.

—Bien, este asunto está claro —dije—. Ahora cuénteme lo que sucedió en su piso.

—Pero ¿acaso no comprende?

—No.

—El hombre me hacía víctima de sus chantajes.

—¿En qué sentido?

La muchacha estalló en una carcajada.

—Cuando Rimley quiso poner fin a las actividades criminales del hombre, quiso tenderle una trampa se sirvió de mí.

—Explíquese con más claridad.

—Archie Stanberry iba detrás de mí. Hice que Archie tragara el anzuelo y se fuera con el cuento a su tío. El tío cayó en la trampa.

—¿Qué es lo que averiguó de usted?

La muchacha esbozó una sonrisa.

—Que me buscaban por asesinato.

—¿Es cierto?

—¡Claro que no! Dejé unos cuantos recortes de periódicos atrasados y unas cartas comprometedoras que me escribí a mí

misma, en el cajón de una mesita en mi piso, donde sabía que Archie los podía encontrar fácilmente. Tal como supuse, encontró los papeles, los leyó y se fue con ellos a ver a su tío.

—¿Y qué hizo el tío?

—Visitarme esta tarde, no sea tonto. ¿No ha comprendido todavía?

—¿Y entonces le golpeó usted con el hacha de mano?

—No diga insensateces. Le di a beber una bebida en la que previamente había disuelto una droga para que permaneciera inconsciente durante una hora y cuarto.

—Comprendo —dije—. Se citó con él a una hora determinada. Cuando él entró, llamó usted la atención del hombre sobre la hora que era. Cuando perdió el conocimiento, retrasó usted el reloj en una hora para que, cuando recobrara el uso de sus facultades, creyera haber estado inconsciente solamente diez o quince minutos, hacerle creer que había sufrido un ataque de corazón o algo por el estilo.

—Exacto.

—Y, durante esta hora y cuarto, ¿qué es lo que pensaba hacer usted?

—Durante tres cuartos de hora estuve representando el papel de ladrón.

—¿Ha dejado algunas huellas?

—Creo que no.

—¿Cómo procedió?

—Hace aproximadamente un mes, alquilé un departamento en el Edificio Fulrose. Tuve buen cuidado de no ir jamás allí cuando sabía que Stanberry estaba en su casa. Y sólo me quedaban pocos momentos ara que las doncellas creyeran que había dormido allí. Alegué ser periodista.

—Continúe.

—El hombre ingirió la bebida, se mareó y encaminóse al baño. Allí quedó inconsciente y cayó dentro de la bañera. Saqué las llaves de su bolsillo. Sabíamos que el número de su caja fuerte lo tenía anotado en su librito de notas de modo que pareciese un número de teléfono. Rufus Stanberry jamás confiaba nada enteramente a su memoria.

»Me encaminé al Edificio Fulrose, subí a mi piso, luego bajé por

las escaleras hasta el suyo, abrí la puerta con su llave, y después de poner la combinación de la caja fuerte, saqué de ella todos los papeles que pudiesen ser comprometedores para alguien. De esta forma queríamos impedir que Rufus Stanberry pudiese continuar sus negocios chantajistas.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Ya lo sabe usted. Regresé a mi piso. Estaba muerto.

—¿Qué hizo usted con las llaves?

—Las volví a meter en su bolsillo.

—¿Y luego?

—Telefoneé a Rimley. Me ordenó que fuese inmediatamente a ver a un tal Philip Cullingdon y averiguase del hombre todo lo concerniente a una tal Irma Begley, con la que el hombre había sostenido un pleito por un accidente de automóvil.

—¿Le preguntó usted por qué le interesaba saberlo?

—Sí.

—¿Qué le contestó?

—Que Irma Begley era la señora Crail.

—¿Quién le dijo la cantidad con que fue indemnizada la señora Crail?

—Rimley.

—¿Por teléfono?

—Sí.

—¿Y qué le indicó que hiciera después de todo esto?

—Buscar un testigo, llevarle a mi piso y descubrir allí el cadáver.

—Sí. La lástima fue que usted descubrió el juego.

—¿Por qué este súbito interés por la señora Crail?

—Por el simple hecho de haber estado juntos esta tarde en el «Rendez-vous». Y cuando Stanberry se marchó en su coche, la señora Crail le siguió en el suyo.

—¿Cómo sabe usted esto?

—Rimley me lo dijo.

—¿Y cómo lo sabía él?

—No lo sé.

—¿Y usted cree que Rimley sospechó que la señora Crail está mezclada en el crimen?

—¡Oh, Donald, yo no sé lo que pensaría Rimley! Es un hombre

impenetrable.

—Está bien, volvamos al asesinato. Usted puso fuera de combate a Stanberry haciéndole ingerir una droga con la bebida. ¿Dónde consiguió la droga?

—Rimley me la entregó.

—¿Ha usado ya este procedimiento otras veces?

—No.

—Cuando dejó usted a Stanberry en su piso de usted, ¿qué es lo que hizo usted exactamente? Cerraría la puerta, desde luego.

—No.

—¿Por qué no?

—Recibí instrucciones de no cerrarla.

—¿De quién?

—De Rimley.

—¿Cuál era la intención?

—Me dijo que dejara una nota en la mano de Stanberry, donde la encontraría a no dudar si despertaba antes de tiempo, en la que debía escribir lo siguiente: «Ha sufrido usted un ataque. He bajado a la farmacia en busca de un medicamento». De esta forma justificaba mi ausencia en el caso de que el hombre despertase antes de tiempo. Antes de que yo llegase.

—Pero ¿por qué dejó abierta la puerta de su piso?

—Para que Stanberry supiera que había salido precipitadamente.

—¿De quién fue la idea?

—De Rimley.

—No me gusta.

—¿Por qué no?

—Si su historia es verdadera, se obtiene la impresión como si Rimley la quisiese usar a usted como una víctima propicia a sus fines. Todo está demasiado bien planeado… el escenario perfecto para un crimen. Usted… ¡no! Esperé un minuto…

—¿Qué sucede, Donald?

—Rimley es demasiado astuto para proceder de esta manera. Si hubiese querido escudarse detrás de usted, no hubiese usado el hacha de mano para matar al hombre. Lo hubiese asfixiado con un almohadón, de forma que diese la impresión como si la droga hubiese afectado su corazón. No, no es propio de él matar a un hombre con un hacha. Y esto no concuerda con el plan de Rimley.

¿Encontró todavía la nota en manos de Stanberry cuando regresó a su casa?

—Sí.

—¿Qué hizo con la misma?

—La destruí.

—Bien, hasta aquí todo parece concordar. Bonito plan. A Stanberry jamás se le hubiese ocurrido pensar que su reloj había sido adelantado y retrasado en una hora. Tal vez sospechara que la bebida estaba preparada, pero jamás hubiese creído que hubiese usted dispuesto del tiempo necesario para coger sus llaves y… ¿era imprescindible cogerle las llaves?

—Sí, sus puertas poseen una cerradura especial que no es posible abrir con llave maestra. Y además, las necesitaba para abrir la caja fuerte. Yo…

Se volvió súbitamente hacia mí. Puso su brazo alrededor de mi cuello y apretó su mejilla contra la mía.

Sorprendido, traté de desprenderme del abrazo.

Pero ella se estrechó todavía más contra mí, diciéndome al oído:

—¡Cuidado! Un coche patrulla de la Policía acaba de dar la vuelta a la esquina. Si nos descubren a usted y a mí.

No tuvo necesidad de decir más. La besé.

—No sea tan platónico —murmuró.

La estreché con más fuerza contra mi cuerpo.

Oí detenerse un coche.

Un reflector me deslumbró. Oí una voz profunda que exclamó:

—¿Qué diablos significa esto?

—Billy se cubrió el rostro con las manos y comenzó a sollozar.

Uno de los policías me enfocó con su lámpara de mano directamente al rostro.

Se fijó en mis labios manchados de carmín, en mi cabello despeinado y en el cuello de mi camisa torcido a un lado.

—¡Vamos, fuera de aquí! Ésta es una calle comercial. La próxima vez busquen un parador por las afueras.

Puse el motor en marcha y nos alejamos rápidamente.

—¡Dios mío, que susto! —exclamó Bill Prue.

—Se dio usted inmediata cuenta de ello —dije.

—¿Es usted siempre tan lento, Donald?

Fui a decir algo, pero de nuevo un estremecimiento recorrió mi

cuerpo. Traté de detener el coche, pero antes de conseguirlo el vehículo dibujó unas eses.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Billy.

—Las fiebres enfriaron mi sangre… y usted la ha vuelto a calentar.

Finalmente, logré detener el coche.

Billy Prue se sentó al volante.

—Escúcheme, tiene que meterse ahora mismo en la cama. ¿Dónde vive usted?

—A mi piso, no —le dije—; no puede llevarme allí.

—¿Por qué no?

—Puede que Frank Sellers haya ordenado vigilarme ya.

Puso el motor en marcha sin decir palabra.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—¿No ha oído lo que decía el policía?

—Comprendo…

capítulo once

TUVE la confusa visión de un portal iluminado y oí decir a Billy:

—… mi marido… está enfermo… acaba de regresar de los trópicos… gracias… mantas… doble, sí…

Tuve la vaga conciencia de oír correr agua de un grifo, y luego cómo me metían en una cama y cubrían mi cuerpo con una toalla tan caliente que me hizo lanzar una exclamación de dolor.

Vi a Billy Prue inclinada sobre mí.

—Tienes que dormir.

—He de quitarme primero la ropa.

—No seas tonto. Ya te la hemos quitado.

Cerré mis ojos. Me rodeaba el calor, y súbitamente experimenté un gran alivio.

Desperté y vi que la luz del sol iluminaba la estancia. Percibí el aroma de café recién hecho.

En aquel momento se abrió suavemente la puerta. Billy Prue echó una mirada dentro de la estancia. Vi cómo su rostro experimentaba un visible alivio al comprobar que ya estaba despierto.

—¡Hola! —me saludó—. ¿Qué tal te encuentras?

—Mucho mejor, gracias. ¡Dios mío!, ¿qué me ocurrió ayer noche?

—Nada. Estabas agotado.

—¿Qué hora es?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa? —respondió—. No llevo reloj. ¿No recuerdas que tú mismo te fijaste en este detalle ayer por la noche cuando discutíamos lo del crimen?

Súbitamente todas las ramificaciones del caso Stanberry se agolparon en mi mente.

—Tengo que telefonear a la oficina.

—Antes tienes que comer algo. El cuarto de baño está a tu disposición. No tardes demasiado; estoy preparando ya el desayuno.

Entré en el cuarto de baño, tomé un baño caliente, me vestí, peiné y súbitamente experimenté un gran apetito.

—Eres un buen muchacho, Donald —me dijo Billy cuando me reuní con ella.

—¿Por qué lo dices?

—Eres un caballero.

—¿Cómo estamos registrados? —pregunté con interés.

Sonrió sin responder a mi pregunta.

Probé un bocado, pero de pronto mi estómago se negó a admitir nada más. Aparté el plato de mi vista.

—Sal un momento y siéntate al sol. Si la mujer que regenta el hotelito te pregunta algo, no te sientas cohibido. No llevamos equipaje con nosotros, pero tiene un hijo en la Armada y es muy comprensiva…

Salí al exterior y me senté al sol.

El hotelito estaba situado en las afueras de la ciudad en un pequeño valle. A lo lejos resaltaban las cumbres nevadas de las montañas contra el azul purísimo del cielo.

La mujer del hotel se acercó a mí. Tenía un hijo que prestaba sus servicios en un destructor en el Pacífico. Le dije que yo también había estado en un destructor y que existía la posibilidad de que hubiese visto a su hijo, incluso que hubiese hablado con él sin conocer su nombre. Se sentó a mi lado y durante largo rato guardamos silencio sumidos en nuestros pensamientos. Finalmente vino Billy Prue y se sentó a nuestro lado. Cuando dijo que ya era hora de marcharnos, la mujer se alejó de nuestro lado para evitarnos sentirnos inhibidos por no llevar equipaje con nosotros.

Billy se sentó al volante del coche de la agencia y emprendimos el camino de regreso a la ciudad.

—¿Un cigarrillo?

—No fumo cuando estoy sentada al volante, Donald.

—¡Ah, sí, lo había olvidado!

Cuando llegamos cerca del «Rendez-vous» me preguntó súbitamente:

—¿Y qué le explicarás al sargento Frank Sellers de lo que te relaté ayer?

—Nada.

Detuvo el coche junto a la acera.

Estrechó suavemente mi mano.

—Eres un buen muchacho, Donald —saltó—, a pesar…

—¿A pesar de qué? —le pregunté, al ver que no continuaba la frase.

—A pesar de que hablas cuando estás dormido. Adiós, Donald.

—Adiós, Billy.

capítulo doce

DEJÉ el coche en el estacionamiento frente al edificio donde tenemos la agencia y subí a la oficina. Eran más de las doce y media cuando abrí la puerta del despacho. Elsie Brand había salido para almorzar.

Percibí el ruido de una silla en la oficina particular de Berta, luego unos pasos pesados y vi abrirse la puerta violentamente.

Berta Cool se detuvo en el umbral de la puerta contemplándome con fría desesperación.

—¡Tú! —exclamó.

—Sí, yo.

—¡Maldita sea! —gritó—. ¿Quién diablos crees que eres? Estás tan pálido como un fantasma. Yo sacrificándome reparándote huevos y jamón y café para reponer tus fuerzas, y tú vagabundeando…

—¿Quieres que discutamos aquí en el antedespacho donde nos pueden oír los clientes? —pregunté, dejándome caer en una silla y cogiendo un periódico de la mañana.

—¡Ingrato! Gasté ocho dólares en una botella de *whisky* para apaciguar a aquel individuo de la Policía y tú te vas…

Señalé con mi cabeza hacia la puerta.

—La gente nos puede oír desde fuera. Es posible que algún cliente que…

Berta levantó el tono de su voz.

—¡Me importa un comino si me pueden oír unos posibles clientes o no! Te voy a decir una cosa y quiero que me escuches. Si crees que te puedes presentar tranquilamente aquí y…

Una sombra negra se dibujó contra el cristal de la puerta. Señalé con el índice hacia la misma.

Berta hizo un esfuerzo por dominarse.

Alguien apretó el pomo.

Berta emitió un profundo suspiro.

—Ve a ver quién es —me dijo.

Me levanté, crucé la estancia y abrí la puerta.

Un hombre de mediana edad, con nariz prominente, frente despejada, pómulos salientes, me contempló con mirada astuta por encima de sus gafas y preguntó:

—¿Está la señora Berta Cool?

Berta se acercó y vi que sus modales se suavizaban.

—Soy yo. ¿En qué puedo servirle?

El hombre metió la mano en su bolsillo.

—En primer lugar, permítame que me presente. Soy
Frank L.
Glimson, socio de Cosgate & Glimson, abogados. Señora Cool, desearía que me prestara usted su colaboración.

Alargó una hoja de papel a Berta.

Berta cogió el papel mecánicamente en su mano y dijo:

—Trabajamos para muchos abogados, señor Glimson. Donald, deja el periódico. Éste es mi socio, señor Glimson, Donald Lam. Ha estado en la armada. Acaba de regresar y ya vuelve a trabajar de firme. ¿Qué es lo que desea usted? ¿Tiene algo que ver con este papel?

Berta desdobló la hoja de papel.

—Pero… ¡maldita sea! ¿Qué diablos significa…?

Glimson levantó su mano derecha en actitud defensiva.

—Un momento, señora Cool. Sólo un momento. Permítame que le explique.

—¿Explicar qué? —le gritó Berta—. Esto es una citación en el caso de Rolland B. Lidfield contra Esther Witson y Berta Cool. ¿Qué diablos significa esto?

—Un momento, señora Cool, sólo un momento. Por favor, permítame que me explique.

Berta continuó leyendo.

—¡Cincuenta mil dólares…! —gritó—. ¡Cincuenta… mil… dólares!

—Exacto —dijo el señor Glimson, con frialdad—. Y si continúa usted adoptando esta actitud hostil hacia mí, le costará realmente cincuenta mil dólares.

Durante unos instantes Berta permaneció boquiabierta.

Glimson continuó en un tono más suave:

—Señora Cool, he venido a someterle una proposición, un arreglo llamémosle monetario, y es por este motivo por lo que he venido a visitarla personalmente.

Glimson me dirigió una mirada y nos envolvió a los dos en una amable sonrisa.

—Señora Cool —dijo el hombre—, nosotros no creemos realmente que condujera usted un coche olvidándose de todas las precauciones debidas. Nosotros creemos que Esther Witson es la única culpable del accidente.

Se inclinó ante Berta Cool.

Berta mantenía el mentón fuertemente echado hacía delante como si fuese la proa de un buque de guerra.

—¿Qué propone usted? —preguntó directamente.

—Señora Cool, está usted enojada conmigo…

—Está en lo cierto.

—Señora Cool, no deseo engañarla. Yo soy abogado y usted no. Le explicaré exactamente lo que dice la Ley. Se solía considerar que el descargo de una inculpación anula la otra. Pero esta regla ha sido cambiada ahora… o mejor dicho, ha sido aclarada por nuestros Tribunales. El caso Ransey contra Powers dice claramente que si se ha incurrido en culpa y dos o tres partes son acusadas por el demandante de haber cometido conjuntamente la misma…

—¿Y a mí qué diablos me importa todo esto? —le interrumpió Berta.

—¿No comprende usted, señora Cool? Todo lo que tiene usted que hacer es ayudarnos a demostrar que fue realmente la señorita Witson la que incurrió en culpa, y eso es todo. La Ley presenta una peculiaridad, señora Cool, y ésta es que la persona que hace declaración tiene que ser parte de la acción. No quiero decir con esto que yo la convierta a usted en parte de la acción sólo para poder obtener su declaración, señora Cool, pero desearía poder tomar su declaración hoy mismo a las tres en punto aquí en su oficina de ustedes. Y si su testimonio demuestra que el accidente sólo cabe inculparlo a Esther Witson, rogaremos al juez anule la demanda contra usted basándonos en que no hay culpa por su parte.

Glimson se volvió a inclinar.

—Supongamos que su cliente… ¿Cómo se llama?

—La señora Rolland B. Lidfield —dijo Glimson.

—Supongamos que fue la señora Lidfield la única culpable del accidente.

Glimson juntó las palmas de sus manos.

—Creo, señora Cool, creo que no se ha dado cuenta usted plenamente de lo que acabo de explicar. Si el accidente fue culpa de la señorita Witson, en este caso solicitaremos anulen los cargos contra usted…

—¿Qué diablos significa esto? ¿Chantaje acaso? —preguntó Berta.

—¡Mi querida señora Cool! ¡Mi querida señora Cool!

—No me llame querida —dijo Berta—. ¿Qué se esconde detrás de todo esto?

—Deseamos su declaración, señora Cool. La deseamos por si el caso pasa a los Tribunales, que sepamos exactamente a qué atenernos. En muchos casos, señora Cool, resulta que luego no se puede proceder por falta de pruebas. Uno cree que tiene un buen caso entre manos y, cuando se presenta ante el jurado… En fin, señora Cool, usted es una mujer con experiencia en la vida y estoy convencido que me ha comprendido.

—No comprendo nada de todo esto —dijo Berta—, excepción hecha de que a mí no me engañan. En ningún caso podrá usted demostrar que yo conduje de forma imprudente…

—¡De acuerdo, de acuerdo! —sonrió el hombre—. Pero ¿cómo explicará al Jurado el hecho de que diera el nombre de Boskovitche?

En aquel momento sonó el teléfono. Cogí el auricular y respondí a la llamada.

La voz del otro extremo del hilo telefónico vibraba de excitación.

—Oiga, oiga, ¿quién está al aparato?

—Donald Lam.

—¡Oh, señor Lam! Soy Esther Witson. ¿Me recuerda? La del accidente de ayer tarde y que estuvo en su oficina…

—Sí, la recuerdo.

—Quiero hablar con la señora Cool.

—Está ocupada en estos momentos. Será mejor que llame un poco más tarde.

—Sólo se trata de unos segundos…

—Está ocupada en estos momentos —repetí—. Llame usted un poco más tarde.

Esther Witson meditó durante unos instantes:

—Oh, ¿quiere usted decir que está ocupada en relación… en relación con el accidente?

—Sí.

—Trate usted de responder a mis preguntas, señor Lam.

—Lo intentaré.

—¿Se encuentra en estos momentos en su oficina un abogado llamado Glimson?

—Sí.

—¿Está hablando con ella?

—Sí.

—¡Oh, señor Lam! Es muy importante que transmita este mensaje a la señora Cool. Mi abogado dice que Glimson quiere que la señora Cool sea parte en la acción para así poderle tomar declaración y que si la señora Cool acepta sea lo que sea lo que le proponga Glimson sin haber sido previamente advertida de las consecuencias que pueda acarrear su declaración, es el mejor sistema para atrapar a Glimson en lo que mi abogado llama declaración bajo presión.

—Veré lo que puedo hacer.

—Iré un poco más tarde a la oficina de ustedes y se lo explicaré todo más detalladamente —dijo.

—Rogaré a Berta que se ponga al habla —dije e hice a Berta una seña con la cabeza.

—Que me llame más tarde —contestó Berta.

—Será mejor que te pongas al aparato, Berta —dije con voz insistente—. Escucha lo que tienen que decirte.

Berta se acercó al teléfono.

—Diga… —y estuvo escuchando un rato al cabo del cual dijo—: Está bien. Adiós —y colgó.

Se volvió hacia Glimson.

—¿Dónde quiere usted tomarme la declaración?

El hombre se volvió a inclinar.

—Aquí mismo, señora Cool. Vendré acompañado de un taquígrafo jurado. Será cuestión sólo de pocos minutos… sólo unas preguntas…

—¿A qué hora?

—Propongo las tres, pero…

—De acuerdo —gruño Berta—. A las tres en punto, y ahora salga de aquí que me espera mucho trabajo.

Glimson alargó su diestra. Estrechó mi mano. Luego, la de Berta Cool. Nos saludó con un movimiento de sombrero y salió de la oficina.

—¡Maldito canalla…! —exclamó Berta cuando se hubo cerrado la puerta detrás del abogado.

—Espera hasta las tres antes de decir nada. Y, mientras tanto, puedes ir pensando en lo que vas a decir. Es un abogado especializado en accidentes de automóvil.

Berta me dirigió una mirada irritada.

—¡Ya le enseñaré yo a ese canalla!

—Por mí… —murmuró y cogí de nuevo el periódico.

Berta fijó su mirada en mí e iba a decir algo cuando Elsie Brand abrió la puerta y se quedó sorprendida al vernos a Berta y a mí en el antedespacho.

—¡Oh, buenas tardes!

—¿Acaso es necesario que tengamos todas nuestras conversaciones aquí en el antedespacho? ¿Para qué diablos tenemos un despacho privado?

Elsie Brand se acercó a la máquina de escribir.

—¿Dónde diablos has estado metido esta noche? —continuó Berta—. Frank Sellers ha dicho que tú…

Se interrumpió al comprobar que se abría la puerta exterior.

El hombre que entró en la oficina era ancho de espaldas y de complexión robusta.

—¿Señora Cool? —preguntó.

Berta asintió.

—¿Señor Lam?

Me puse en pie.

—Me llamo Ellery Crail.

Berta me dirigió una mirada significativa y dijo apresuradamente:

—Entre, por favor. Íbamos a marcharnos en este preciso instante y por esto nos ha encontrado en el antedespacho.

—Lamento interrumpir sus planes —se excusó Crail—, pero estoy excesivamente atareado y…

—Entre, por favor —insistió Berta.

Entramos en el despacho particular. Berta se sentó detrás de la mesa escritorio, me indicó que me sentara en una silla a su derecha e invitó a Crail a sentarse en el mullido sillón.

Crail carraspeó.

—En cierto modo —dijo—, no he venido a consultarles profesionalmente…

—¿No? —preguntó Berta con evidente hostilidad en el tono de su voz—. ¿Qué es lo que desea?

—Usted fue testigo de un accidente de automóvil ocurrido ayer por la tarde…

—¡Ah, eso! —exclamó Berta.

—Y por motivos personales —continuó Crail—, desearía que este asunto fuese resuelto sin necesidad de pasar a los Tribunales.

Vi cómo los ojos de Berta relucían súbitamente.

—¿Y qué es lo que usted propone?

—No quiero entrevistarme con los abogados ni de una parte ni de la otra —dijo Crail—. Y se me ha ocurrido que usted, una mujer profesional, está en las mejores condiciones para arreglar este asunto ofreciendo a la parte demandante una indemnización en efectivo e impedir que se vuelva a hablar más del mismo.

—¿Cuál es su interés en este asunto? —pregunté.

—Es una pregunta que preferiría no tener que responder —dijo Crail.

—Una de las partes anotó los números de las matrículas de todos los coches que estaban cerca del lugar del accidente —observé.

Crail cambió de posición.

—Usted ya conoce, pues, la respuesta.

—¿Y qué ganaríamos nosotros con esto? —preguntó Berta.

—Quinientos dólares si usted logra que la parte demandante se contente con dos mil quinientos —dijo Crail—. O sea, estoy dispuesto a gastar tres mil dólares en total en este asunto.

—En otras palabras —dijo Berta con entusiasmo mal disimulado —, usted está dispuesto a gastarse tres mil dólares para que el

asunto no pase a los Tribunales, de tal forma, que la diferencia entre la cantidad que puede aceptar la parte demandante y los tres mil dólares…

—No he dicho esto —objetó Crail con dignidad—. He dicho que estoy dispuesto a abonarles a ustedes quinientos dólares si logran que la parte demandante acepte dos mil quinientos de indemnización.

—Supongamos por un momento que logramos que acepten una cantidad inferior.

—Recibirán ustedes quinientos dólares.

—O sea, lo mismo que si queda muerto el asunto por dos mil quinientos.

—Exacto.

—De modo que por nuestra parte no existe el incentivo de lograr la aceptación de una cantidad inferior.

—Exacto —repitió Crail—. Hago mi proposición en la forma que les acabo de exponer por un motivo concreto. No deseo que retrasen el acuerdo a fin de obtener ustedes un mayor beneficio. Quiero que este caso sea resuelto inmediatamente.

—Aclaremos los puntos —dijo Berta—. Lo único que desea usted es que se dé por terminado ese asunto del accidente de automóvil; nada más, ¿verdad?

—Esto es todo, sí. ¿Qué otra cosa podría haber?

—Sólo trato de aclarar los puntos —dijo Berta—, de forma que no pudiera interferirse con ningún otro asunto que podamos llevar aquí en la oficina.

—Mi proposición es bien clara, señora Cool.

—Solicitamos un anticipo. Por lo menos, doscientos dólares.

Crail sacó su talonario del bolsillo y la pluma estilográfica, pero lo pensó mejor, volvió a meter la pluma y el talonario en el bolsillo y sacó su billetero. Contó doscientos dólares en billetes de diez y veinte y Berta le entregó un recibo que el hombre guardó en su cartera y se puso en pie sonriendo.

Nos estrechó las manos y salió de la oficina.

—Bien, muchacho, doscientos dólares de aquí, doscientos dólares de allí, el asunto marcha.

—¿Por qué supones que quiere que este asunto no pase a los Tribunales? —pregunté a Berta.

—Por la sencilla razón de que no quiere que nadie se entere de que su mujer estaba siguiendo a Stanberry.

—No obstante, en la posición de la señora Crail, no confiaría yo en el marido.

—Lo que tú harías y lo que ella ha hecho, son dos cosas muy distintas —observó Berta.

—Quizá. Pero comienzo a preguntarme si este caso no presenta otra faceta que no hemos tomado todavía en consideración.

—Ya vuelves a buscarle tres pies al gato, Donald —exclamó Berta, irritada—. Bien, y ahora vamos a almorzar juntos por no sé qué lugares como ayer por la noche.

—He desayunado muy tarde —objeté.

—Dime, ¿dónde estuviste anoche? Yo…

En aquel momento sonó el teléfono. Berta cogió el auricular.

Oí decir a Elsie Brand:

—La señorita Esther Witson está aquí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Berta—. Me había olvidado de ella. Dile que pase.

Berta colgó el auricular y me contempló con picardía.

—Y si ahora podemos sacarle doscientos dólares a ésta, podemos darnos por satisfechos.

capítulo trece

ESTHER Witson entró en la oficina contoneando sus caderas y esbozando una amplia sonrisa. Un par de pasos detrás de ella la seguía un hombre de unos sesenta años que nos contempló amigablemente a través de unas gafas con montura de concha. Tenía los ojos azul verdosos y todo su ser revelaba dinamismo. Daba la impresión de ser un hombre que ha leído muchos libros donde se enseña cómo influir sobre los semejantes y que recordaba perfectamente todo lo que había leído. Lucía un pequeño bigote que se asemejaba a un cepillo. Sus gruesos dedos sujetaban el asa de una cartera de mano.

—Mi abogado, el señor Mysgart, John Carver Mysgart. Desde hace años cuida de mis intereses legales —explicó Esther Witson.

Mysgart se inclinó ceremoniosamente ante Berta Cool.

—La señora Cool —continuó Esther Witson las presentaciones—, y el señor Lam.

Mysgart nos estrechó las manos. Dijo alegrarse mucho de conocernos.

—Siéntense, por favor —les invitó Berta.

—Me han enviado una citación —dijo Esther Witson—. He venido acompañada de mi abogado para que les explique el aspecto legal de la situación.

Se volvió hacia Mysgart.

El abogado carraspeó. Instantáneamente, desapareció la expresión amigable de su rostro, tan pronto comenzó a hablar en un tono de grave solemnidad:

—Lamento profundamente que la profesión legal se vea mancillada por una firma como Cosgate & Glimson.

—¿Picapleitos? —preguntó Berta.

—No es ésta la palabra exacta —corrigió Mysgart—. Son astutos,

agresivos, capaces y escrupulosos en cuanto concierne a observar el exacto contenido de la Ley. Pero esto es todo. Sí, señora Cool, esto es todo. Compréndame, se trata simplemente de una afirmación confidencial por mi parte…; sinceramente, sólo por tratarse de ustedes.

—Ha tenido que tratar varios asuntos con ellos —observó Esther Witson.

Mysgart abrió la cartera de mano.

—Tomemos, por ejemplo, este recriminable intento de influir en su testimonio, señora Cool. Es legal en el sentido de que no existe ninguna ley en contra, pero se trata de algo que repugna a nuestra ética profesional. Se ha dado cuenta de lo que pretenden de usted, ¿no es cierto?

—Me han demandado —respondió Berta Cool.

—Exacto. La han demandado a usted a fin de molestarla, de causarle quebraderos de cabeza, de asustarla, con el propósito de lograr que usted se sienta animada a congraciarse con ellos.

—No pueden asustarme —dijo Berta.

Esther Witson intervino con evidente satisfacción.

—Esto mismo es lo que le he dicho al señor Mysgart.

Mysgart se inclinó ante Berta.

—Me alegra oírle pronunciar estas palabras, señora Cool. Mi intención es que el tiro les salga por la culata. Tiene usted derecho a un previo aviso de cinco días antes de que puedan tomarle declaración, pero estos abogados, claro está, se han abstenido de informarla de ello. No obstante, hemos estudiado una perfecta defensa contra el proceder de ellos, señora Cool. Mi cliente no es solamente inocente, sino generosa, humana, una mujer que comprende perfectamente las molestias que le ha acarreado a usted todo este desgraciado asunto.

»Señora Cool, mi cliente, la señorita Esther Witson, ha expuesto sus deseos de que la defensa legal de usted corra de su cuenta. En otras palabras, he sido instruido por mi cliente en el sentido de que proceda a actuar como abogado suyo sin que esto signifique ningún desembolso para usted ni de un centavo, señora Cool. Mi cliente correrá con todos los gastos.

El rostro de Berta se iluminó.

—¿Quiere decir con esto que no tendré necesidad de solicitar los

servicios de ningún otro abogado?

—No, el señor Mysgart la representará. Él se cuidará de todo —dijo Esther Witson.

—¿Y no tendré que pagar un solo centavo?

—Ni un solo centavo —repitió Mysgart.

Berta emitió un suspiro de alivio y encendió un cigarrillo.

Guardaron unos momentos de silencio mientras Berta encendía el cigarrillo. Comprendí que Berta buscaba las palabras adecuadas para exponer su plan, pero súbitamente, exultó:

—¿Qué tal un arreglo pecuniario del caso?

—¡Un arreglo pecuniario! —exclamó Mysgart pronunciando las palabras como si le costara esfuerzo comprenderlas—. Mi querida señora Cool, ni pensar en esto… en absoluto.

Berta exhaló unas cuantas bocanadas y me miró como solicitando ayuda por mi parte.

Me limité, no obstante, a guardar silencio.

—Como ustedes ya saben —añadió Berta—, los pleitos cuestan dinero. Y se me ha ocurrido que, precisamente para evitar todas las complicaciones que trae consigo un litigio… en fin, podría intentarse ofrecer una indemnización al abogado de la parte demandante y dar por terminado de forma amistosa este enojoso asunto.

—¡Oh, no lo intente! ¡Por amor de Dios, no haga usted una cosa así, señora Cool! Admitirá con ello su culpabilidad. Sería un desastre inconcebible.

—Soy una mujer con mucho trabajo —dijo Berta—. No puedo permitirme…

—¡Oh, pero si no va a tener que desembolsar ni un centavo! —la interrumpió Esther Witson—. El señor Mysgart la representará en los Tribunales de un modo completamente gratuito.

—Comprendo —asintió Berta Cool—. Pero ¿y mi tiempo? He creído que quizá… si me ofrecieran mil o dos mil dólares de la parte demandante…

Mysgart y su cliente intercambiaron una mirada de asombro.

—¿Quiere decir que piensa ofrecer esta cantidad de su propio bolsillo?

—¿Por qué no?

—Pero ¿con qué finalidad? —preguntó Mysgart—. Comprenda

una cosa, señora Cool, y es que la única razón por la cual la han convertido a usted en parte de la acción, es con el solo fin de conseguir su declaración. Es un ardid muy astuto. La colocarán a usted frente a la disyuntiva de hacer su declaración en el sentido que a ellos les interesa y, en este caso, anular toda demanda contra usted o amenazarla con un litigio largo y costoso. No cabe la menor duda de que es un intento para influir en un testigo.

Berta se volvió hacia Mysgart, guardó silencio durante unos instantes como buscando palabras, y finalmente, se volvió hacia mí y exclamó:

—¡Maldita sea! Di algo.

Mysgart enarcó sus cejas y me contempló con curiosidad.

—¿Quieres que diga lo que pienso? —pregunté a Berta.

—Sí.

—Diles la verdad. Diles que la señorita Witson te seguía con su coche; que detuviste tu coche, pues querías girar a la izquierda; que le diste la señal para que te adelantara; que ella se detuvo para insultarte y que ésta es la única razón por la cual no vio venir el coche de Lidfield.

Se hizo un profundo silencio.

Esther Witson fue la primera en volver a tomar la palabra.

—Bien, si ésta es la actitud que usted piensa adoptar, sé perfectamente entonces a qué atenerme.

—Vamos, vamos, señoras —intervino Mysgart—. Permítanme…

—¡Cállese! —le ordenó Esther Witson—. La verdad es que esa ballena conducía por el centro de la calzada. Primero, estaba a la izquierda. Luego, se situó en el tramo derecho, directamente delante de mí. Luego dio…

—¿Quién es una ballena? —gritó Berta.

—¡Usted!

—Señoras, señoras —se interpuso Mysgart.

—¡Dios mío! —gritó Berta—. Ninguna mujerzuela con dentadura de caballo me llama a mí ballena. Soy gruesa… pero soy dura. ¡Fuera de aquí!

—Y como era difícil saber lo que iba a hacer —continuó Esther Witson—, me encontré en el cruce y…

—Mi querida señorita —dijo Mysgart, que se había puesto en pie entre Berta y Esther Witson—, mi querida señorita, no debe usted

hacer tales afirmaciones.

—¡No me importa! —gritó Esther Witson—. Toda la culpa fue de ella y, por lo que respecta a mí, ella es la única responsable del accidente.

—Tenía usted tantos deseos de insultarme que casi se torció el cuello para sacarlo por la ventanilla. No miraba usted por donde iba. Lo único que vi fue esa dentadura de caballo…

—¡No diga nada contra mis dientes, inmundo barril…!

Mysgart abrió la puerta.

—Por favor, señorita Witson, se lo ruego.

—¡Ya no me interesa como testigo! —gritó Esther Witson por encima de sus hombros—. ¡Odio las personas estúpidas!

—Cierre la boca si puede —le respondió Berta—. Repugna ver esa dentadura en un ser humano, es sólo propia de los animales.

Cerraron la puerta de golpe.

Berta, con el rostro congestionado, me lanzó una mirada cargada de odio.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Tú y nadie más que tú tiene la culpa de todo esto. ¡Ah, cómo te odio!

—Tu cigarrillo está quemando el tablero de la mesa —me limité a decir.

Berta cogió el cigarrillo y lo aplastó contra el cenicero.

—Más pronto o más tarde, se averiguará. Es preferible así —dije —. No se puede jugar con la verdad. Comprende una cosa: Esther Witson tiene dinero. Si eres tú la que resuelves el asunto, Mysgart no le podrá presentar sus honorarios. Si tú te pones del lado de ellos, Mysgart estará en condiciones de justificar unos emolumentos de tres mil dólares por lo menos. Di la verdad y Mysgart se encargará de llegar a un acuerdo. Bien, tengo algo que hacer todavía. Volveré a las tres. Mejor será que medites sobre lo que vas a decir.

Salí de la oficina. Berta estaba demasiado ensimismada en sus pensamientos para decir nada.

capítulo catorce

ERAN exactamente las tres y diecisiete minutos cuando regresé a la oficina.

En aquel momento estaban tomando declaración a Berta. Un taquígrafo había tomado asiento a la mesa de Elsie Brand y anotaba todo cuanto se decía. Berta Cool estaba sentada en la silla de los testigos con expresión triunfante. El individuo que estaba sentado al lado de Frank Glimson, un hombre de unos cincuenta años de edad, de ojos avariciosos, era, sin duda alguna, Rolland B. Lidfield, uno de los demandantes en el caso.

En tanto le era posible, John Carver Mysgart se había interpuesto entre Berta Cool y Esther Witson. Cuando abrí la puerta, le vi escribir nerviosamente en su libro de notas, al parecer anotando algo que quería preguntar a Berta cuando le llegara su turno.

Todos levantaron las miradas cuando entré. Glimson continuó acto seguido el interrogatorio. Mantenía las palmas de las manos apoyadas sobre su pecho con los dedos muy separados entre sí. Sostenía la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante y su huesudo rostro era inescrutable.

—Bien, señora Cool, díganos exactamente lo que sucedió usted.

—Aminoré la marcha de mi coche al llegar al cruce —explicó Berta—. Y entonces oí a esa mujer tocar el claxon detrás de mí.

—Sí, sí, continúe.

—En aquel instante me adelantó la señorita Witson y se colocó en el tramo central de la calzada.

—¿Y qué hizo la señorita Witson?

—Se volvió hacia mí para reprocharme que no le gustaba mi modo de conducir.

—¿Detuvo su coche para dirigirle a usted estas palabras? —

preguntó Glimson.

—No. Me dirigió las palabras sin dejar de conducir.

—De forma, pues, que tenía el rostro vuelto hacia usted —dijo Glimson haciendo más bien una afirmación que una pregunta.

—Me estaba mirando —contestó Berta.

—¿Vio usted sus ojos?

Esther Witson se movió en su silla.

Mysgart se volvió ligeramente e hizo un ademán con su mano para apaciguar a su cliente.

En los ojos de Glimson descubrió una expresión de triunfo.

—De forma que cuando la señorita Witson la adelantó en su coche, estaba con el rostro vuelto hacia usted y dirigiéndole la palabra. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—Veamos si he comprendido correctamente sus palabras, señora Cool. Creo que usted ha dicho que cuando llegó al cruce aminoró la marcha de su coche hasta casi detenerlo.

—En efecto.

—Bien. Cuando la señorita Witson la adelantó, la estaba mirando mientras le dirigía unas palabras y su coche de usted había llegado ya al cruce.

—¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—En este caso, la parte delantera de su coche debía estar ya en el cruce.

—Sí.

—¿Mientras la estaba mirando y dirigiéndole la palabra?

—Sí.

—¿Y durante todo este tiempo condujo a endemoniada velocidad?

—Sí.

—¿Y qué sucedió cuando se volvió para dónde iba? —preguntó Glimson.

—Súbitamente, pareció desconcertada al comprobar que no había mirado en…

—Permítame una objeción —intervino el abogado Mysgart—. La testigo no puede justificar lo que cree que pasó por la mente de mi cliente. Sólo puede…

—Sí, sí —le interrumpió Glimson—. Aténgase a los hechos, señora Cool, y no a sus pensamientos.

—O los de mi cliente —añadió Mysgart, sarcástico.

Glimson le dirigió una fría mirada.

—Bien, giró rápidamente, pero el otro coche estaba ya encima de ella.

—¿Se refiere usted al coche conducido por el señor Rolland B. Lidfield, el caballero que está sentado a mi derecha?

—Sí.

—¿Y el coche que conducía el señor Lidfield giraba hacia la izquierda, en dirección a la calle Mantica, hacia el Norte?

—Sí.

—Y la señorita Witson cruzó sin mirar dónde iba el cruce del Garden Vista Boulevard y la calle Mantica directamente delante del coche conducido por el señor Lidfield, ¿verdad?

—Sí.

Glimson se retrepó contra el respaldo de su silla y deslizó sus manos por su pecho hasta apoyarlas finalmente en su estómago. Se volvió hacia Mysgart con expresión condescendiente retratada en su rostro.

—¿Desea usted dirigir unas preguntas a la testigo?

Esther Witson se movió nerviosa en su silla.

Mysgart hizo otro ademán inculcando paciencia a su cliente y dijo:

—En efecto.

—Adelante, pues.

—Gracias —respondió Mysgart con sarcasmo.

Mysgart cambió ligeramente la posición de su silla. Berta Cool me dirigió una mirada triunfante como queriendo decir que aquel abogado sería incapaz de desconcertarla y luego volvió sus vivos ojillos hacia Mysgart.

El abogado carraspeó.

—Volvamos a comenzar por el principio a fin de aclarar los hechos, señora Cool. ¿Avanzaba usted en dirección Oeste por Garden Vista Boulevard?

—Sí.

—¿Cuánto hacía que conducía su coche en dirección Norte por el Garden Vista Boulevard antes de llegar al cruce con la calle

Mantica?

—Unas ocho o diez manzanas de casas, quizá.

—Al llegar al cruce con la calle Mantica, ha dicho usted que su coche corría por el tramo derecho de la calzada, o sea, junto a la acera.

—Sí.

—¿Y cuánto hacía que conducía usted su coche por el tramo de la acera?

—No lo sé.

—¿No sería durante ocho o diez manzanas?

—No.

—Parte del trayecto conduciría usted seguramente por el tramo izquierdo de la calzada, o sea, el tramo más cercano al centro de la calzada, ¿no es cierto, señora Cool?

—Supongo que sí.

—¿Y parte del trayecto conduciría usted por el tramo central?

—No.

Mysgart enarcó sus cejas en señal de sorpresa.

—¿Está usted segura de esto, señora Cool?

—Completamente segura —asintió Berta.

—¿De modo que en ningún momento condujo usted su coche por el tramo central de la calzada?

—No.

—¿Pero parte del trayecto condujo usted por el tramo izquierdo?

—Así es.

—¿Y en el momento de producirse el accidente ocupaba usted el tramo junto a la acera?

—Sí.

—En este caso —dijo Mysgart con evidente sarcasmo—, ¿puede usted explicarnos, señora Cool, cómo pasó usted del tramo derecho de la misma, sin pasar por el tramo central?

—Lo debí cruzar —dijo Berta.

—¡Ah! —exclamó Mysgart con bien simulada sorpresa—. ¿De forma que maniobró usted con su coche por el tramo central??

—Lo crucé.

—¿Directo?

—Sí.

—O sea, ¿que giró usted bruscamente y cruzó el tramo central

en ángulo recto?

—No sea estúpido, no fue en ángulo recto.

—¡Oh! ¿Condujo usted bruscamente su coche hacia el tramo derecho frente mismo a los coches que la seguían?

—No podrá desconcertarme —dijo Berta—. No fue bruscamente, sino de un modo suave.

—Para efectuar esta maniobra recorrería usted seguramente una manzana de casas, o dos, o tres, o cuatro. ¿No es cierto?

—No lo sé.

—¿Pueden haber sido cuatro manzanas de casas?

—No lo sé… quizá.

—O sea, ¿que durante un trayecto bastante largo, señora Cool, digamos durante un recorrido de cuatro manzanas, estuvo usted maniobrando por el tramo central de la calzada?

—Conduje mi coche del tramo izquierdo al derecho.

—En este caso, ¿qué ha querido usted decir cuando ha afirmado que no condujo su coche por el tramo central de la calzada?

—Bien, quería decir… yo… que no conduje mi coche por el tramo central con la intención de continuar en él.

—¿Pero cruzó usted el tramo central?

—Sí, lo crucé.

—De forma que durante cierto tiempo se movió su coche por el Garden Vista Boulevard de tal forma que las cuatro ruedas del mismo estaban dentro de las rayas blancas que marcan el tramo central.

—Supongo que sí.

—No deseo suposiciones —anunció Mysgart—. Quiero hechos, Veamos, señora Cool, si es usted una experta conductora tal como afirma, ¿nos podrá decir con toda franqueza y sin lugar a dudas si su coche durante algún tiempo del recorrido entre las ocho o diez manzanas corrió de forma que las cuatro ruedas estaban dentro de las líneas blancas que marcan el tramo central de la calzada?

—¡Sí! —gritó Berta.

Mysgart se retrepó contra el respaldo de su silla.

—En este caso ha hecho una falsa declaración, señora Cool, cuando dijo que en ningún momento maniobró usted con su coche por el tramo central de la calzada.

Berta abrió la boca para decir algo, pero de sus labios sólo

surgieron unos sonidos inarticulados. El taquígrafo levantó la mirada.

—Vamos, vamos —insistió Mysgart—. Responda a esta pregunta.

—Le he dicho ya lo que ocurrió.

—Exacto. Me ha relatado dos hechos diferentes, señora Cool. Trato de averiguar cuál de los dos es el correcto.

Pequeñas gotas de sudor aparecieron en la frente de Berta.

—Está bien, como usted quiera —dijo la mujer.

—No, no, no como yo quiera —se interpuso Mysgart rápidamente—. Y le advierto que declara usted bajo juramento, de modo que esta vez diga la verdad.

—¡Está bien! —le gritó Berta—. Conducía por el tramo izquierdo. Crucé el tramo central para situarme en el tramo derecho. ¿Qué hay de malo en ello?

—Esto lo veremos ahora —dijo Mysgart condescendiente—. Todo depende de cómo maniobró usted. ¿Dio usted alguna señal antes de cruzar el tramo derecho?

—No.

—¿Miró hacia atrás?

—Claro que sí que miré hacia atrás.

—¿Volvió la cabeza?

—No. Fijé mi mirada en el espejo.

—Y debido al ángulo en que maniobró usted su coche pudo ver en el espejo sólo los coches situados directamente detrás de usted. ¿Vio usted el coche de la señorita Witson?

—No —admitió Berta.

—¿Cuándo vio el coche por primera vez?

—Cuando me situé en el tramo derecho y me detuve. Miré entonces en el espejo y lo vi directamente detrás de mí.

—¡Oh! ¿Conque detuvo usted su coche?

—Sí, lo detuve —dijo Berta enojada.

—¿Dio usted alguna señal al detenerse?

—Sí.

—¿Cómo?

—Saqué mi brazo en ángulo por la ventanilla.

—¿Todo su brazo?

—Todo mi brazo.

—¿Y dio la señal de que iba a detenerse?

—Eso es.

—¿Por qué detuvo usted su coche, señora Cool? ¿Llevaba usted pasajeros en el coche que quisieran bajar allí?

—No.

—¿Y sabía que es un lugar donde no pueden estacionarse los coches?

—Desde luego.

—¿Se hallaba usted en el cruce?

—Sí.

—¿Hay alguna señal luminosa de tráfico en la calle Mantica?

—Sí.

—¿Y la luz indicaba que el tráfico a lo largo del Garden Vista Boulevard estaba libre?

—En efecto.

—¿Y sin embargo detuvo usted su coche?

—Sí, más o menos.

—No más o menos, señora Cool. Quiero saber si detuvo usted su coche.

—Yo… puede que condujera muy lentamente sin llegar a detenerme.

—¡Pero hace unos segundos ha dicho usted que detuvo su coche!

—¡Está bien! —le gritó Berta—. ¡Detuve el coche!

—O sea, ¿estaba el coche completamente parado?

—Completamente parado, si lo quiere así.

—No como yo lo quiera, señora Cool.

—Está bien, detuve el coche.

—¿Estaba el coche completamente parado, digo?

—No me entretuve en bajar del coche y comprobar con el dedo delante de la rueda si el coche se movía o no —replicó Berta, sarcástica.

—Comprendo —dijo Mysgart como si esto lo explicase todo—. Creo que me ha interpretado mal, señora Cool, o yo la he interpretado mal a usted. O sea, ¿que usted no está completamente segura de sí su coche estaba parado del todo o se movía?

—Eso es.

—¿Pero usted hizo la señal de que iba a detener el coche?

—En efecto.

—Permítame que le pregunte otra vez, señora Cool, ¿por qué detuvo usted su coche? ¿No tendría la intención de estacionarse allí?

—Tenía la intención de girar hacia la izquierda tan pronto el otro coche me hubiese adelantado.

—¡Ah! ¿Conque tenía usted la intención de girar a la izquierda? ¿Y demostró usted su intención mediante alguna señal?

—Sí.

—¿Quiere usted decir que dio la señal de querer girar hacia la izquierda?

—Sí.

—¿Y cómo hizo usted la señal, señora Cool?

—Pues como todo el mundo suele hacerla.

—No, no, señora Cool. Quiero saber cómo actuó usted.

—Saqué mi brazo por la ventanilla…

—¿Todo el brazo?

—Todo el brazo.

—¿Y en aquel momento vio el otro coche detrás de usted?

—Sí.

—¿Por primera vez?

—Sí.

—¿Y quería usted que el coche la adelantase?

—Sí.

—¿Indicó usted al conductor del otro coche cuál era su intención por medio de alguna señal?

—Claro está.

—¿Qué hizo usted?

—Le indiqué que me pasara.

—¿Cómo?

—Moviendo el brazo.

—¿Qué quiere usted decir con «moviendo el brazo», señora Cool?

Berta alargó el brazo izquierdo comenzó a hacer una serie de movimientos circulatorios.

—Anote en el protocolo —dio Mysgart, dirigiéndose al taquígrafo— que en este punto de su declaración, la señora Cool extiende su brazo izquierdo y efectúa una serie de movimientos en los cuales el brazo está más alto que su cabeza en el punto elevado

de la circunferencia y que el brazo llega casi al suelo cuando lo tiene en posición baja. ¿Estamos de acuerdo ahora, señora Cool?

—De acuerdo —observó Berta con sarcasmo—. Me alegro de que por fin vea algo claro en todo esto.

—Tan pronto como la señorita Witson se percató de la señal, la adelantó, ¿no es cierto?

—Dio la vuelta a mi coche expresando su opinión en aquellos momentos —dijo Berta Cool.

—El cristal de la ventanilla de la izquierda de su coche estaba bajado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y el cristal de la ventanilla del coche de la señorita Witson…? Atención ahora, señora Cool. No quiero tenderle ninguna trampa. Simplemente quiero comprobar sus dotes de observación y averiguar lo que es usted capaz de recordar. ¿Estaba el cristal de la ventanilla derecha del coche de la señorita Witson subido o bajado?

Berta meditó durante un minuto.

—Estaba subido —dijo definitivamente.

—¿Está usted segura de ello?

—Sí.

—¿Todos los cristales de las ventanillas del lado derecho del coche de la señorita Witson estaban subidos?

—Sí.

—¿Y qué dijo la señorita Witson? ¿Qué palabra usó?

Un brillo de triunfo iluminó los ojos de Berta.

—No voy a caer en esta trampa —afirmó.

Mysgart enarcó las cejas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que si las ventanillas estaban cerradas, no podía oír lo que ella decía y usted lo sabe perfectamente. Sólo la vi mover los labios.

—Pero ¿no pudo oír usted las palabras?

—Claro que no. Estando las ventanillas cerradas, era imposible.

—¿No pudo oír ninguna palabra?

—No. Bien… no, no podría jurarlo.

—En este caso, ¿cómo sabe usted que la señorita Witson la expresó en aquel momento su opinión como usted afirma?

—Lo leí en la expresión de su rostro.

—¿No oyó ninguna de las palabras de las que le dijo?

—No.

—Entonces, si usted afirma que ella le dijo su opinión, ¿se basa usted en un fenómeno de telepatía?

—Vi la expresión de su rostro.

Mysgart movió inmediatamente los labios durante unos segundos sin articular sonido audible.

—¿Qué he dicho, señora Cool?

—No ha dicho nada.

—Pero he movido mis labios. He sentado una afirmación. Una afirmación muy concreta, señora Cool. Usted ha visto moverse mis labios y la expresión de mi rostro, ¿no es cierto?

Berta no respondió.

—¿Y no sabe usted lo que he dicho?

Berta se refugió en un impenetrable y extraño silencio.

Mysgart esperó durante cuestión de segundos y luego dijo:

—Anote en el protocolo que la testigo no puede o no quiere responder.

Berta estaba transpirando.

Mysgart continuó:

—Bien, señora Cool, después de pasar súbitamente del tramo izquierdo al tramo derecho de la calzada, directamente delante del coche conducido por mi cliente, la señorita Witson, dio usted de pronto la señal de irse a detener, aminoró la marcha de su coche, pero no sabe usted si el coche quedó completamente parado o todavía rodando. Bruscamente dio la señal de querer girar hacia la izquierda, luego, súbitamente hizo una serie de movimientos con el brazo y detuvo por completo el tráfico por lo que corresponde al tramo derecho de la calzada. ¿Puede usted dar una explicación lógica por haber procedido así?

—Ya le he dicho que era mi intención girar hacia la izquierda y que quería que el coche que me seguía me adelantase.

—Usted sabe perfectamente que no tenía derecho a detenerse en el cruce estando abierto el tráfico a lo largo del Garden Vista Boulevard, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿De forma que actuó usted en contra de las ordenanzas municipales?

—Sí.

—¿Sabe usted también que no está permitido girar a la izquierda partiendo del tramo derecho de la calzada?

—Desde luego. Es por este motivo que quería que me adelantase otro coche.

—¿De forma que dio usted dos señales para dos maniobras ilegales, una inmediatamente después de la otra?

—Sí.

—¿Cuándo divisó usted por primera vez el coche conducido por el señor Lidfield?

—Justo antes del choque.

—¿Exactamente cuánto antes del choque?

—No se lo puedo decir. Un segundo, tal vez.

—¿Y dónde estaba cuando usted lo vio por primera vez?

—Iniciando la vuelta.

—¿Y recuerda usted el lugar donde tuvo efecto la colisión?

—Sí.

—¿Dónde?

—Delante mismo de mi coche. Quedé bloqueada sin poder avanzar ni retroceder.

—Exactamente. No le quiero tender ninguna trampa, señora Cool. El examen ha revelado que la distancia desde donde tuvo efecto la colisión hasta el centro del cruce, es de exactamente treinta y un pies. ¿Concuerda esta distancia con su apreciación?

—Sí.

—Es la distancia exacta, señora Cool. El abogado de la otra parte puede certificarlo.

Mysgart dirigió una mirada a Glimson, pero éste guardó silencio.

—Pues bien, señora Cool, ¿cuando vio por primera vez el coche del señor Lidfield se encontraba éste al otro lado del cruce?

—No había llegado todavía al centro del cruce, eso es verdad.

—Exactamente. De forma que el coche tenía que llegar al centro del cruce, dar la vuelta y continuar todavía treinta y un pies antes de entrar en colisión con el coche de la señorita Witson.

—Supongo que sí.

—¿Una distancia, en total de unos cincuenta pies?

—Aproximadamente sí.

—¿De forma que admite usted que el coche de Lidfield tenía que

recorrer una distancia de cincuenta pies desde el momento en que lo vio por primera vez hasta el instante ge la colisión?

—Sí.

—Y acaba usted de afirmar positivamente, señora Cool, que divisó usted el coche un segundo antes de producirse la colisión.

—Exacto —asintió Berta.

—¿Se le ha ocurrido pensar, señora Cool, que un coche que recorre cincuenta pies en un segundo hace un promedio de tres mil pies al minuto? ¿Y que tres mil pies al minuto es más rápido que treinta y cuatro millas por hora?

Berta pestañeó.

—Así, según sus propios cálculos, señora Cool… no quiero tenderle ninguna trampa, según sus propios cálculos, el coche del señor Lidfield dio vuelta en el cruce a una velocidad de treinta y cuatro millas por hora, ¿no es cierto?

—No creo que fuese tan rápido.

—En este caso su testimonio es falso. ¿Cree usted que estaba a una distancia superior a los cincuenta pies del centro del cruce?

—No más.

—O sea, ¿cómo máximo, cincuenta pies del lugar del accidente?

—Sí.

—En este caso su apreciación del tiempo es errónea. ¿Cree usted posible que fuese más de un segundo?

—Quizá.

—Pero acaba usted de afirmar que sólo fue un segundo, señora Cool. ¿Desea usted cambiar de testimonio?

La frente de Berta estaba transpirando de sudor.

—No sé la velocidad a que iba el coche. Levanté la mirada, lo vi y ya tuvo lugar la colisión.

—¡Oh, usted levantó la mirada y lo vio!

—Sí.

—En este caso debía usted estar mirando hacia abajo antes de tener lugar la colisión.

—No sé dónde estaba mirando.

—Comprendo. Usted no sabe si el coche estaba completamente parado o se movía. Usted no sabe si estaba mirando a un lado u otro.

—Estaba mirando hacia abajo —dijo Berta.

—¿Entonces no estaba mirando a ningún lado?

—No.

—En este caso no puede haber visto a la señorita Esther Witson.

—Sí, la vi.

—Trate de recordar bien —insistió Mysgart.

Berta guardó silencio.

Mysgart esbozó una sonrisa de triunfo.

—Creo que esto es todo —anunció.

El taquígrafo cerró su bloc. Esther Witson lanzó una mirada despectiva a Berta y salió de la estancia.

Rápidamente abandonaron los demás personajes la oficina y quedamos solos Berta y yo.

capítulo quince

BERTA Cool cerró cuidadosamente la puerta.

—¡Maldita sea! —exclamó—. Tú tienes la culpa de todo esto. ¿Por qué no me avisaste que iba a salir tan mal parada de todo este asunto?

—Lo intenté, pero tú estabas tan segura de que ningún abogado es capaz de sacarte de tus casillas…

Berta cogió un cigarro y lo encendió.

Yo saqué uno de los míos y me acomodé en el mullido sillón.

—¿Cómo diablos puede uno recordarse de todos esos pequeños detalles? No es posible acordarse de lo que una estaba haciendo y de los segundos que se tardó entre una cosa y otra.

—Esther Witson me interesa —dije yo—. Te estuvo siguiendo durante ocho o diez manzanas de casa. Recuerda…

En aquel instante llamaron tímidamente a la puerta.

—Si es Mysgart, no pierdas el dominio de tus nervios —le advertí.

Berta me dirigió una mirada desesperada.

—Si es ese maldito abogado —dijo—, habla… habla tú con él.

Abrí la puerta.

—¿Puedo entrar? —preguntó Mysgart.

—Entre —le invité y le señalé el sillón destinado a los clientes.

Mysgart dirigió una sonrisa a Berta Cool.

—Espero no me guardará rencor, señora Cool.

Contesté por Berta:

—En modo alguno. Los negocios son los negocios.

—Gracias, señor Lam. Me alegra que comprenda usted mi posición. Mi cliente es un poco impulsiva… como muchas mujeres.

Berta fijó su mirada en el hombre, pero se limitó a exhalar una bocanada de humo.

—¿Un cigarrillo? —pregunté a Mysgart.

—Gracias.

Le alargué la caja, el hombre cogió un cigarrillo y lo encendió.

—¿Ha sufrido la señora Lidfield lesiones graves? —pregunté.

Esbozó una ligera mueca y dijo.

—Usted ya sabe cómo son estas cosas. Si logra que se la indemnice, saltará inmediatamente de la cama. En caso contrario, permanecerá un año entero tumbada en el lecho. Glimson es un individuo astuto. Está especializado en esta clase de asuntos.

—Usted tampoco es manco —le dije.

Esbozó una sonrisa complacida.

—¡De todos los malditos…! —comenzó Berta.

—Perdóname. Si eres tú la que quieres hablar, me marcho —le dije a Berta dando unos pasos hacia la puerta.

—Quédate, Donald.

Dudé unos instantes mirándola con expresión significativa.

—Callaré —me prometió Berta.

Mysgart se apresuró a decir.

—La señora Cool dijo algo con respecto a estar conformes en llegar a un acuerdo de forma que no tuviese que presentarse como testigo.

—Pero da el caso de que ya ha actuado como testigo —dije yo.

Mysgart abrió su cartera de mano, extrajo unos papeles, cogió uno y lo estudió detenidamente.

—Creo que será factible llegar a un acuerdo amistoso. Creo que usted es el motivo por el cual Glimson tenía tanta prisa en obtener declaración. Estoy convencido de que es su deseo llegar a un pronto acuerdo.

—Bien, si podemos hacer algo por usted.

Me miró sorprendido.

—¿Quiere usted decir con esto que ya no le interesa llegar a ningún acuerdo?

—No tengo ningún interés.

—¡Pero, señor Lam! No quisiera precisamente, pero me parece que podemos arreglar este asunto sobre una base pecuniaria y de forma amistosa, ya que los hechos demuestran ahora que, según su propio testimonio, la señora Cool actuó con negligencia por su parte. Detuvo su coche en un lugar no permitido, en un momento

en que estaba prohibido detenerse allí y dando señales equívocas al mismo tiempo.

—¿Y qué hay con respecto a su cliente? Si realmente Lidfield conducía su coche a alta velocidad, tenía que estar en el cruce antes de que Esther Witson pudiese llegar al mismo. En este caso la culpa recae sobre ella.

—Admito que en este caso hay varios aspectos muy poco claros —observó Mysgart.

—A Glimson en cambio le parecen muy claros indudablemente.

Mysgart asintió.

—Esperaba encontrar una solución y liquidar este asunto.

—¿Cuánto desea Glimson?

—Oh, no tengo ni la menor idea.

Continuó fumando sin decir palabra.

—Si ustedes contribuyesen también —dijo Mysgart—, mi cliente estaría dispuesto a contribuir por su parte y entre los dos podríamos dar por acabado este enojoso asunto.

—Está bien —dije—. Ofrecemos quinientos dólares, ni un penique más.

Me contempló en son de reproche.

—¡Quinientos dólares! ¿Se trata de una broma o de un insulto?

—Tómelo como quiera. Si no le conviene retiro la oferta.

—No, no. No, no —dijo apresuradamente—. No se precipite, señor Lam. A fin de cuentas, usted y yo somos hombres de negocios y sabemos dominar nuestros nervios. ¿No es cierto?

Mysgart se puso en pie y volvió a meter sus papeles en su cartera de mano.

—No perdamos la serenidad, señor Lam —dijo—. Usted y yo somos hombres de negocios. Veremos lo que se puede hacer. Glimson y su cliente están esperando juntos al ascensor. Voy a hablar con ellos.

Mysgart salió de la oficina.

—¿Por qué no le has ofrecido mil quinientos dólares? —me dijo Berta—. Hubiera saltado de alegría.

—Esperemos.

—Todo este maldito asunto me tiene asqueada. ¡Malditos abogados! Los odio. ¡Las preguntas que me ha llegado a dirigir!

Le dirigí una sonrisa tranquilizadora.

—Me gustaría verte sentado en la silla de los testigos y a uno de esos pajarracos dirigirte tantas preguntas como a mí —dijo Berta.

En aquel momento sonó el teléfono.

Berta cogió el auricular.

—¡Diga! —pero inmediatamente su voz se tornó suave y melosa —. Oh, sí, señorita Rushe. No, claro que no, no nos hemos olvidado de usted. Un momento y hablará con Donald. Está aquí mismo. Un momento… Sí…

Berta cubrió el auricular con su mano y me dijo:

—Es Georgia Rushe, maldita sea si no me había olvidado de su existencia. ¿Qué nos había encargado…? Ah, sí, el caso de la señora Crail. Habla tú con ella, muchacho. Le diré que estás dictando… piensa mientras alguna excusa…

—Hablaré con ella —dije.

—Inventa algo mientras tanto. —Quitó la mano del micrófono y dijo—: Está dictando en estos momentos, señorita Rushe, vendrá inmediatamente. Aquí. ¿Cómo? ¿Qué es lo que dice?

Vi cómo el rostro de Berta se sonrojaba de súbito.

—¡Repítalo, por favor! Hable más despacio —estuvo escuchando durante aproximadamente treinta segundos y luego dijo—: ¿Está segura de lo que quiere? En fin, si éste es su deseo. Pobre muchacha, está llorando. Escúcheme. Será mejor que hable con Donald. Está aquí ahora. Quiere hablar con usted.

Cogí el auricular que me alargó Berta.

—Diga, señorita Rushe, soy Lam.

Georgia Rushe comenzó a hablar con tal rapidez que me resultó difícil entenderla. Era un fluir continuo de sonidos histéricos.

—Quiero que deje correr el asunto, señor Lam. No se preocupe más de él. No haga nada; déjelo todo tal como está. Lamento haber empezado. Jamás sospeché adónde podría conducir todo esto; en caso contrario, nunca lo hubiese iniciado. Y no se preocupe por los doscientos dólares. Olvídese de todo este asunto. Jamás, bajo ninguna circunstancia, descubra que solicité sus servicios. Y, por favor, deje correr todo el asunto.

—¿Me permite preguntarle cómo es que ha llegado a esta decisión, señorita Rushe?

—No se lo puedo decir. No le puedo contar ni una sola palabra. No tengo tiempo para discutir este asunto. No lo deseo tampoco.

Olvídese de todo, por favor.

—Tal vez fuera mejor que viniese usted a esta oficina y nos confirme personalmente…

—No necesita confirmación. Haga lo que le digo. No es necesaria confirmación por escrito. ¿Qué es lo que intentan? Olvídese de este asunto. Guárdense el dinero.

—Pero, señorita Rushe, ahora precisamente que comenzábamos a poseer un material sumamente valioso…

—Esto es precisamente lo que me asusta. Por eso quiero que dejen correr el asunto. No deseo nada, no quiero nada. Yo me marcho de la ciudad. No… quiero permanecer más tiempo aquí. No volverán a verme… jamás.

Oí unos sollozos al otro extremo de la línea telefónica y, súbitamente, sin más palabras, colgaron el auricular.

—¿Qué te parece esto? —me preguntó Berta.

Dirigí una grave mirada a mi socia.

—Estoy convencida de que ella desea que continuemos trabajando en el caso.

El rostro de Berta se sonrojó.

—¡Maldita sea! ¿Acaso crees que no entiendo el inglés? Sé perfectamente lo que ha dicho. Sólo te he preguntado lo que te parecía a ti. En ocasiones eres…

De nuevo sonó otro tímido golpe en la puerta, que me hizo sonreír.

—Mysgart —dije.

Berta esbozó una amable sonrisa.

—Sea como sea, ese maldito granuja está ganando dinero para nosotros. ¡Entren!

Mysgart abrió la puerta excusándose. Se sentó en el sillón.

—Señor Lam —dijo— creo que si ustedes pueden llegar hasta los mil dólares, podemos dar por terminado este asunto.

Consulté mi reloj y le dirigí una sonrisa.

—Dos minutos demasiado tarde, desgraciadamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que la señora Cool y yo acabamos de recibir una mala noticia. Un caso sumamente importante en el que estábamos trabajando, ha sido cancelado.

Mysgart se pasó la mano por el mentón.

—En tales circunstancias, veo incluso dificultades en poder contribuir con quinientos dólares para llegar a un acuerdo. Temo que tendremos que dejar que el caso siga su curso.

—¡Oh, pero usted no puede hacer esto! ¡No puede usted hacer tal cosa! ¡Casi he llegado ya a un acuerdo!

—¿Sobre la base de los mil dólares? —le pregunté.

—Espere un minuto —dijo y se puso en pie de un salto—. Un minuto no más. ¡No se marchen! Vuelvo enseguida.

Salió volando de la oficina.

Berta me miró y dijo:

—Sea lo que sea lo que haya dicho la señorita Rushe por el teléfono, no afecta para nada lo que desea hagamos por él el señor Crail.

—Estamos tratando con abogados…

De nuevo sonó el tímido golpe de Mysgart en la puerta, pero esta vez no esperó a que le invitáramos a entrar, sino que entreabrió la puerta lo justo para dejar pasar su cuerpo y la volvió a cerrar de nuevo. En sus labios lucía una sonrisa, pero sus ojos brillaban astutos.

—De acuerdo. Lo he resuelto. Todo está arreglado. Mis felicitaciones a ustedes dos. Se han librado ustedes de una situación muy comprometida. Quinientos dólares. He confirmado a la parte demandante que se les pagaría en efectivo.

—La señora Cool desea una renuncia por escrito firmada por el señor Lidfield, la señora Lidfield y la señorita Esther Witson —dije.

—De acuerdo. Me he tomado la libertad de rogarle a su secretaria escribiera a máquina la renuncia de la señorita Esther Witson y el señor Glimson tiene en su poder las renuncias firmadas por la señora y el señor Lidfield.

—¿De dónde ha sacado la firma de la señora Lidfield? —preguntó Berta.

—Glimson la traía consigo; la cantidad, claro, estaba en blanco.

Berta empujó una o dos pulgadas la silla hacia atrás.

—¿Insinúa usted acaso que ese maldito granuja vino aquí con el sólo objeto de hacerme víctima de un chantaje? ¿Quiere usted decir que ya desde un principio tenía en su poder la renuncia?

Mysgart levantó su diestra en actitud defensiva.

—Un momento, señora Cool, sólo un momento. Serénese, por

favor. No se exciten, se lo ruego. Se trata de algo legal, algo que se usa para evitar inútiles dilaciones y complicaciones, señora Cool.

—Extiende un talón a nombre de John Carver Mysgart, abogado de Esther Witson —le dije a Berta—, y Cosgate & Glimson, abogados del señor y la señor Lidfield, por quinientos dólares.

—¿Qué diablos estás diciendo? —me preguntó Berta—. Extenderé un talón a nombre de los Lidfield y de Esther Witson y lo entregaré cuando reciba las renuncias.

—No seas tonta, Berta —le dije—. Estamos tratando con abogados especializados en accidentes de automóviles…

—¿Qué diablos tratas de insinuar? —preguntó Berta.

—Es un acto de cortesía profesional extender el talón a nombre de los abogados y no de sus clientes.

—¿Y qué me protege a mí?

—La renuncia del cliente —intervino Mysgart dirigiéndome una sonrisa de agradecimiento—. Le entregarán una renuncia firmada convenientemente y muy amplia, señora Cool, renunciando a toda exigencia contra usted, sea de la clase, naturaleza o descripción que sea, desde los primeros días de nuestro mundo hasta la fecha.

—¿Desde los primeros días de nuestro mundo? —preguntó Berta.

—Una forma legal, señora Cool.

—Es usted demasiado bueno conmigo —dijo Berta con sarcasmo —. Bastaría con poner cincuenta años —añadió.

—La frase «desde los primeros días de nuestro mundo» es una garantía legal. Al parecer, el señor Lam está familiarizado con tales procederes y estoy seguro de que él le explicará la conveniencia de esta protección.

—¡Tonterías! —exclamó Berta disgustada—. ¿Tengo que escribir todo esto en un talón?

—Elsie lo puede llenar a máquina —dije—. Dame un talón, que yo le dictaré.

—No lo entregues hasta recibir las renuncias —dijo Berta.

Mysgart volvió a carraspear.

—El Banco está en esta misma casa —le dije a Mysgart—. Ya no son horas de oficina, pero podemos entrar por la puerta interior y nos entregarán la cantidad en efectivo tratándose de un caso así. Usted y Glimson pueden bajar al Banco conmigo. Cuando el cajero

les entregue el dinero, me entregarán ustedes las renuncias y…

Mysgart emitió un suspiro de alivio.

—¡Usted y yo somos hombres de negocios, señor Lam! —dijo entusiasmado—. ¡Magnífico!

Berta abrió el cajón de su mesa escritorio, sacó el talonario del Banco y me entregó uno para que lo llenase.

—Donald —me dijo—, si me aprecias en algo, saca a estos malditos abogados de mi oficina.

Mysgart se volvió para pronunciar algunas palabras conciliadoras.

Pero yo le cogí del brazo y lo conduje amablemente fuera de la oficina.

Elsie Brand llenó el talón.

—Un momento —le dije a Mysgart—. Berta firmará el talón y luego bajaremos juntos al Banco. Pero hay un par de cosas que deseamos obtener en relación con este acuerdo.

—¿De qué se trata?

—Esther Witson anotó los nombres y las matrículas de los coches de todos los testigos posibles en el momento de ocurrir el accidente y supongo que el señor Lidfield actuaría en el mismo sentido por su cuenta. Mi socia es un poco recelosa. Desea poseer todos los datos que posean ambas partes, los nombres de los testigos y los números de sus coches.

—¡Oh, sí! —dijo Mysgart asintiendo inmediatamente—, comprendo perfectamente. Ella confunde mi actitud profesional con mis relaciones personales. Le entregará los datos, Lam, todos los datos.

Entré en la oficina de Berta para que firmara el talón.

Me miró con recelo y dijo:

—No comprendo un solo comino de todo esto —vaciló, pero cogió la pluma y firmó el talón.

Salí de la oficina cerrando suavemente la puerta detrás de mí.

El pequeño grupo estaba reunido junto al ascensor. Lidfield me tendió tímidamente su mano.

—No se había presentado todavía la ocasión de saludarle, señor Lam. Estoy contento de haber resuelto esto. Un caso sumamente enojoso.

—Deseo un pronto restablecimiento de su esposa —dije yo.

Una expresión de tristeza se reflejó en su rostro.

—Gracias. ¡Pobre muchacha!

Bajamos al Banco.

—Un momento —dije—. Me han prometido ustedes una relación completa de los testigos.

Mysgart dirigió una sonrisa a Esther Witson y me dijo:

—Copie estos nombres o… tome toda la página —y arrancó la hoja del librito de notas y me la entregó.

—¿Están anotados todos aquí? —pregunté.

—Todos —respondió.

Glimson se volvió a Lidfield.

—Deme la lista de sus testigos.

—Me limité simplemente a anotar las matrículas de los coches que se encontraban cerca del lugar del accidente —dijo.

—Supongo que, cuando su cliente le entregó los números de las matrículas, investigaría usted inmediatamente quiénes son sus propietarios, ¿verdad? —pregunté, dirigiéndome a Glimson.

Glimson asintió de mala gana, abrió su cartera de mano y me alargó una hoja de papel escrita a mano sin decir palabra.

El cajero les entregó el dinero y rápidamente se dirigieron juntos a la puerta de la salida del Banco.

capítulo dieciséis

ME encaminé hacia una cabina telefónica y llamé a la oficina. Elsie Brand respondió a mi llamada.

—¡Hola Elsie! —la saludé—. ¿Qué tal está la atmósfera en la oficina?

—Muy cargada.

—Tengo que meditar sobre algunas cosas. Si el ambiente está tan enrarecido en la oficina, no me quedará otro remedio que refugiarme en el coche.

—Personalmente le recomiendo el coche —dijo Elsie—. El aire fresco siempre es un consuelo. Todavía queda por responder la pregunta de dónde estuvo ayer por la noche.

—Gracias. Sé buena chica.

Me dirigí al estacionamiento de coches, me senté en el de la agencia y saqué de mi bolsillo la hoja de papel que me había dado Esther Witson y en donde estaban anotados los testigos del accidente.

Observé con curiosidad que faltaban los nombres de la señora Crail, de Rufus Stanberry y de Boskovitche. Habían escrito una media docena de nombres y matrículas de coches. Volví a meter al papel en el bolsillo y estudié la hoja que me había entregado Lidfield.

Sólo constaban los números de las matrículas de los coches, pero en la hoja mecanografiada que me había entregado Glimson aparecían al lado de los números de las matrículas, los nombres de los respectivos propietarios de los coches.

Vi el número de matrícula del coche de Berta Cool. El nombre y la dirección de Berta Cool. La matrícula de un coche propiedad de la señora Ellery Crail, número 1013 del Boulevard Scarabia. La matrícula de un coche «Packard» sedan registrado a nombre de

Rufus Stanberry, número 3271 en la Avenida Fulrose; tres o cuatro números de matrículas más que concordaban con los de la lista de Esther Witson, otros que no aparecían en aquella relación y, finalmente, un número de matrícula y el nombre «Georgia Rushe, número 207 West Orleans Avenue».

Doblé el papel, lo metí en mi cartera, me dirigí a una cabina telefónica y llamé a la Crail Venetian Blind Company.

—¿Puedo hablar con la señorita Georgia Rushe? —pregunté a la telefonista.

—¿Quién la llama? Tiene usted que dar su nombre.

—Dígale usted que Donald Lam quiere hablar con ella.

—Un momento.

Oí establecer una comunicación, el rumor de una voz lejana y de nuevo la voz característica de la telefonista:

—Se ha marchado hoy más temprano que de costumbre a su casa.

Consulté mi reloj de pulsera. Eran las cuatro y cinco.

—Gracias —dije y colgué.

Llamé al número del teléfono que Georgia Rushe nos había dado en la oficina; pero, en vano, no recibí respuesta.

Regresé donde estaba el coche de la agencia y calenté el motor mientras comprobaba mentalmente los factores de tiempo y de lugar de sucesos que se agolpaban en mi mente.

Luego me dirigí al edificio de la Crail Venetian Blind Company.

Era una construcción grande de tres pisos enclavado en el distrito comercial. El letrero sobre la puerta era viejo y borroso.

Detuve el coche cerca de la entrada. Un gran número de obreros salían en aquel momento del edificio… hombres de edad llevando sus carteras de mano, esbeltas y atractivas muchachas que se movían con la gracia propia de la juventud hablando alegremente en voz alta mientras bajaban las escaleras.

Penetré en el patio. Pero la puerta interior estaba cerrada. Esperé hasta que salió una joven a toda prisa ansiosa de reunirse son sus compañeras que la esperaban en la calle. No me vio y rápidamente sujeté la hoja de la puerta para evitar que se cerrara de nuevo.

Vi un letrero que decía: «Oficinas en el piso superior», y subí las escaleras hasta llegar a un pequeño vestíbulo amueblado con unas

pocas sillas y una pequeña mesa sobre la cual se leía otro letrerito: «Información».

Crucé una puerta de cristal y penetré en un largo corredor a ambos lados del cual se veían oficinas y, al final del mismo, una nueva puerta con la inscripción: «Presidente». Allí, en el corredor, no se percibía el menor ruido, salvo los que llegaban casualmente del piso inferior… pasos, el abrir y cerrar de una puerta, rumor de voces. El segundo piso estaba silencioso como la sala de un tribunal de justicia un domingo por la mañana.

Empujé la puerta que llevaba la inscripción «Presidente».

Ellery Crail estaba sentado detrás de su mesa escritorio, con el mentón apoyado sobre su pecho y sus fuertes manos enlazadas.

No oyó abrir la puerta y no levantó por consiguiente la mirada. Aparecía sumido en hondas reflexiones y en su rostro se reflejaban sombríos pensamientos. Casi se hubiese podido decir que estaba hipnotizado, sumido en la rígida inmovilidad de un trance.

Crucé la estancia. No fue hasta que me senté en la silla enfrente de él, al otro lado de la mesa escritorio, que me vio, enarcó las cejas con expresión de disgusto y, luego, al reconocerme, exclamó con súbita indignación:

—¡Usted!

Asentí con un movimiento de cabeza.

—¿Cómo ha entrado aquí?

—Empujando la puerta.

—Las puertas están cerradas a estas horas.

—¿Dónde está Georgia Rushe? —le pregunté.

—No está aquí. Se marchó temprano hoy. Se fue a su casa.

—Tenemos que hablar con ella. Si usted no sabe la dirección, es 207 West Orleans Avenue, Tengo mi coche en la calle.

Me miró durante un segundo o dos y era como si sus miradas quisieran golpearme con la fuerza de un látigo.

—Bien. ¿Qué sabe usted? —preguntó.

—Lo suficiente para que no tenga necesidad de decir lo que no desee.

Empujó su silla hacia atrás y se puso en pie.

—Está bien, vamos.

Bajamos por la amplia escalera. El vigilante que entraba en servicio, saludó mecánicamente:

—Buenas noches, señor Crail.

—Buenas noches, Tom —respondió Crail.

La puerta se cerró detrás de nosotros.

Señalé en dirección al coche de la agencia con mi pulgar y dije:

—Aquí está el coche.

Me senté al volante y Crail tomó asiento a mi lado. Las calles estaban llenas de tráfico a aquella hora, pero exponiéndome a la consiguiente multa, llegué en menos de diez minutos al número 207 de la West Orleans Avenue.

Era una casa de pisos amueblados bastante antigua y la capa de estucado no lograba alegrar la fachada. Unas cuantas parras silvestres crecían frente al edificio. Las estrechas ventanas hablaban claramente de falta de luz y ventilación en aquellas habitaciones.

Bajamos del coche y nos acercamos a la puerta. Crail apretó el botón de un timbre que correspondía a una tarjeta de visita con el nombre de «Georgia Rushe», en letras clásicas inglesas.

Nadie respondió a la llamada.

Llevaba una llave maestra en el bolsillo, pero no quise manejarla en aquellos momentos. Apreté dos o tres timbres al azar y, al cabo de un momento, oímos el zumbido que indicaba que alguien abría la puerta desde su piso gracias al aparato eléctrico.

Empujé la hoja de la puerta de entrada.

El número en el buzón de Georgia Rushe nos reveló que su de apartamento era el 243. Había ascensor, pero no me entretuve en subir en él sino que emprendí rápidamente la ascensión de las escaleras subiendo de dos en dos los peldaños. Crail me siguió respirando afanosamente.

Nadie respondió cuando llamé a la puerta del departamento 243.

Fijé mi mirada en Crail. Su rostro estaba sombrío. Incluso a la luz de la penumbra que reinaba en el corredor, observé que estaba pálido y una profunda arruga se marcaba en las comisuras de sus labios.

No consideré esta vez oportuno el momento para andar por las ramas. Saqué mi llavero del bolsillo y probé una de las llaves.

Tuve suerte al primer intento. Abrimos la puerta. Encendí la luz que iluminó sin demasiada claridad la estancia. Los sillones habían conocido días mejores y el papel de la pared era viejo y descolorido.

Se trataba sólo de una habitación bastante grande con dos estrechas ventanas. Una puerta tapaba la cama plegable. La alfombra estaba agujereada en algunos sitios y dos profundas marcas indicaban dónde se posaban los pies de la cama. En el centro de la habitación había una mesa de madera de pino. Sobre la misma se veían unas cuantas revistas.

Un sombrero y un abrigo de mujer estaban tirados sobre una silla. Una puerta a la que había sido clavado un gran espejo daba al cuarto de baño.

En otra silla aparecía una gran maleta llena de vestidos y ropas de mujer.

Crail emitió un profundo suspiro de alivio.

—No se ha marchado todavía —dijo.

Eché una mirada en torno mío.

—No comprendo cómo no ponen lámparas más potentes en estas casas —dije y apagué súbitamente las luces.

Instantáneamente la estancia quedó sumida en la penumbra y la luz de la tarde que penetraba por las estrechas ventanas creaba una atmósfera de siniestra irrealidad.

Observé un débil reflejo de luz por debajo de la puerta del cuarto de baño.

—¡Por amor de Dios, vuelva a encender la luz! —exclamó Crail.

Di la vuelta al interruptor.

—Seguramente habrá salido para ir a buscar algo —dijo Crail—. Está haciendo sus maletas. Propongo…

—¿Qué?

—Esperar.

—De acuerdo, siéntese —le dije.

Crail se sentó en una de aquellas sillas de alto respaldo y trató de adoptar una posición cómoda en la misma.

Me acerqué a la mesa junto a la pared y abrí el cajón central.

Encontré allí un pequeño frasco de cristal vacío. La etiqueta decía: «Luminal».

Reflexioné durante unos instantes, consulté mi reloj y, dirigiéndome a Crail, le pregunté:

—¿A qué hora se marchó de la oficina?

—Aproximadamente a las cuatro y diez —respondió Crail—. Se encontraba indispuesta y yo le dije que se fuese pronto a casa.

—¿Observó usted algo peculiar en su actitud?

—¿En qué sentido?

—De la forma como se despidió de usted.

Fijó su mirada en la mía y asintió gravemente.

—Sí, me llamó la atención cuando se despidió de mí. Había algo de despedida final en sus palabras. Sospecho que ella leyó mis pensamientos.

De nuevo consulté mi reloj. Eran las cinco y cuarto.

Me senté en la silla frente a Crail y saqué un paquete de cigarrillos.

—¿Un cigarrillo? —pregunté.

Denegó con la cabeza.

Encendí un cigarrillo y Crail permaneció contemplándome. En su frente lucían unas pequeñas gotas de sudor.

—¿Cómo se enteró usted… de que ella quería marcharse?

Fijé mi mirada en el hombre y pregunté:

—¿Cómo sabía usted que su esposa seguía en su coche a Rufus Stanberry?

Evitó mirarme a los ojos durante unos segundos y luego dijo:

—Ella me lo contó.

Esbocé una sonrisa.

Vi cómo el hombre se sonrojaba.

—¿No me cree usted? —preguntó.

—No.

Su rostro se endureció.

—No estoy acostumbrado a que duden de mis palabras.

—Lo sé —asentí con simpatía—. ¿Conducía Georgia el coche o era usted el que iba en el coche de ella?

No pudo evitar poner cara de asombro.

Me retrepé contra el respaldo y exhalé unas bocanadas de humo.

—¿Qué es lo que sabe usted del coche de Georgia? —me preguntó.

—Una de las partes del accidente anotó las matrículas de todos los coches que en aquel momento se encontraban allí.

—Debe tratarse de una confusión.

Sonreí y guarde silencio.

—¡Está bien! —exclamó Crail—. Era yo quien iba en el coche de Georgia. Ella no está enterada de nada. Quiero decir… no sabe con

qué fin le pedí su coche. ¡Maldita sea, Lam!, soy un ser despreciable que me dediqué a seguir a mi mujer. Deseaba saber… sospechaba que se había citado con alguien y me preguntaba… en fin, lo del Edificio Stanberry.

—Estoy enterado —dije.

Durante un rato guardó silencio.

—Cuando usted tuvo conciencia de que su esposa se hallaba metida en un asunto un tanto feo, decidió usted ayudarla fuese lo que fuese. Cuando se enteró de que Esther Witson había anotado el número de su coche, así como el número de la matrícula relacionado con el accidente, quiso usted inmediatamente arreglar el asunto ofreciendo una indemnización a la parte demandante.

El hombre continuó guardando silencio.

—La vida es un fenómeno peculiar, o mejor dicho, una serie de fenómenos. Muchas veces resulta difícil hacer algo sin herir a alguien.

Vi como sus ojos se fijaban escrutadores en mí, pero yo no aparté la mirada de él y continué hablando en términos abstractos.

—La mayoría de las veces, en los asuntos del corazón, lastimamos los sentimientos de una persona u otra no importa lo que hagamos. En ocasiones herimos a la vez los sentimientos de varias personas. Pero, cuando tratamos de elegir a la persona que no deseamos herir, algunas veces resulta que no nos damos verdadera cuenta de quién es esta persona. ¿Comprende usted lo que quiero decir?

—No comprendo lo que esto tiene que ver con lo otro —respondió.

—Algunas veces la mujer que realmente nos ama permanece en un segundo término de forma que no nos damos cuenta de cuánto llegamos a herirla. Por otro lado, existen también otras mujeres que se interponen entre la que nos ama y la que no deseamos herir…

—¿De qué diablos está hablando usted? —preguntó Crail.

—De su esposa —respondí.

Guardamos profundo silencio durante largo rato.

—¡Dios mío! —exclamó Crail poniéndose finalmente en pie.

No dije nada.

—Debería abofetearle —dijo.

—No lo haga —le dije—. En lugar de ello, eche una mirada al

cuarto de baño.

Crail volvió una mirada llena de angustia hacia la puerta que comunicaba con el cuarto de baño. Súbitamente se precipitó hacia la puerta y la abrió de golpe.

Georgia Rushe estaba tendida en la bañera, completamente vestida. Tenía los ojos cerrados. Su rostro estaba ligeramente pálido y tenía la boca un tanto abierta.

Me acerqué al teléfono, llamé a la central de Policía y rogué me pusieran en comunicación con el sargento Frank Sellers de la Brigada Criminal.

—¡Hola, Frank! —exclamé al cabo de unos instantes—, soy Donald Lam. Manda una ambulancia al número 207 de West Orleans Avenue. El apartamento en cuestión es el número 243. Ha tratado de suicidarse tomando Luminal. No hará de ello más de cuarenta y cinco minutos desde que tomó la dosis, y un lavado de estómago y un estimulante fuerte la curarán por completo.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sellers.

—Georgia Rushe.

—¿Y por qué me llamas a mí?

—Ellery Crail está aquí y podrá contarte una larga historia si le ruegas te la explique.

—Comprendo.

—Y que uno de tus hombres cuide de
Frank L.
Glimson, de Cosgate & Glimson. Dile a Glimson que Irma Begley, la parte demandante en el caso contra Philip E. Cullingdon, ha confesado su fraude y hecho una declaración que inculpa a Cosgate & Glimson. Vigila sus llamadas telefónicas.

—¿Esta Georgia Rushe hablará? —pregunté.

—Ella no te interesa. El que te interesa es Crail.

Crail, que en aquel momento salía del cuarto de baño, exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Con quién está hablando de mí?

—Rogaba subieran un poco de café caliente —le dije—. Será mejor que la saquemos de la bañera.

Colgué el auricular.

Crail y yo sacamos a la muchacha de la bañera.

—Póngale toallas de agua fría en la frente y el pecho. Voy a buscar café.

Crail dirigió una mirada hacia la cocina.

—Tal vez pudiéramos preparar un poco de café aquí.

—No podemos perder tiempo. Hay un restaurante aquí mismo —dije y salí del cuarto dejando en él a Ellery Crail y Georgia Rushe.

capítulo diecisiete

CONDUJE el coche de la agencia a toda velocidad, exponiéndome a la consiguiente multa. Hubiese preferido dejarlo a una o dos manzanas de casa lejos de donde vivía Billy Prue, pero no tenía tiempo para ello. Detuve el coche delante mismo de la casa, subí corriendo los pocos peldaños y pulsé el timbre correspondiente a la vivienda de Billy Prue.

Era una probabilidad contra diez… una probabilidad contra cien. Si ella estaba en casa, pero… de nuevo pulse el botón del timbre.

Nadie respondió a mi llamada.

La cerradura de la puerta de la calle estaba ya muy gastada. No tuve necesidad de sacar la llave maestra. La llave de mi propia casa me franqueó la entrada.

Subí al piso de Billy Prue. Llamé por dos veces a la puerta. No percibí ningún ruido en el interior. Un completo silencio me rodeaba.

Saqué mi llave maestra y la metí en el cerrojo. Pero en aquel instante abrieron la puerta desde dentro.

—¡Entre, entre, por favor! —dijo Billy Prue con sarcasmo—. ¡Oh… eres tú!

—¿Por qué no respondes cuando llaman a la puerta de tu piso? —le pregunte.

—No me atreví. ¿Por qué no dijiste que eras tú?

—¿Cómo?

—Hablando en voz alta a través de la puerta.

Cerré la puerta detrás de mí.

—Sí, hubiese sido muy divertido… «Billy, Billy, soy Donald Lam, el detective privado que te quiere ver por un asunto profesional. ¡Abre!». ¿Te parece bonito esto?

—¡Oh! ¿De modo que has venido a verme para un asunto profesional?

Eché una mirada en torno mío. La puerta que conducía al dormitorio estaba abierta. La cama estaba cubierta de vestidos. En el suelo había dos maletas completamente abiertas.

—¿Te marchas? —pregunté.

—Supongo que no querrás que me quede aquí.

—No, si encuentras otro lugar.

—Lo he encontrado.

—¿Dónde?

—En casa de una amiga.

—Siéntate. Tenemos que hablar tú y yo.

—Quiero marcharme de aquí, Donald. Esta casa me llena de angustia y estoy asustada.

—¿Asustada de qué?

Evitó mirarme a los ojos.

—De nada.

—Una explicación lógica.

—¡Cállate! Una no tiene que ser lógica cuando está asustada.

Me retrepé contra el respaldo de mi silla y encendí un cigarrillo.

—Seamos sensatos.

—¿De qué se trata?

—Del asesinato.

—¿Tenemos que hablar precisamente de esto?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Estás completamente segura de que su reloj avanzaba una hora cuando te marchaste?

—Sí.

—¿Y lo retrasaste una hora cuando volviste?

—Sí.

—¿Y estás segura también de que no lo retrasaste una hora antes?

—Sí.

—Está bien. Usemos el cerebro. Dos personas sabían lo del reloj. Tú eres una de ellas. La otra era Rimley.

—Y el encargado de los lavabos.

—Sí, lo había olvidado.

Me puse en pie y di unos pasos por el corredor. La muchacha permaneció sentada sin decir palabra.

Me acerqué a la ventana y miré a la calle.

—¿Qué es lo que estás mirando?

—Mi coche.

—¿Y qué?

—Alguien puso el arma homicida en él ayer por la tarde. No sé cuándo la esconderían en el coche, por lo que he de preguntarme «por qué» la esconderían en el mismo, ya que esto tal vez me dé la clave de «cuándo».

—¿Crees que alguien deseaba complicarte en el crimen?

—Es posible, pero también es posible que no fuese la razón.

—Esto es elemental.

—Tenemos que comenzar con los hechos elementales. Hay una explicación que es tan sencilla que no me había fijado en la misma.

—¿Cuál?

—La persona que escondió el arma en mi coche quería complicarme en el caso o no. Hasta ahora he partido de la suposición que querían mezclarme en él. Pero ahora considero más lógica la otra explicación.

—¿Cuál?

—La persona que escondió el arma en el coche sabía que era mi coche o no lo sabía.

—¡Dios mío, Donald, no creerás que alguien metió el arma en tu coche por simple casualidad!

—El arma fue escondida en mi coche porque era el lugar más conveniente para esconder algo.

—¡Oh, oh! —exclamó como si comprendiera el curso de mis reflexiones.

—¿Dónde estuvo detenido mi coche el tiempo suficiente poco después del asesinato de forma que alguien los considerara el lugar más a propósito para esconder el arma homicida?

Billy Prue me miró con expresión preocupada.

—¿Confías plenamente en Pittman Rimley? —le pregunté.

—Hasta el momento siempre se ha portado bien… conmigo.

—Dos personas estaban enteradas de lo del reloj… Rimley y el encargado de los lavabos. Luego hay una tercera persona que pudo fijarse en el detalle.

—¿Quién?

—La señora Crail. Es posible que Stanberry comentara con ella la hora que era. ¿Es lógico suponerlo, no?

—En cierto modo, sí.

—Y me pregunto por qué ha desaparecido el mango del hacha. ¿Tienes una sierra?

—Sí, desde luego.

—¿Aquí en el piso?

—Sí.

—¿Dónde está?

Me dirigió una mirada preocupada y se encaminó hacia la cocina. Yo la seguí. La sierra estaba debajo del vertedero de aguas.

La hoja había sido engrasada últimamente, pero entre la misma y el mango descubrí ligeras partículas de serrín.

—Eso es…

—¿Qué?

—Aclara el caso.

—No te comprendo.

—El asesino no creyó encontrar a Stanberry inconsciente. Cuando ella lo vio tumbado en la bañera encontró el hacha…

—¿Ella?

—Sí. Fue una mujer.

Fijé mi mirada en la suya.

—No quería dejar el arma aquí en la casa. Sólo había un sitio donde podía esconderla. En su bolso. Pero tuvo que serrar un trozo de mango para que cupiera en él.

—¡Donald!

Me acerqué nuevamente a la ventana para mirar a la calle. Durante unos segundos nos envolvió el más completo silencio.

—Creo que esconderían el arma en mi coche, porque mi coche era el lugar más a propósito para el asesino para esconder el arma. Si partimos de esta hipótesis resulta…

Me interrumpí súbitamente.

—¿Qué ocurre? —me preguntó la muchacha.

—¿Ves aquel coche?

Miró en la dirección que señalaba.

—Es un coche de la Policía —dije.

El sargento Frank Sellers bajó en aquel momento del coche, dio

la vuelta al mismo y abrió la portezuela y ayudó a bajar a Berta Cool.

—¡Rápido! ¡Marchémonos de aquí y…! No, es demasiado tarde ya.

Vi cómo Berta llamaba la atención de Sellers sobre nuestro coche. Los dos hablaron con expresión grave durante unos segundos, y luego se acercaron a la puerta e a casa.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Billy Prue.

—Siéntate en esta silla —le dije—. ¡No te muevas! No hables ni hagas ningún ruido pase o que pase. ¿Me lo prometes?

—Sí.

—¡Pase lo que pase! ¿Comprendes?

—Sí. Haré lo que tú digas, Donald.

Abrí la puerta que daba al corredor.

—Pase lo que pase no hagas ningún ruido ¿Comprendido?

Asintió con la cabeza.

—Cerré la puerta, me arrodillé y apliqué el oído al cerrojo. En aquel momento oí débiles pasos a lo largo del corredor.

Me moví ligeramente y los pasos cesaron.

Saqué mi colección de llaves maestras del bolsillo.

De nuevo volví a oír los pasos.

Me volví con la expresión culpable de alguien que ha sido descubierto en un acto criminal.

El sargento Sellers estaba a mi lado.

—¿Intentando violar la puerta, eh?

Me puse en pie e intenté meter el manojo de llaves en el bolsillo.

El sargento Sellers me cogió por la muñeca.

—Bien, bien, bien —exclamó Sellers apoderándose de las llaves —. ¿De modo que en la agencia empleáis también llaves maestras, eh, Berta?

—¡Maldito seas, Donald; te dije hace tiempo que te desprendieras de estas llaves!

—¿Y qué es lo que hacías?

No respondí.

—Desearía echar una mirada.

—¿Cuánto hace que estás aquí?

—No lo sé… Cuatro o cinco minutos.

—¿Tanto tiempo?

—He llamado dos o tres veces sin obtener respuesta, entonces he abierto la puerta de la calle.

—¿Y luego?

—He llamado a esta puerta. He estado escuchando durante un rato hasta comprobar que el piso está vacío.

—¿No hay nadie? —preguntó Sellers.

—Sospecho se habrá ido a vivir a otro sitio.

—¿Qué es lo que buscabas, pues?

—Deseaba comprobar la posición de la bañera.

—¿Por qué?

—Deseaba saber dónde tenían que situarse dos personas para meter el cuerpo en la bañera…

—¡Déjate de tonterías! —exclamó Frank Sellers—. He aclarado ya el caso.

—¿De veras?

—Sí. Y he venido en busca de la muchacha.

—¿Por qué?

—Hemos identificado el hacha. La compró en una ferretería a tres manzanas de aquí.

—Seguramente está en el «Rendez-vous» en estos momentos —dije con voz preocupada—. ¿No has ido a ver a Georgia Rushe?

—Creí que me tendías una celada, Donald. Lo que me interesa es Billy Prue.

—Pero ¿has mandado la ambulancia?

—Sí, desde luego.

—¿Y no dejarán escapar a Crail?

—No, querido, y a ti tampoco. Vamos.

—¿Me devuelves las llaves?

—No.

—Tomaré el coche de la agencia… —comencé a decir.

—¡No! —me atajó Sellers—. No te apartarás de mi lado hasta que la muchacha esté detrás de rejas…

—¿Detrás de rejas?

—Sí. ¿Qué es lo que te imaginabas? Donald, ella mató a Stanberry.

—Cualquier otra persona pudo coger el hacha…

—Alquiló un piso en la casa donde vivía Stanberry bajo un nombre supuesto —me interrumpió Sellers—. Lo retuvo durante un

mes siempre teniendo buen cuidado de no ir allí cuando sabía que Rufus Stanberry estaba en casa. Ayer, después de haber cometido el asesinato, estuvo en el piso de Stanberry y vació la caja fuerte.

—¿Cómo lo sabes?

—Archie Stanberry me ha dicho que faltan algunos documentos de la caja.

—Pero ¿cómo sabes que fue ella?

—Fue muy astuta. No dejó ninguna huella en el piso de Stanberry, pero no procedió con la misma precaución en el piso que tenía alquilado.

—¿Quieres decir que encontraste sus huellas dactilares en aquel piso?

—Sí. El piso que alquiló bajo nombre supuesto. Y lo que es aún más, el conserje ha identificado su fotografía.

—¡Diablos!

—Ya lo dije yo —intervino Berta en aquel momento—. Te dejaste atontar por sus piernas.

—¿Cómo te enteraste de todo? —le pregunté a Sellers.

—Tú fuiste a ver a Cullingdon, Ella fue a ver a Cullingdon. Vuestros coches estuvieron detenidos juntos. Ella sabía que era tu coche. Tuvo tiempo suficiente para meter el arma en el coche. Creyó proceder con mucha astucia. Pero se equivocó.

—Escúchame, Frank —dijo Berta súbitamente—. No quiero ir en este coche cuando detengas a la muchacha. ¿Permites que Donald y yo te sigamos en el coche de la agencia? Ya vigilaré yo que no telefonee ni pueda avisar a la muchacha.

Sellers meditó durante unos instantes y asintió finalmente.

—De acuerdo.

Se acercó con nosotros al coche de la agencia.

Metí la mano en el bolsillo para sacar las llaves del coche. Súbitamente experimenté la misma sensación como si hubiese recibido un golpe en el estómago. Había dejado las llaves y los guantes encima de la mesa en el piso de Billy Prue.

—¿Qué te sucede? —preguntó Berta.

Me sentí incapaz de pronunciar palabra. Permanecí inmóvil con la mano metida en el bolsillo.

—¿Dónde tienes las llaves? —preguntó Berta.

—Deben habérseme caído del bolsillo mientras estuve

arrodillado frente a la puerta cuando saqué las otras llaves —pude decir finalmente.

Berta dirigió una mirada a Frank Sellers.

Vi cómo el rostro del policía se congestionaba.

—¡Maldita sea! ¡Esta vez me las pagarás!

Me cogió por la muñeca y sentí el frío contacto del acero de las esposas.

—Siempre trato de ser condescendiente contigo —dijo Sellers—. Pero tú prefieres que me vea obligado a proceder de otra forma. Está bien, es así como procederemos de ahora en adelante. Vamos, subiremos otra vez al piso.

—¿Qué diablos, te ocurre? —pregunté indignado—. Las llaves debieron caérseme…

—¿Y los guantes? —preguntó Sellers—. Vamos.

No había nada más que decir ni hacer.

Sellers se arrodilló frente a la puerta de la vivienda de Billy Prue.

—¿Acaso vas a entrar sin llevar alguna orden? —le pregunté haciendo un último desesperado esfuerzo.

—No te quepa la menor duda de ello —contestó Frank Sellers.

Eligió una llave de mi manojo de llaves maestras y la metió en el cerrojo.

La puerta se abrió inmediatamente.

Billy Prue estaba sentada en la misma silla tal como yo la había dejado.

Sellers se acercó a la mesa y cogió los guantes.

—¿Son tuyos? —me preguntó.

—No responderé a ninguna pregunta —le advertí.

Sellers cogió las llaves del coche de la agencia y dijo:

—Estos guantes y las llaves son pruebas contundentes. Vamos, Billy. Déjame ver tu muñeca. Es preciso en absoluto, muchacha.

La cogió por la mano.

La muchacha lanzó un agudo grito cuando sintió el frío contacto del acero en sus muñecas. Billy Prue y yo quedamos ligados por las muñecas.

—Vamos, mi querida asesina y su cómplice —nos dijo Frank Sellers con expresión sombría.

Berta dirigió una mirada preocupada a Frank Sellers.

—Escúchame, Frank —dijo—. No crees…
—¡No! —la atajó el hombre con rudeza.
—Pero, Frank…
—¡Cállate!, y esta vez iremos todos en mi coche.

capítulo dieciocho

SELLERS se acercó un momento a nuestro coche a comprobar si las llaves que había encontrado encima de la mesa de Billy Prue eran las del mismo. Luego nos hizo subir al coche de la Policía, puso el motor en marcha e hizo ulular la sirena.

Era un momento poco oportuno para reflexionar, pero no me quedaba otro remedio y, sobre todo, tenía que pensar rápidamente. Tan pronto hubiésemos llegado a la Comisaría, sería ya demasiado tarde.

La sirena ululaba fuerte y el coche corría a una velocidad desesperada.

Pasamos raudos por un cruce. Casualmente me fijé en el nombre de la calle. Era la calle Mantica.

A nuestra izquierda divisé un hotel. Delante del mismo estaban detenidos unos taxis. Uno de los taxistas nos miró curiosamente cuando pasó el coche de la Policía a toda prisa. Creí recordar el rostro.

—¡Frank! —grité súbitamente.

Pero ni tan sólo volvió la cabeza.

Al volver una esquina, el coche patinó ligeramente.

—¡Frank, por amor de Dios, para!

Algo en el tono de mi voz le llamó la atención y detuvo el coche.

—¿Qué sucede?

—¡El asesino de Rufus Stanberry!

—Está a tu lado.

—No, no, Frank. ¡Por el amor de Dios!

—Por favor, Frank —rogó Berta.

—Es lo bastante astuto para haber encontrado una excusa…

Me incliné hacia adelante para apoyar mi mano sobre el hombro del policía. La otra estaba sujeta por las esposas a la mano de Billy.

—Escúchame, Frank —le dije—. Ahora lo comprendo todo. Hasta estos momentos me he estado preguntando cuándo diablos meterían el arma en mi coche. He recordado todos los pasos que di ayer. No pudo haber sido nadie que supiese que era mi coche y que quisiera complicarme en el caso a no ser que Billy Prue me jugase esta mala pasada, pero confiaba en Billy. Sólo existe una explicación del por qué metieron el arma en mi coche.

Sellers me escuchaba atentamente.

—Escúchame, Frank, lo hago por ti y por nadie más. No permitas que luego los periódicos se burlen de ti.

—No te preocupes por ello —dijo Sellers—. Continúa.

—La única explicación de que escondieran el arma en mi coche es porque no sabían que era el mío… no sabían a quién pertenecía, no sabían lo que se pescaban de ninguna manera.

—¡Tonterías! —dijo Sellers.

—Y lo metieron precisamente en nuestro coche porque era el lugar más apropiado para el asesino para esconder el arma y sólo existía una ocasión en que se le presentó esta posibilidad de esconder el arma y ésta fue cuando mi coche estuvo detenido delante del «Rendez-vous» de Rimley aprovechando un espacio muy reducido e impidiendo la salida del coche detrás del mío. Creí que yo saldría antes que él. Pero no fue así. El hombre puso su motor en marcha y empujó el mío de forma que nuestro coche quedó dentro del estacionamiento reservado a los taxis. Un taxista que estaba allí acercose a mí gritando; este mismo taxista lo acabo de ver ahora mismo detenido con su coche frente a un hotel en la calle Mantica. Y el mango del hacha fue aserrado para que pudiese caber en un bolso de señora.

—Continúa —me invitó Sellers.

—¿Acaso no comprendes? —exclamé—. ¿Recuerdas el accidente en la calle Mantica y Garden Vista Boulevard? Ten en cuenta el factor tiempo. Bien, si quieres proceder con lógica hazlo… en caso contrario, allá tú mismo. He dicho todo cuanto tenía que decir. Puedes poner el motor en marcha si quieres.

—¿Qué diablos tiene que ver el taxista con…? —comenzó Berta.

Pero yo interrumpí:

—Pon el motor en marcha, Frank. Es la única posibilidad que tienes para cubrirte de gloria o que la gente se burle de ti.

—El caso para mí está claro —dijo Sellers—. Y las pruebas en contra de Billy Prue son demasiado evidentes.

—Se trata de simples coincidencias —continué yo—. Conocía a Billy antes de ausentarme de la ciudad. Ella sabía que iba a regresar. No podíamos entrevistarnos en su piso si no quería exponerme a que Pittman Rimley me sacara las tripas. Alquiló el piso para que nadie nos pudiese molestar. Es allí donde he estado esta noche.

—¡Maldito seas! —exclamó Berta indignada.

Frank Sellers permaneció durante unos treinta segundos sin pronunciar palabra. Finalmente volvió a poner el motor en marcha y dio la vuelta en la misma calle. La sirena volvió a ulular.

Nos detuvimos delante del hotel en la calle Mantica donde el taxista que yo había reconocido todavía estaba allí.

Sellers situó su coche al lado del mismo taxi.

—¿Qué significa esto? —nos preguntó el taxista.

—Ayer por la tarde ocurrió un accidente de automóvil en el cruce de la calle Mantica con el Garden Vista Boulevard ¿Lo recuerda?

—He oído hablar del accidente.

—¿Subió alguien en su coche después del accidente?

El hombre enarcó las cejas.

—Sí. Pero ¿qué diablos le importa esto?

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—¿Qué quería?

El hombre fijó durante unos segundos la mirada en Sellers, luego la apartó.

Sellers bajó súbitamente del coche, abrió la puerta del taxi y gritó:

—¡Salga de aquí!

El taxista se mostró sumamente sumiso.

—¿Qué es lo que desea saber? —preguntó.

—¿Quién era esa mujer? ¿Qué quería?

—Me dijo que quería que siguiese a unos coches que dijo darían la vuelta a la esquina.

—Continúe.

—Cuando vio el coche, lo seguimos. Entonces me di cuenta de

que un segundo coche seguía al primero. Se lo dije así a la mujer. Me dijo que no hiciese caso del segundo coche y que siguiese al primero. Sólo tuvimos que recorrer tres manzanas de casas. Nos detuvimos delante de una casa de pisos. El hombre que habíamos estado siguiendo entró en la casa. La mujer que conducía el coche que lo había seguido, se marchó. Mi cliente me dijo que aguardase. Estuvimos esperando unos diez minutos.

—Continúe.

—Luego salió una muchacha de la casa, subió a un coche y se marchó. Mi cliente se excitó. Bajó del coche, me largó un billete de cinco dólares y me rogó la esperase. Entró en la casa y estuvo dentro unos diez minutos. Luego salió de nuevo, subió al taxi y me dijo que la llevara al «Rendez-vous».

»La llevé allí. Un individuo dejó su coche de tal forma que no pude pararme en el lugar reservado a los taxis. Le dije a mi cliente: "Espere un segundo que sacaré el coche de aquí". Pero ella no quiso esperar. Tuvo que dar la vuelta al coche y luego entró en el "Rendez-vous". Luego salió el propietario del coche y le reproché haber detenido el coche allí.

—¿Notó algo peculiar con respecto al bolso que llevaba la mujer? —preguntó Sellers.

—Parecía pesar mucho. Pero no sé lo que llevaba dentro.

—¿Una barra pesada? —preguntó Sellers.

El hombre pareció dudar.

—No, no creo que fuese una barra.

—¿Quizás un martillo o un hacha de mano?

—Diablos, sí —dijo el taxista—. No había caído en ello hasta ahora que me lo preguntan.

—¿Qué aspecto tenía la mujer?

—No estaba mal —respondió el taxista—. Piernas bonitas, caderas bien formadas… los dientes demasiado grandes y parecían de caballo cuando sonreía.

—¡Diablos! —exclamó Berta.

capítulo diecinueve

ELLERY Crail estaba paseando delante de nuestra oficina cuando Berta y yo salimos del ascensor.

Emitió un suspiro de alivio al vernos.

Se acercó rápidamente a mí y me cogió de la mano.

—El encargado del ascensor me dijo que algunas veces solían venir aquí por las noches a pesar de cerrar la oficina ya a las cinco.

—Bien, arreglemos su asunto —dijo Berta beligerante.

—Entremos en la oficina donde podamos hablar un momento —dijo Crail.

—Nos debe usted trescientos dólares —continuó Berta.

Crail se la quedó mirando como si no comprendiese a la mujer y luego me miró a mí.

Moví la cabeza y le dije:

—No le he contado nada.

—¿De qué diablos están hablando ustedes dos? —preguntó Berta.

Crail levantó la mirada y dijo:

—Señora Cool, les agradezco de todo corazón lo que han hecho por mí y a Donald Lam le debo mi entera felicidad.

Berta se lo quedó mirando atónita.

Crail sacó un talonario y una pluma estilográfica de su bolsillo.

—Trescientos dólares —dijo Berta.

—Supongo sabrán lo que ha ocurrido… Lam, al menos, parece sospecharlo. Recelaba de mi esposa y de Stanberry. No comprendía por qué aquel interés de ella en comprar un edificio que según mis abogados valía la tercera parte de lo que pedían por él. Cuando salió ayer por la tarde… decidí seguirla. Lo decidí súbitamente. No tenía mi coche conmigo y por esto le rogué a Georgia Rushe me prestase el suyo.

»No voy a referirme a todo lo que sucedió en detalle. Lam está enterado de todo. Seguí a mi mujer. Fui testigo del accidente. Regresé a la oficina… y al enterarme del asesinato de Stanberry, lo relacioné inmediatamente con mi esposa.

»Ella admitió que Stanberry la había hecho víctima de un chantaje. No me dijo de qué se trataba. En fin… quise ser un marido comprensivo. No le dirigí ninguna pregunta. Decidí proteger a mi mujer en todo lo que me fuese posible. Por esto quise evitar que el asunto del accidente pasara por los Tribunales, donde existía la posibilidad de que se descubriese que mi mujer había estado siguiendo a Stanberry. Por eso vine a verles.

»Y luego tuve una conversación con Lam sobre los problemas de la vida. Y bien… volví a hablar con ella. Tenía en mi mente la visión de Georgia tendida inconsciente en una cama del hospital. Sabía que había intentado suicidarse por culpa mía y vi las cosas desde un punto de vista muy diferente. E Irma comenzó a hablar de llegar nosotros dos a un acuerdo pecuniario y reconocí mi error de haberme casado con ella. Hemos llegado a un acuerdo con ella. Jamás me he sentido tan aliviado en toda mi vida.

Crail emitió un profundo suspiro. Cogió el talón, lo cubrió con una hoja de papel y lo dejó encima de la mesa. Cuando se puso en pie vi lágrimas en sus ojos. Me estrechó calurosamente la mano, dio vuelta a la mesa escritorio y besó a Berta en los labios.

—Me alegro haya llegado a un acuerdo con su esposa, Crail. Ella no ha matado a Stanberry. Ha sido otra mujer víctima también de Stanberry que la hacía objeto de sus chantajes. Y si ella no hubiese visto que el reloj de Stanberry adelantaba una hora y lo hubiese atrasado… todo el asunto hubiese sido menos complicado.

»Esther Witson se había cansado de ser víctima de las exigencias del hombre. Siguió a Stanberry desde el “Rendez-vous” de Rimley para tener una cita con él. Quizá pensara ya en aquel momento en asesinarle. Vio a Stanberry entrar en aquella casa. Sabía que Billy Prue vivía allí. Vio salir a la muchacha y decidió investigar lo que ocurría. La puerta estaba abierta. Vio una magnífica oportunidad para eliminar al hombre. Vio la nota en la mano de Stanberry, pero adivinó que era una mentira. Había visto a Billy marcharse en un coche sin dirigirse previamente a la farmacia. Buscó un arma, encontró el hacha y mató a Stanberry. Pero se asustó al no saber

dónde esconder el arma. Serró parte del mango y lo metió en su bolso.

Luego la arrojó en el primer coche que encontró cuando bajó del taxi. La Policía ha encontrado el extremo del mango.

Crail escuchaba atentamente.

—¿La señorita Witson, eh? Temí que mi mujer… temí también… bueno, eso ha terminado ya. Regreso ahora al hospital. Buenas noches y Dios les bendiga a ustedes dos. He tratado de expresar mi agradecimiento en este cheque. No saben la gran deuda que he contraído con ustedes. Gracias de nuevo.

Después de que el hombre hubo cerrado la puerta detrás de sí, cogió Berta el talón. Vi su mirada atónita al comprobar la cifra.

—Yo… ¡Maldita sea! —exclamó en voz alta.

Me hallaba ya en el antedespacho cuando la oí volver en sí.

—¡Escúchame Donald! —me gritó—. Recuerda que si vas al «Rendez-vous» no podrás comprar cigarrillos a cuenta de gastos generales. La caja está cerrada ya.

Apoyé mi mano en el pomo de la puerta.

—Y si no duermo en casa esta noche, no te preocupes por ello —repliqué a mi vez.

Y cerré la puerta antes de que Berta pudiese decir nada más.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.